JOSE ROJAS GARCIDUEÑAS

EL ATENEO DE LA JUVENTUD Y LA REVOLUCION



MEXICO-1979

[illegible] por el Patronato del Instituto
Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, como
[illegible] de la Secretaría de Gobernación [illegible]
[illegible]

PATRONATO

[illegible] (Vocal [illegible])
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible] en la Ciudad de México

EL ATENEO DE LA JUVENTUD
Y LA REVOLUCION

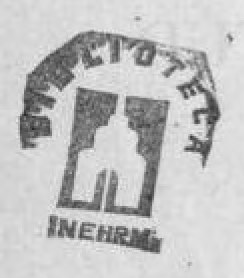
LOS JUICIOS DE ESTE LIBRO SON DE LA EXCLUSIVA RESPONSABILIDAD DEL AUTOR

JOSE ROJAS GARCIDUEÑAS

EL ATENEO DE LA JUVENTUD Y LA REVOLUCION



MEXICO - 1979


BIBLIOTECA
INEHRM

INDICE

PRELIMINAR

El presente estudio pretende serlo de carácter histórico, cual corresponde a la Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

No es superfluo advertirlo en estas líneas iniciales porque, ciertamente, el tema podría muy bien ser examinado desde otros ángulos —conveniente sería hacerlo—, muy especialmente del de la crítica, en el sentido estricto de valoración, de las personas y de sus obras, muchas de primer orden entre las integrantes del Ateneo. Pero ese examen crítico, en su amplio y profundo sentido requiere serios estudios, como reiteradamente se comenta páginas adelante y, por otra parte, es obvio que aquí no sería posible acoger, ni siquiera resumir, los pocos ensayos amplios que ya han sido realizados (ninguno exhaustivo) ni acometer los muchos que deberán ser elaborados —así lo esperamos— por quienes, ahora o más tarde, habrán de seguir trabajando en este campo de la cultura mexicana.

El grupo del "Ateneo", formado en su mayor parte por jóvenes (de ahí su primer nombre, "Ateneo de la Juventud"), estuvo situado en el umbral de la Revolución, por dos capitales motivos: uno, de simple cronología y otro, más importante, por el ánimo y propósitos renovadores.

¿Quién puede escapar a su ubicación en el mundo, tiempo y espacio, época y lugar en que le ha tocado vivir? Casi todos los miembros del Ateneo andaban entre sus veinte a veintiocho años de edad cuando lo fundaron, en 1909. Estudiando y viviendo en los quince o diez últimos años de un régimen político que decaía y de un sistema cultural desgastado, sentían la necesidad y el deseo de una renovación, y se decidieron a impulsarla.

Cuando la Revolución estalló como lucha política y armada, contra el régimen constituido, algunos de los jóvenes ateneístas se adhirieron a ella y otros no, pero en realidad todos colaboraron, en una forma o en otra, para la transformación profunda de ideas,

aspiraciones, impulsos y realizaciones culturales, sociales, políticas, que, en conjunto, acabaron por ser verdaderamente la Revolución pues, coadyuvando de diversos modos, desde luego en el terreno intelectual, que era el suyo, contribuyeron a que el México posterior a 1920 fuera, por diversos motivos y en muchos aspectos, muy diferente del México de 1909 y 1910.

Aquellos jóvenes habían sembrado y hecho germinar semillas que luego habrían de dar distintos y nuevos frutos. El homenaje a Barreda, un domingo de marzo de 1908, se convirtió en un mitin ideológico del que un hombre como Luis Manuel Rojas, dijo más tarde que "allí amanecía la Revolución". Párrafos de Samuel Ramos, citados en algún capítulo de este libro, insisten en ello. Pedro Henríquez Ureña escribió: "el Ateneo vivió entre luchas y fue, en el orden de la inteligencia pura, el preludio de la gigantesca transformación que se iniciaba en México".

Tales son, sucintamente, algunos de los motivos que pueden justificar la investigación y las páginas del presente estudio.

México, 1978.
José Rojas Garcidueñas

Capítulo I

LA CIUDAD DE MEXICO DE COMIENZOS DEL SIGLO

Hacia el año de 1900, una gran parte de la generación, como solemos decir, y aun del mismo grupo de quienes luego habrán de ser "los del Ateneo de la Juventud", entonces entre la adolescencia y la juventud, empieza a asomarse al mundo y a la vida del país en las calles de la capital, y a su cultura desde los bancos y bajo los arcos de la Escuela Nacional Preparatoria. Por ello es conveniente hacer referencia a tales escenarios.

En esa época, todo el sistema político y social del régimen, que presidía el General Porfirio Díaz, había rebasado la culminación de sus posibilidades e indudablemente había ya iniciado una decadencia, envuelta en muy complejas condiciones, que sería funesta para el propio régimen y para la nación; pero esto, que hoy el historiador y el estudioso de la época percibe claramente, entonces, como siempre ocurre en toda iniciación de un cambio histórico, era incomprensible para casi todos, y sólo algunos percibían los síntomas de un desgaste político que habría de acentuarse con gran rapidez, y muchos, pero sin voz ni posibilidad de expresarlo, sentían más o menos claramente la necesidad de cambios en las estructuras que sustentaban la vida del país.

Pero no eran aparentes los signos de decadencia y, por otra parte, había hechos y realidades de progreso y modernización en la vida diaria de la ciudad, en comparación obvia con lo que la misma había sido a lo largo de ese siglo XIX que terminaba.

Seguramente esas modificaciones eran menos perceptibles, o muchas veces no existían, en el resto del país, salvo en tres o cuatro capitales de provincia. Porque si las estructuras e instituciones permanecían inalteradas, en otros sectores como en el comercio, las comunicaciones y, sobre todo, el aspecto superficial de la vida social

y cotidiana, estaban teniendo cambios muy considerables en contraste con lo que fueran apenas quince o veinte años antes. Y esos contrastes, a veces contradicciones, estimulaban oscura, secreta y subconscientemente, como diríamos hoy, a otros cambios que, precisamente, la generación entonces joven iría a realizar.

Lo que menos había cambiado, en las últimas décadas del siglo, muy probablemente era la agricultura —base de la vida económica—. Apenas si en algunas regiones de cultivos industriales y de exportación: el algodón de la Laguna y el henequén de Yucatán, tenían algunas técnicas modernizadas, créditos y prosperidad. En el resto del país la vida agrícola seguía igual, y probablemente empeorando en muchas regiones, por el incontenido aumento de latifundios, creados y multiplicados como directa consecuencia de las leyes liberales de la Reforma, que entregaron los bienes de comunidades: religiosas, indígenas, ejidos de pueblos, a la propiedad individual ilimitada.

La minería, que desde el estallido de la guerra de Independenvia decayó mucho y luego siguió con altas y bajas —minas en boranza y vetas que desaparecen o se "emborrascan"— al final del siglo XIX estaba pasando por una etapa de crisis con graves consecuencias. Innovaciones técnicas, sin duda necesarias y en cierto modo económicamente benéficas para el negocio, fueron las instalaciones de mazos movidos por electricidad, para triturar y moler el mineral, así como el nuevo sistema de beneficio de la plata por el procedimiento de cianuración, que permitía el aprovechamiento de minerales de baja ley o sea los que contenían proporciones más bajas de metal. Pero todo ello, que aquí apenas se alude, al substituir por máquinas lo que antes se hacía a mano y con mulas guiadas por hombres (como la amalgama en los patios de las haciendas de beneficio), produjo el desempleo de gran número de operarios y la extinción de lo que había sido un renglón económico importante, subsidiario de la minería: la crianza y comercio de los animales que en el viejo sistema eran fuerza motriz. Además, también nuevos medios de transporte mecánico rápidamente substituyeron, en ese fin de siglo, al tradicional acarreo animal de los minerales, en bruto y refinados, eliminando ese cambio a los criadores, tratantes, arrieros y empresarios, que antes percibían y se distribuían muchos ingresos en la explotación de tantos aspectos económicos del transporte por animales de carga. No ha sido estudiado todo éso, pero es indudable que influyó, no poco, en la alteración de la economía

en las regiones mineras, agudizando necesidades y carencias de considerables núcleos de población rural y semi-rural.

La alteración o cambio más notable que estaba ocurriendo en la República, al filo del año de 1900, era en las comunicaciones y transportes, ocasionado por el funcionamiento de los ferrocarriles. Aunque proyectados e iniciados cincuenta años atrás, por diversas causas los ferrocarriles (salvo alguna excepción), sólo fueron quedando establecidos, en funcionamiento importante y eficaz apenas en la década de 1880 a 1890, más o menos, en que la capital, centro político y económico y la región del altiplano, núcleo productor y consumidor principal, quedaron comunicados, en forma definitiva, por las vías férreas, con el Golfo de México por Veracruz y Tampico, luego con el Océano Pacífico por Manzanillo y Salina Cruz y, sobre todo, con los Estados Unidos de América por las ciudades fronterizas y aduaneras de Nuevo Laredo y Ciudad Juárez.

Así pues, en las dos décadas precedentes al año de 1900, desaparecieron la arriería y los lentos carros de tracción animal, para el transporte de mercancías, y también las diligencias y otros carruajes para el transporte de pasajeros, substituido todo ello por los ferrocarriles, prácticamente entre todas las ciudades de principal y mediana importancia del país. Coincidía ese cambio interno con más intensas y rápidas comunicaciones internacionales: mayor frecuencia de barcos en Veracruz, servicio mejor y más extenso de los telégrafos y hasta del cable intercontinental.

También, y en parte por lo anterior, el periodismo tradicional se transforma y renueva a los finales del siglo que moría: en 1896 comienza a publicarse *El Imparcial*, edición de la mañana, y *El Mundo*, edición de la tarde, bajo la dirección de Rafael Reyes Spíndola, con nuevos aspectos técnicos, administrativos y propiamente periodísticos que, al decir de todos los conocedores del asunto, fueron esos nuevos métodos la iniciación del periodismo moderno en México. El año siguiente, 1897, desaparecieron tres periódicos tradicionalmente importantes: *El Monitor Republicano*, *El Siglo XIX* y *El Partido Liberal*. Es indudable que, también en este campo, se liquidaba una etapa histórica y se iniciaba otra diferente.

Con tales recursos para viajes y comunicaciones, las noticias, los periódicos, revistas y libros del extranjero, llegando en mayor número, ponían al país en relación y conocimiento con un panorama extraordinariamente más vasto de hechos y de ideas, provocando una corriente de cambio y renovación, de la cual, la generación que entonces fue la primera en poder asomarse, desde joven, por estas

nuevas ventanas, fue la del grupo del Ateneo la que primero pudo aprovechar, como lo hizo, para ver ellos mismos horizontes más lejanos y luego cimentar y fomentar la revolución ideológica de México.

* * *

La ciudad en que vivía esa nueva generación, esta ciudad capital de la nación, tenía por entonces medio millón de habitantes, aproximadamente, contando a quienes vivían en los pueblos próximos como Tacubaya, Coyoacán, Mixcoac, San Angel y Tlalpan, así como Azcapotzalco, que eran pequeñas poblaciones suburbanas, pero no inmediatamente unidas a México. Esta, era una ciudad que apenas había comenzado a rebasar formal y decididamente el cuadro de la vieja ciudad colonial, un poco por el Sur y más por el Poniente, y su aspecto en general y en muchos detalles iba cambiando considerablemente en esos años.

Hasta entonces, la inmensa mayoría de las casas habían sido de una sola planta o de dos: planta baja y un piso superior, con amplio patio en seguida del zaguán y otro segundo para servidumbre, cocheras, caballerizas y servicios comunes, con vastas azoteas que, a pesar de los alterados niveles de los pretiles, prácticamente comunicaban manzanas enteras. Aquella vieja y hermosa ciudad, con perfil de torres y cúpulas barrocas y horizontes de lagunas próximas y grandes montañas lejanas, aquella ciudad rápidamente desaparecía y se transformaba.

Así las nuevas casas, por rumbos del noroeste y el poniente: colonias de Guerrero, de Santa María de la Ribera, en terrenos de los señores Flores; en San Rafael, terrenos de la familia Valenzuela y antiguo rancho del Cebollón. Amplias residencias familiares y también nuevas casas de vecindad y para alquilar por pisos, como se decía en España; casas "de productos", como justamente empezaron a llamarlas, en lenguaje de negocios, los administradores, abogados e instituciones de créditos, que participaban en ese nuevo renglón financiero.

Naturalmente, en lo arquitectónico surgieron nuevas formas y técnicas: se abandonaba el calicanto, substituido por el ladrillo, ya constructivo, ya ornamental, de mejor calidad, cubriendo las fachadas; los apoyos eran de hierro: columnas de los corredores, viguetas para los techos, por lo cual los muros podían ser menos gruesos; la planta principal se levantaba sobre un sótano, a veces utilizable,

a veces inútil en sí mismo, pero que aislaba de la humedad frecuente por los altos niveles freáticos de este fondo del valle, antigua laguna. En lo decorativo y ornamental también se daban nuevos estilos: las jambas y dinteles de puertas y ventanas exteriores seguían siendo de piedra, pero se las adornaba con labrados, no en relieve como el barroco virreinal, sino al contrario, dibujos hundidos o esgrafiados, muy discretos y elegantes. En los muros interiores se empezaron a utilizar molduras y adornos de estuco, dejando el yeso en blanco y, muy pocas veces, fileteado en oro. Los vidrios de las ventanas y de las puertas interiores solían tener adornos de dibujos grabados químicamente, imitando esmerilados, y a veces había ventanales con técnica de emplomados y vidrios de colores, todo lo cual lo surtía, de la mejor calidad, la casa Pellandini, cuyo expendio estuvo muchos años en la hoy avenida Madero, más o menos frente al actual Hotel Ritz. De esas casas, con tales características todavía quedan, cada vez menos, ejemplos aislados y fechadas entre 1875 y 1900, en rumbos como Santa María y San Rafael. Las más modernas —dentro de la época a que me refiero—, hacia 1900 y pocos años después, llegaron a tener influencias del llamado "art-nouveau", aunque la verdad es que tal estilo no prosperó mucho en México (salvo notables excepciones, como el Teatro Nacional, hoy Palacio de Bellas Artes, y el interior de la casa de la familia Requena, hoy supérstite en el Museo de la ciudad de Chihuahua); pero sí hubo, poquísimas restan, fachadas con los marcos de puertas y ventanas en ondulantes siluetas y molduras de formas vegetales y balbones y rejas de listones semienrollados, tallos y hojas, como un lejano eco de aquel arte "fin de siècle" que aún vive en muchos rincones y rejas de París y en el delicioso museo que fue casa habitación del arquitecto Barón Víctor Horta, en Bruselas.

Desde luego —y ello es obvio—, de ningún modo las anteriores líneas pretenden ser historia de la arquitectura de la ciudad, ni en su forma más elemental; sólo han querido indicar, como todo o lo más de este capítulo, el momento de cambio y transformación que fue el ambiente citadino en que vivía y se formaba la generación que allí pasó su adolescencia y primera juventud.

Si las habitaciones, el vivir doméstico, se transformaba, era lógico que lo hiciera, con más alcance, la propia ciudad, en sus servicios que determinaban y conformaban la vida cívica y social de la ciudad.

Uno de los más graves problemas de la ciudad de México fue siempre —y, por desgracia, sigue siendo, pero lo actual no es cosa

de explicar ahora—, lo relativo a sus desechos de aguas negras y su aprovisionamiento de agua potable. Mientras la población de la ciudad fue bastante reducida, aquellos problemas se fueron resolviendo más o menos dificultosamente, pero sin excesivas complicaciones, pero éstas ya eran graves a los finales del siglo pasado cuando, como ya se dijo, la población andaba por los quinientos mil habitantes. Nuestros abuelos, digo los que ya eran adultos al filo del 1900 conocieron bien, y nos platicaron de ello, aquel horror del paso diario, o a veces terciado, de la "pipa": un gran barril, montado en un carro tirado por viejas mulas que, anunciado por una campanilla, iba recolectando lo que de cada casa en él vertían, todas las malolientes aguas de lavado y fregado y todos los desechos de nuestra sucia miseria humana. Cuando el paso de "la pipa" tuvo fin, con toda razón los habitantes de la ciudad dieron gracias a la administración porfiriana que los libraron de aquel espectáculo y tales olores. Pues, en la última década del pasado siglo, los estudios que el Ayuntamiento de México encomendó al ingeniero Roberto Gayol empezaron a ser realizados, construyendo varios colectores generales, con sus atarjeas laterales, contribuyendo todo a un gran canal de desagüe del valle de México, primero por las compuertas de San Lázaro, entonces ya en las afueras de la ciudad, y luego a través de sesenta kilómetros hasta el túnel de Tequixquiac y salir, fuera del valle, al río de Tula, afluente de otros que, sucesivamente, van a dar al Golfo de México. Las obras de este sistema fueron inauguradas en marzo de 1900.

De modo concomitante, en esa época y más en los primeros diez años de este siglo, se aumentó el volumen de agua potable que utilizaba la ciudad, se amplió la red de tubería y, hasta donde se pudo, se mejoró la red de distribución dando, también, mayor presión de modo que favoreciera el flujo y el llegar a los tinacos de almacenamiento y servicio en las casas.

También eran objeto de modernización las calles: pavimento y alumbrado. En ese tiempo el pavimento de asfalto empezaba a substituir a los viejos empedrados o a esporádicos ensayos de diversa clase de adoquines, que no dieron resultado. En cuanto al alumbrado, dice Galindo y Villa —que lo sabía bien, no sólo como historiador sino por haber sido Regidor—: "en 1890 desapareció el aceite de nabo que vivió un siglo justo. En este año la Capital contaba con 300 focos eléctricos de 2,000 bujías..." Cabe aclarar que esos focos no eran incandescentes sino lámparas de arco, a las que de tanto en tanto había que cambiar los carbones entre cuyas puntas saltaba

la chispa, en arco, dando una luz blanca levemente azulosa; esas grandes lámparas colgaban de altos arbotantes de hierro con curvas y adornos muy de época. Pero hacia el año de 1890, nos dice el historiador citado que también había, para el alumbrado público "500 mecheros de gas, 1,130 luces de trementina y 123 de aceite".[1] Ya es de suponer que esos faroles, tanto los de aguarrás como los de aceite, que al anochecer iban siendo encendidos, uno por uno, por los serenos del barrio, eran un pobrísimo alumbrado y peor en las noches de aguaceros y viento. Pero, al filo del nuevo siglo, la luz eléctrica era ya predominante, tanto en el alumbrado público de la capital como en el doméstico.

Esa electrificación alcanzó, en la misma época, a los tranvías, que eran el medio de transporte colectivo urbano y suburbano. En enero de 1900 se inauguró el nuevo servicio y en poco tiempo fueron desapareciendo de todas las líneas los antiguos y pequeños tranvías de mulitas.

No creo que para los jóvenes preparatorianos de ese tiempo fueran muy atractivos los paseos públicos de la ciudad, que todos los cronistas, escritores costumbristas y hasta los poetas ("Desde las puertas de *La Sorpresa*, hasta la esquina del *Jockey Club*. . ."), nos han descrito, relatado y comentado, aunque siempre dejándose en el tintero no pocos fragmentos y detalles, como lo sabemos los que todavía alcanzamos a conocer aquéllos por los relatos vivos y directos de nuestros mayores. Sin duda los muchachos irían, una y muchas veces, un rato y conversando, a la Alameda, pero sin que ello fuera el pequeño acontecimiento que sí era para los modestos empleados que acudían, con toda la familia, para oír la banda dirigida por Velino Preza, comprar globos a los niños, etc., etc. Tampoco perderían demasiado tiempo en el "paseo de Plateros", aunque lo conocieran muy bien, como todo el mundo, pues esos jóvenes, futuros ya muy próximos "ateneístas", ni eran ociosos "lagartijos" ni tampoco irían a colocarse entre las patillas y barbas blancas de los señorones del Jockey Club.

Sin nada de renunciaciones ni limitaciones *a priori*, antes viviendo plenamente sus propias vidas que, como se verá, fueron muy distintas —sin que ello implique ni un mínimo de pedantería, sino como simple definición o acotación—, es indudable que el campo del interés y de atracción para esos muchachos, era el campo del

[1] Jesús Galindo y Villa. *Historia sumaria de la ciudad de México*. Editorial Cultura, México, 1925.

saber y de la cultura, y sus vidas y sus obras así lo demostraron al correr de los años. Y, de eso, ¿qué les ofrecía la vida social y colectiva de la ciudad donde vivían, en los primeros años del siglo?

Derribado el Teatro Nacional (originalmente de Santa-Anna) en 1900, para construir otro que tardó muchísimo en quedar terminado (el hoy llamado de Bellas Artes), en los años siguientes funcionaban en México varios teatrillos pequeños y cuatro de primera importancia: el Principal, el Arbeu, el Hidalgo y el Renacimiento, luego llamado Virginia Fábregas. El género dominante, continuando el gusto del siglo anterior, era el teatro lírico o sea el teatro musical, en sus diversas especies: la ópera, la opereta (entonces casi novedad aquí) y la zarzuela en sus dos formas: la zarzuela grande y el "género chico", que no era y es sino la misma zarzuela española pero en obras de un solo acto, que dura cada función una hora, las que en Madrid decían "secciones" y aquí se llamaron "tandas". Otros géneros teatrales eran poco cultivados y menos, claro está, con obras y actuaciones que pudieran caber ya no sólo dentro del espectáculo, sino en la siempre restringida categoría de arte teatral. Sin embargo, se pueden citar ejemplos: en 1900 vino a México la compañía que encabezaban doña María Guerrero y don Fernando Díaz de Mendoza presentando, con gran dignidad, obras de Lope de Vega, Tamayo y Baus, etc. y otras más temporadas ofreció la misma compañía en sucesivas visitas; Teresa Mariani, en otra ocasión, presentó *Casa de Muñecas* de Ibsen, autor del que aquí, todavía hasta 1904, parece que sólo se conocía *Espectros;* la compañía de Novelli, que puso una o dos obras de Shakespeare también presentó Goldoni, y Mimi Aguglia trajo, pocos años después, *La Figlia de Iorio* y acaso alguna otra obra de D'Annunzio, lo que suscitaría gran atención de aquel grupo de jóvenes, tan pendientes y sedientos de novedades valiosas que cambiaran el panorama cultural, demasiado tranquilo, quieto y hasta rutinario, que los rodeaba.

Novedad y revelación fue, hacia 1904, la presentación del ballet. Es claro que todos habían visto actuar a los cuerpos de baile que ejecutaban los números que les correspondían en las óperas, pero que venían a ser como aditamentos espectaculares para mayor lujo y lucimiento de la ópera misma. El ballet, propiamente dicho es indudablemente otro género, y resultaba, para los más, una revelación; así lo dijo un cronista al reseñar el estreno de *Coppelia:* "El trabajo de Leo Delibes es una joya, una filigrana. El público, como es natural, se encontró de pronto asombrado: no tiene costumbre de presenciar esta manera teatral y plástica de presentar las fábu-

las; le causa extrañeza el convencionalismo escénico, nuevo para él; sin embargo, lo sedujo..."[2]

El ambiente musical de México, en los primeros años de 1900, era, a un tiempo, más rico y más pobre que hoy. En primer lugar, hay que descartar los medios mecánicos de reproducción y difusión musical, hoy abundantísimos y en su mayoría excelentes, que entonces no había. Pero es indudable que la entonces joven generación, que fue la de nuestros padres, y las que le precedieron, en ellas era mayor la proporción de personas que tenían conocimientos musicales, a nivel de ejecutantes de algún instrumento, y creo que también era mayor la proporción, en la población de la capital y ciudades de provincia, de quienes tenían otros más conocimientos de musicología: teoría, armonía, composición, etc., puesto que el número de profesores, en escuelas y clases particulares, eran, en proporción, como dije, más que actualmente. Pero el ambiente musical, por otra parte, era pobre, porque una serie de circunstancias —que no es el caso analizar, puesto que no se trata de hacer la historia de la música en México—, habían dejado con poco estímulo por parte de las grandes instituciones, concretamente el Estado y la Iglesia, que habían restringido su impulso en el campo de la música, y éste se encontraba cultivado, activa pero limitadamente, sólo por el esfuerzo individual; lo que dio por resultado un gran número de ejecutantes, sobre todo de piano y de violín, que tocaban en audiciones privadas y ocasionalmente en actos públicos. Las orquestas que existían en México y en varias ciudades de provincias, estaban fundamentalmente dedicadas a su trabajo en los teatros de género lírico —que, como se dijo, eran los más—, que era una de las fuentes económicas de que esos profesionales vivían. Parece increíble, mas por desgracia era un hecho, que casi todo ese grandísimo acervo de música instrumental, en sus formas sinfónicas, que produjo la Europa del siglo XIX, en nuestro país había quedado prácticamente desconocido. No se cultivaba la gran música instrumental sino para el teatro lírico. Tal vez por lo mismo, por ejemplo, los últimos tres notables compositores mexicanos del siglo XIX, fueron pianistas y compusieron para piano: Ricardo Castro, Felipe Villanueva y Gustavo Campa.

Por eso fue notable y benemérita la labor de Carlos J. Meneses quien durante diez años, de 1902 a 1912, "con la Orquesta del Con-

[2] *El Imparcial*, 4 de agosto de 1904. Citado en: Luis Reyes de la Maza, *El Teatro en México durante el Porfirismo*, tomo III. Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México, 1968.

servatorio que dirigía y había fundado, y movilizando él, de hecho, todas las fuerzas disponibles, implantó definitivamente, en México, el género instrumental universal en sus formas superiores".[3]

Creo evidente que en esos conciertos, organizados y dirigidos por el Maestro Meneses, está el germen de *Dramma per Musica*, que Antonio Caso escribió algunos años después, y también el incentivo para la inquietud artística, musical, de Vasconcelos y de otros "ateneístas"; pero solamente el incentivo ante la impresión directa de las grandes obras, ¡que no es poco!, pero no había guías ni orientaciones, sobre todo frente a las obras entonces modernas que, a veces, podían escuchar.

Por ejemplo, el Maestro Meneses había tenido el ímpetu feliz de hacer oír, creo que hacia 1906, los *Nocturnos* y *La siesta de un fauno*, de Debussy. Pues bien, la incomprensión crítica era tal que, algunos años después, persona tan indudablemente ilustrada como Alba Herrera y Ogazón, escribía párrafos como este: "Debussy, como Strauss, fue original, primero y luego se propuso serlo mucho más. De aquí ciertas extravagancias: esas dislocadas guirnaldas de sonidos, esos flotantes arabescos, esas exquisiteces enfermizas en su rebuscamiento quintaesenciado, esas sutilezas insubstanciadas como el humo, no tienen ni pueden tener nunca importancia al lado de obras de positiva solidez musical. . .".[4]

En otro campo del arte, el de la pintura, en ese primer decenio del 1900, las cosas andaban, seguramente, peor. Apreciaciones de un reconocido crítico, Justino Fernández, son las siguientes:

"A fines del siglo XIX y principios del XX la decadencia, en materia de pintura, se acentúa de una manera lastimosa. El academismo agotado o desvirtuado sólo es capaz de hacer producir obras poco estimables, en los cuales los asuntos tratados tienden a ser una especie de grandes fotografías a color («Los borrachos», Fabrés). La emoción, la espontaneidad, el gesto original, casi han desaparecido, y en su lugar se advierte la timidez en las concepciones, el dibujo amanerado y el colorido de receta. . . Por este tiempo, el romanticismo de corbatón, de sombrero de alas anchas, capa española, y a veces con mostachos y perillas, se pasea por cafés y tabernas, hablando mucho y haciendo poco. Aun la producción popular que, a pesar de todo, mantiene siempre su interés, por no estar

[3] Carlos Chávez. "La música", en: *México y la Cultura*. Secretaría de Educación Pública, México, 1946. pág. 532.

[4] *Ibidem*.

contaminada con las ideas sofisticadas, muestra una notable falta de calidad solamente substituida por la gracia y la ingenuidad mexicana." [5]

Tal vez convenga una breve glosa, que aclare más lo que Justino escribió: lo de que algunas pinturas de la época tendían a ser, o parecer, grandes fotografías a color, no es peyorativo sino verdad exacta y consecuencia de las ideas del propio maestro catalán, que vino contratado como Director de Pintura en la Escuela de Bellas Artes; hablando de él, dice José Clemente Orozco, quien fue su discípulo poco tiempo: "Las enseñanzas de Fabrés fueron más bien de entrenamiento intenso y disciplina rigurosa, según las normas de las academias de Europa. Se trataba de copiar la Naturaleza fotográficamente con la mayor exactitud, no importando el tiempo ni el esfuerzo empleado en ello. Un mismo modelo, en la misma posición, duraba semanas y aun meses frente a los estudiantes, sin variación alguna. Hasta las sombras eran trazadas con gis para que no variara la iluminación. Al terminar de copiar un modelo determinado durante varias semanas, un fotógrafo tomaba una fotografía del modelo a fin de que los estudiantes compararan sus trabajos con la fotografía".[6]

Y la tímida afirmación de Justino Fernández, ¿a quién se refería? cuando dice: "Alguno que otro artista independiente logra cierta originalidad que, a la postre, es absorbida por la influencia de las escuelas europeas. No obstante, en medio del decadente gusto general de estos años se distinguen artistas de personalidad. . ." [7] Puede uno preguntarse: ¿qué pintores distinguidos había en México, entre 1900 y 1910, en verdadero ejercicio creador, no en el puro magisterio de la academia?

Alfredo Ramos Martínez, que había regresado de Francia en 1898, permaneció aquí pocos años y se volvió a París, en donde estuvo hasta 1911. Lo mismo hizo el Dr. Atl, yendo y viniendo entre Europa y México. El mismo Leandro Izaguirre, también ausente, sólo regresó hacia 1906. Angel Zárraga presentó una exposición, en 1904, entre dos viajes. Julio Ruelas, también se fue de nuevo a Europa, en los primeros años del siglo y no volvió más. Los viejos maestros eran eso, exactamente: Parra, Ibarrarán; inclusive el único verdadero gran pintor de su generación, José María Velasco, esta-

[5] Justino Fernández. *El arte moderno en México.* Antigua Librería Robredo, José Porrúa e hijos, México, 1937. págs. 181-183.

[6] José Clemente Orozco. *Autobiografía.* Eds. Occidente, México, 1945. pág. 14.

[7] Justino Fernández, *Op. cit., loc. cit.*

ba como los otros al final de su vida, toda su obra estaba ya hecha y pertenecía a otra época.

Para quienes tenían inquietudes o secretamente esperaban que les despertasen, en cuanto a las artes plásticas y fundamentalmente la pintura, inquietudes e interés, no en plan profesional sino por sensibilidad y complemento de cultura en formación, sin duda quienes hubieran sido más provechosos podrían haber sido Ramos Martínez y el Dr. Atl, que conocían bien y a fondo la pintura y sus más modernas expresiones de entonces, como el impresionismo y el "fauvismo" y las más nuevas modalidades, en esos años florecientes. Pero ya dije que, en esa época, las exposiciones y permanencias en México, de aquellos pintores, fueron transitorias.

* * *

Los párrafos precedentes han tenido el propósito, muy limitado pero muy concreto, de señalar o apuntar el ambiente que, en algunos renglones del arte: el teatro, la música, la pintura, rodeaba a los jóvenes que cursaban, en la ciudad de México, sus estudios preparatorios o profesionales, hacia el año de 1900 y los que inmediatamente siguieron.

Ese ambiente o medio artístico era muy pobre. Del "arte", los poetas, escritores, periodistas, de la generación del modernismo —la anterior a la del Ateneo—, hablaron muy frecuentemente y siempre en tonos de exaltación fervorosa: era parte de la tónica de aquella "bohemia" que venía desde el romanticismo, y contra la cual reaccionaría la juventud del Ateneo. Se hablaba mucho de arte pero la verdad es que, salvo los dedicados más o menos profesionalmente a alguna de sus ramas, la mayor parte sabía poco de aquello. No hay, en decirlo, ni exageración ni, mucho menos, desvalorización de la época; es, simplemente, señalar una de las deficiencias existentes en el campo de la cultura mexicana de ese tiempo.

Lo importante, para el objeto del presente estudio es —así lo espero—, que por lo expuesto se explica que en asuntos de cultura artística, más que en otros, la generación del Ateneo tuvo que ser autodidacta y a base de lecturas; que la mayor parte de los de aquel grupo que salvaron ese escollo, lo hicieron ya en su madurez, cuando pudieron ver y vivir otros países y ampliando y completando intensas y meditadas observaciones o lecciones.

También ese medio ambiente señalado, justifica que la formación intelectual de quienes la tuvieron, entre los fines del siglo pasado y los comienzos del presente, y después de la formación inicial sus propios impulsos de renovación, éstos se hayan encaminado por los campos de la literatura y la filosofía, animados siempre por lo que por medio de libros iban conociendo y entusiasmados por el fruto de los mismos, ya que casi no tuvieron más guías que sus lecturas y la fecunda discusión entre ellos mismos.

Pero, por lo pronto, esa generación, por razón de edades, realiza sus estudios primero en la Escuela Nacional Preparatoria y, luego, en las escuelas profesionales, la mayor parte, como veremos, en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, entre los años de 1900 a 1910, aproximadamente. De las dos escuelas mencionadas la más formativa fue la primera, por lo que conviene revisar, en somera ojeada, lo que fue y en ella había.

[illegible] Nacional [illegible] la misma parte [illegible]

[illegible] por lo que conviene corregir, en cuanto [illegible] ella debía.

[illegible]

[illegible]

Capítulo II

LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA

La Escuela Nacional Preparatoria tiene su origen en la reorganización de las constituciones educativas que hizo el gobierno liberal, presidido por Benito Juárez, cuando su victoria definitiva, en 1867, le permitió aplicar las Leyes de Reforma y se vio en la necesidad y, al mismo tiempo, el poder de construir y manejar, como Estado, lo que antes había hecho y manejado la Iglesia.

El artículo tercero de la Constitución de 1857, solamente decía: "La enseñanza es libre. La ley determinará qué profesiones necesitan título para su ejercicio, y con qué requisitos se deben expedir." Como norma básica —no otra cosa debe ser un precepto constitucional— estaba bien, y mucho mejor que lo que ochenta años después hicieron las reformas radicales y torpes, como el régimen que las engendró; las adecuaciones inmediatas al propósito fundamental, debían ser objeto de otras leyes y reglamentos. Así fue: después de la llamada Guerra de Tres Años o de Reforma, el presidente interino Benito Juárez, que tenía por Ministro de Instrucción Pública a Ignacio Ramírez —muy probable autor de estas leyes, que le concernían—, hizo promulgar una ley de Instrucción Pública, cuyo artículo sexto ordenaba establecer una escuela de estudios preparatorios, que el artículo 16 establecía en el Colegio de San Juan de Letrán, con programas diferentes para cada una de las carreras especiales: Jurisprudencia (que funcionaba entonces en San Ildefonso), Medicina y Minas. Esos programas comenzaban dedicando muchísimo tiempo nada menos que al latín y al griego, luego algo de matemáticas y de física, en el cuarto año diversas ramas de la filosofía, en el quinto año estudiar geografía, cosmografía, elementos de economía y francés. Parece evidente que, a pesar de ser el Ministro de Justicia e Instrucción Pública un reformador tan ilustrado y

radical como lo era Ignacio Ramírez, el plan de estudios secundarios era bastante tradicional, defectuoso y sin orientación definida.

De cualquiera manera resultó que no pudo haber mayores ni menores reformas, pues los sucesos políticos se precipitaban: el gobierno de Juárez tenía que enfrentarse, primero a las gravísimas condiciones económicas que sufría el país y luego al problema internacional de las reclamaciones, amenazas bélicas y desembarco de fuerzas armadas de la Alianza Tripartita, y poco después a la declarada intervención armada del ejército enviado por Francia. Siguió la guerra, el establecimiento del Segundo Imperio Mexicano, después de más de casi cinco años el retiro del ejército francés y, por fin, el triunfo y el restablecimiento de la República. Habían transcurrido años y corrido mucha sangre, las instituciones del país se habían conmovido y algunas de ellas derrumbado desde sus cimientos. Con la victoria y al restablecerse la paz, aunque no afecto a citas bíblicas, el presidente Juárez pudo hacer suya la frase del Apocalipsis: "Dixit qui sedebat in throno: ecce nova facie omnia" (Dijo el que ocupaba el trono, he aquí que todo lo haré de nuevo), que luego han repetido, al menos de facto, gobernantes posteriores de muchos menos latines de los que sabía el señor Juárez, quien en algunos de los renglones de su gobierno en que hizo todo de nuevo, fue, precisamente, en materia de instrucción pública.

Por lo que toca a la enseñanza secundaria, el autor de su reorganización fue Gabino Barreda, discípulo de Augusto Comte, doctor en Medicina pero con vastos conocimientos en muchas otras disciplinas. La causa o explicación de eso la resume y explica Clementina Díaz y de Ovando en una página, que prefiero transcribir:

"...En la ciudad de Guanajuato, cuna de la lucha insurgente, una voz que muy pronto iba a tener gran trascendencia se hacía oír. El orador elegido para esa festividad fue el doctor Gabino Barreda.

"Barreda, hombre forjado en el liberalismo, en cuyas filas había batallado por la Reforma, seguidor y admirador de Comte, pronunció ese día, 15 de septiembre (de 1867) en Guanajuato, la oración cívica. En ella Barreda repasó la historia de México y, de acuerdo con la tesis de Comte, señaló que la emancipación a que debe llegar la humanidad es triple: emancipación científica, religiosa y política. México, en esa progresiva emancipación mental, representaba un alto grado de progreso.

"La intención de Barreda, en su oración cívica, fue demostrar que el pasado era una enseñanza para conjeturar el futuro y como una solución de problemas venideros. Las dos generaciones que

habían sido sacrificadas en esa obra de renovación eran suficientes y ninguna reforma constitucional debería hacerse por vía revolucionaria, los obstáculos con el triunfo de la Reforma habían sido allanados, por lo mismo, todas «las fuerzas morales, intelectuales o políticas, que deben concurrir con su cooperación han surgido ya.»

"La base de este grandioso edificio, para Barreda son las leyes de Reforma... Si la paz lograda y el orden se conservaban por algún tiempo, ellas por sí solas harían lo demás.

"Barreda, en esta oración cívica introduce una novedad en el positivismo, el lema de la libertad. Termina su oración asegurando que el triunfo del espíritu positivo en México afianzó el porvenir de América y aun del mundo.

> «Conciudadanos: que en lo de adelante sea nuestra divisa: *libertad, orden y progreso;* la libertad como *medio,* el orden como *base* y el progreso como *fin;* triple lema simbolizado en el triple pabellón que en 1821 fue en manos de Guerrero e Iturbide el emblema santo de nuestra independencia; y que empuñado por Zaragoza, el 5 de mayo de 1862, aseguró el porvenir de América y del mundo, salvando las instituciones republicanas.»

"Este discurso mucho impresionó a Juárez; sus muy allegados Francisco y José Díaz Covarrubias le presentaron entonces a su cuñado, el doctor Gabino Barreda, esposo de Adela Díaz Covarrubias.

"Y Juárez —dice Leopoldo Zea— 'Como sagaz hombre de Estado, adivinó en la doctrina positiva el instrumento que necesitaba para cimentar la obra de la revolución reformista', cuyo punto de apoyo sería la ilustración del pueblo.

"Barreda era el hombre idóneo para reformar, por lo mismo, la educación mexicana." [1]

Eso es cierto, pero no lo sería el mencionar aquel solo nombre, pues, auque aquí no se trata de recontar la historia de la época, no sería justo atribuir personalismos exclusivos, de los que estuvieron lejos aquellos gobernantes, ciertamente, en su mayoría, austeros y honestos.

El presidente Juárez encomendó, en principio, la organización de los planes y proyectos de educación a su Ministro del ramo, don Antonio Martínez de Castro, jurista de reconocido prestigio; éste, a

[1] Clementina Díaz y de Ovando. *La Escuela Nacional Preparatoria. 1867-1910.* Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM. México, 1972. Tomo I, págs. 14 y 15.

su vez, creó una Comisión para el mismo efecto, compuesta por personas de la más alta calidad intelectual y moral: para presidirla, el doctor don Gabino Barreda, el de mayor edad, a pesar de que entonces apenas frisaba los cincuenta años, que había hecho estudios de derecho y luego toda la carrera de medicina, culminando sus estudios con los muy a fondo de la filosofía de Augusto Comte, cuyo directo discípulo fue, durante su estancia en París hasta 1851. Eran los otros miembros de la Comisión: don Pedro Contreras Elizalde, también convencido positivista; don Ignacio Alvarado, médico ilustre, como Barreda y quien parece haber llevado a éste al conocimiento intelectual y personal de Comte; don Francisco Díaz Covarrubias, *ingeniero especializado en astronomía, autor de varias obras* en esa ciencia y otras sobre matemáticas; don José Díaz Covarruvias, hermano del anterior y ambos de la esposa de Barreda; don José era abogado y fue miembro de uno de los gabinetes del presidente Juárez, cuenta, entre sus obras, una sobre instrucción pública y otra un Tratado de Derecho Internacional, probablemente la primera traducción y adaptación de autores europeos, hecha en México, para servir de texto a los estudiantes de esa materia; finalmente, don Eulalio Ortega, abogado de amplio prestigio, llamado poco antes por el Emperador Maximiliano como su defensor en el proceso penal que se le hizo en Querétaro, probablemente por haber sido, el Lic. Ortega, miembro del Partido Liberal moderado, antes de 1857, cuyo jefe reconocido fue, por años, don José María Lafragua y éste y Eulalio Ortega, en sus años juveniles habían colaborado estrechamente en diversas revistas de la época.

Pero si el nuevo sistema y organización general de la instrucción, patrocinada e impartida ya no por la Iglesia sino por el Estado, fue pensado y propuesto por la Comisión, en cuanto respecta concretamente a la educación secundaria, encomendada particularmente a la Escuela Nacional Preparatoria, es indudable que ésta fue obra principalísima de Barreda.

"La Escuela Preparatoria fue inaugurada el lunes 3 de febrero de 1868 y sus actividades se iniciaron el mismo día. Fue don Gabino Barreda su primer director, quien tuvo que hacer frente a los ataques que le dirigieron no sólo los espíritus retardatarios sino aun muchos de los liberales de su tiempo. Cuando Barreda dejó la dirección de la escuela por él fundada, para partir a Berlín como representante de México, quedaba en pie un centro de cultura que fue capaz durante muchas décadas de resistir el embate de sus enconados adversarios. El positivismo como sistema pedagógico subsistió más de

cuatro décadas a la fecha de la Escuela Preparatoria. Pero el afán de convertir la ciencia en instrumento de concordia entre los hombres, fue la bandera de una lucha secular."

Y prosigue diciendo el historiador Martín Quirarte: "Cuando Gabino Barreda dio vida a la Escuela Preparatoria, tenía la certidumbre de que los medios empleados para la aplicación del método positivista serían lentos, pero estaba seguro de su eficacia. Además, creyó que el nuevo sistema pedagógico sería capaz «de conciliar la libertad con la concordia y el progreso con el orden». Se ha dicho en todos los tonos que el positivismo tuvo que adaptarse a las necesidades del país. Muchos son los críticos que han tratado de comprender a Barreda. Pero no han faltado quienes lo hayan censurado, por no haberse ceñido estrictamente en todos sus puntos a los lineamientos de su plan original...

"Más tarde, durante todo el período porfirista, la Escuela Preparatoria fue objeto de los más rudos ataques así como el motivo de las defensas más vehementes. Desde sus primeros años la nueva casa de estudios se vio honrada por un cuerpo docente de intelectuales de extraordinario prestigio. En matemáticas se distinguían Francisco Díaz Covarrubias, Manuel Fernández Leal, Francisco Bulnes, Eduardo Garay. El presbítero Ladislao de la Pascua impartió la clase de física. Como profesor de química debe mencionarse a Leopoldo Río de la Loza. Alfonso Herrera, que sería más tarde el sucesor inmediato de Barreda, impartió la clase de historia natural. El propio fundador de la Escuela Preparatoria se distinguió como un brillante profesor de lógica; y como no entraba en sus propósitos establecer el más cerrado dogmatismo, hizo concesiones que le son altamente honrosas. Dio cabida a personajes que no eran fervientes devotos del positivismo, pero que se distinguían por su extraordinario talento y su seriedad científica. En los primeros tiempos de la Escuela Preparatoria, junto a profesores de tendencias claramente positivistas figuraron profesores... como Ignacio Ramírez, Manuel Payno e Ignacio Altamirano, que dejaron a su paso por las aulas de la Preparatoria una huella imborrable...

"Los ataques al positivismo con mayor o menor intensidad, se mantuvieron durante todos los años que esta doctrina dominó como sistema pedagógico. Fue rudamente censurado en nombre de la tradición y de la fe religiosa. Pero también no fueron pocos los liberales que lo combatieron... Del seno de las propias huestes positivistas salió el impulso que acabaría por derribar esta doctrina como sistema pedagógico. Fue el espíritu crítico de don Justo Sierra el

primero que minó las bases del edificio positivista y después el Ateneo de la Juventud le daría los golpes decisivos para liquidarlo. Mas, para fortuna del país, aquellos demoledores estaban animados de un espíritu constructivo; al destruir un sistema pedagógico casi secular, supieron orientar a la juventud por los senderos de la cultura moderna." [2]

A pesar de que rompe un poco el orden o adelanta a lo que corresponde a este capítulo, preferí citar íntegros esos párrafos del profesor Quirarte, por ser clara síntesis de la función de la Escuela Nacional Preparatoria en la cultura mexicana del último tercio del siglo pasado.

También será imprescindible referirme, a veces en resumen y a veces en citas más o menos extensas, a las páginas que a este mismo asunto, el del ambiente escolar y cultural del 1900 al 1910, dedicó Alfonso Reyes, pues ninguna fuente mejor, ya que él mismo fue testigo y actor en sucesos de aquellos tiempos y, luego, porque su portentosa memoria, su buen juicio y su excelente narración lo hacen, como dije, imprescindible, y si las citas textuales son un poco largas, el lector saldrá ganando con leer más líneas de los textos de Reyes, que cuenta y juzga así lo que fueron Barreda y otros maestros y lo que fue la Escuela Nacional Preparatoria a los comienzos de este siglo:

"Discípulo de Augusto Comte, imbuido de positivismo francés, fuerte en su concepción matemática del universo —de un universo saneado de toda niebla metafísica y de toda preocupación sobre el más allá—, congruente y limitado, contento con los datos de los sentidos, seguro —como todos los de su sistema— de haber matado al dragón de las inquietudes espirituales, acorazado y contundente, Barreda, el maestro de la enseñanza laica, congregó a los hombres de ciencia y creó, como prototipo de su vivero para ciudadanos, la Escuela Nacional Preparatoria, *alma mater* de tantas generaciones, *que dio una fisonomía nueva al país;* puesta después de la enseñanza primaria y antes de la profesional o especial, semejante en parte al bachillerato francés, *y con un programa enciclopédico que* recorría, peldaño a peldaño, la escala comtiana, desde la matemática abstracta y pura hasta las complejas lucubraciones sociales."

La Preparatoria "no tenía por destino el conducir a la carrera y a los títulos, aunque fuera puente indispensable para los estudios

[2] Martín Quirarte, *Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud.* UNAM., México, 1970. Págs. 44-47.

de abogados, ingenieros y médicos; sino el preparar ciudadanos, de ahí su nombre; gente apta para servir a la sociedad en los órdenes no profesionales. . . El alumno de la Preparatoria desembocaba en la vida adulta capaz de escoger su vocación, dentro o fuera de las carreras profesionales; educado ya en el compendio y dueño de un microcosmos que, en pequeño, reflejaba el mundo. . . Y el alumno de la Preparatoria entraba en las bregas del conocimiento y de la acción provisto del instrumental mínimo e indispensable, con la dotación completa en la mochila.

"Pero todas las instituciones resbalan por su más fácil declive. La herencia de Barreda se fue secando en los mecanismos del método. Hicieron de la matemática la Summa del saber humano. Al lenguaje de los algoritmos sacrificaron poco a poco la historia natural. . . la ciencia cultural, y en fin las verdaderas humanidades. No hay nada más pobre que la historia natural, la historia humana o la literatura que se estudiaban en aquella Escuela por los días del Centenario. No alcanzamos ya la vieja guardia, los maestros eminentes de que todavía disfrutó la generación inmediata, o sólo los alcanzamos en sus postrimerías seniles, fatigados y algo automáticos. . .Porfirio Parra, discípulo directo de Barreda, memoria respetable, en muchos sentidos, ya no era más que un repetidor de su tratado de Lógica, donde por desgracia se demuestra que, con excepción de los positivistas, todos los filósofos llevan en la frente el estigma oscuro del sofisma. . . El incomparable Justo Sierra, el mejor y mayor de todos, se había retirado ya de la cátedra para consagrarse a la dirección de la enseñanza. . . Miguel Schultz, geógrafo generoso, comenzaba a pagar tributo a los años, aunque aún conservaba su amenidad. . . El Latín y el Griego, por exigencias del programa, desaparecían entre un cubileteo de raíces elementales, en las cátedras de Díaz de León y de aquel cordialísimo Francisco Rivas —de su verdadero nombre Manuel Puigcerver—, especie de rabino florido cuya sala era, porque así lo deseaba él mismo, el recinto de todos los juegos y alegres ruidos de la muchachada. . . En su encantadora decadencia, el viejo y amado maestro Sánchez Mármol —prosista que pasa la antorcha de Ignacio Ramírez a Justo Sierra— era la comprensión y la tolerancia mismas, pero no creía ya en la enseñanza y había alcanzado ya aquella cima de la última sabiduría cuyos secretos, como los de la mística, son incomunicables. La literatura iba en descenso, porque la Retórica y la Poética, entendidas a la manera tradicional, no soportaban ya el aire de la vida, y porque no se concebía aún el aprendizaje histórico —otros

dicen hasta "científico"— de las Literaturas, lo que vino a ser precisamente una de las campañas de los jóvenes del Centenario..."

Esos jóvenes "del Centenario" eran, como seguramente lo habrá entendido el advertido lector, el propio Alfonso Reyes y sus compañeros de aulas y de generación, ésos de que se ocupa el presente estudio, ésos que ahora solemos llamar y repetir "los del Ateneo de la Juventud", institución que fundaron los del grupo mismo, poco después de los años a que se acaba de referir Alfonso Reyes, quien más adelante en sus recuerdos y, más bien en la valoración de la época cultural de su adolescencia y juventud, dice:

"Ayuna de Humanidades, la juventud perdía el sabor de las tradiciones y sin quererlo se iba descastando insensiblemente. La imitación europea parecía más elegante que la investigación de las realidades más cercanas. Sólo algunos conservadores, desterrados de la enseñanza oficial, se comunicaban celosamente, de padres a hijos, la reseña secreta de la cultura mexicana; y así, paradójicamente, estos vástagos de imperialistas que escondían entre sus reliquias familiares alguna librea de la efímera y suspirada Corte, hacían de pronto figura de depositarios y guardianes de los tesoros patrios.

"Un síntoma, sólo en apariencia pequeño, de aquella descomposición de la cultura: se puso de moda, precisamente entre la clase media para quien aquel sistema escolar fue concebido, el considerar que había un cisma entre lo teórico y lo práctico. La teoría era la mentira, la falsedad, y pertenecía a la era metafísica, si es que no a la teológica. La práctica era la realidad, la verdadera verdad. Expresión, todo ello, de una reacción contra la cultura, de un amor a la más baja ignorancia, aquella que se ignora a sí misma y en sí misma se acaricia y se complace. Cuando la sociedad pierde su confianza en la cultura, retrocede hacia la barbarie con la velocidad de la luz. ¿Dónde quedaba entonces el estupendo precepto comtiano? En vano los vitrales de la Escuela Preparatoria dejaban ver al trasluz con grandes letras: Saber para prever, prever para obrar." [3]

Mas no todo era, exclusivamente, el plan de estudios y los aciertos y deficiencias magisteriales o docentes. En el ámbito estudiantil, otros sucesos y personas contribuyeron a la formación y orientación de aquellos jóvenes preparatorianos.

En los años de 1903 y 1904 se llevaron al cabo una serie de conferencias, verdaderas cátedras y cursillos que, para diferenciar-

[3] Alfonso Reyes. "Pasado inmediato", en *Obras completas.* Fondo de Cultura Económica, México, 1960. Tomo XII, págs. 187-193.

los de los oficiales y reglamentados, se les llamó inicialmente "Lecturas literarias"; tuvieron lugar en el gran salón llamado entonces, como ahora, "El Generalito".

Voy a permitirme una digresión de nuestro asunto principal, más bien un paréntesis, para una breve explicación que no creo sea del todo superflua. Tradicionalmente se ha dado el nombre de "El Generalito", al gran salón abovedado, situado en el lado norte del patio grande de la Preparatoria, con ventanas altas mixtilíneas que dan a la calle de San Ildefonso, en la fachada principal del edificio. Ese salón fue el aula general del Colegio de San Ildefonso; parece que, desde muy viejos tiempos se le dio aquel nombre, no como diminutivo, que no tenía razón de serlo, sino para distinguirlo, jerárquicamente en cierto modo, del Aula General que la Real Universidad quería tener como única. El interés que hoy tiene "El Generalito" —que ha motivado este párrafo— es la riqueza artística que le da la estupenda sillería que se mira y admira a lo largo de sus muros. Esa sillería fue, originalmente, del coro de la iglesia de San Agustín de esta ciudad, hecha entre 1701 y 1702 por Salvador Ocampo "maestro de ensamblador y tallador", como dice el contrato respectivo, ayudado de otros maestros ensambladores y tallistas; consta de 47 sitiales altos y mayor número de otros de respaldo bajo, que en conjunto tienen más de ciento cincuenta tableros de madera de nogal, de tallas magníficas con motivos bíblicos, los mayores sobre temas del Génesis o del Apocalipsis, además de las tallas que ornan los brazos, remates, patas y hasta las "misericordias" de los sitiales. Esa sillería, desarmada y arrumbada, cuando la iglesia de San Agustín fue convertida en Biblioteca Nacional, fue rescatada por la Preparatoria hacia 1890 y "la primera vez que El Generalito, ya con la sillería, se usó para un acto público y solemne fue el 17 de septiembre de 1895" dice Rafael García Granados. Notable es otro mueble, también de magníficas tallas: una soberbia cátedra que, ésa sí, fue siempre del Colegio de San Ildefonso para su salón general. En los muros, allí mismo, hay ahora algunas pinturas, más de interés histórico que artístico, pues son retratos de ilustres alonsiacos, como se les llamaba a los hijos de aquel establecimiento. Termino este paréntesis sugiriendo al lector que no haya sido alumno o no conozca la Preparatoria, una visita a ese hermoso edificio, que fue el Colegio de San Ildefonso y luego Escuela Nacional Preparatoria, donde, además de su espléndida arquitectura, hay que ver los murales que existen en diversas partes del edificio, pintados entre 1922 y 1930 por José Clemente Orozco,

Diego Rivera, Fernando Leal, Juan Charlot, Fermín Revueltas y Rafael Alva de la Canal y hasta un fragmento, inconcluso, por David Alfaro Siqueiros.[4]

Allí, en aquel salón, en "El Generalito", se dieron unas conferencias, llamadas "Lecturas literarias" que, sin duda ninguna, influyeron más o menos en la mayor parte, pero muchísimo en algunos, para iniciar y fomentar el gusto y comprensión de los autores griegos, en las frescas y curiosas mentes de los preparatorianos.

Entre fines de julio y comienzos de septiembre del año de 1903, el licenciado Jesús Urueta, orador excelso y buen conocedor de los autores clásicos, leyó y comentó *La Iliada*. Un visitante ilustre declaró al periódico francés local "Le Courrier du Mexique" —palabras que luego recogió y tradujo "El Imparcial"—, esto: "...soy deudor al señor Urueta de la primera emoción de arte que me ha sido dado experimentar desde mi salida de París. He oído hablar de Homero y de *La Iliada* en México, como no he oído hablar en ninguna parte; con una elocuencia a la vez sobria e insinuante, nutrida de crítica y de ciencia moderna, espléndida por su belleza..."[5] Tal elogio no era de menospreciarse, venía del doctor Garnault, científico y antropólogo, miembro de la Sociedad Francesa para el Avance de los Estudios Griegos, quien, al año siguiente, dio conferencias sobre historia del arte, con ilustraciones (entonces casi novedad) de obras de los escultores griegos clásicos y otros ejemplos hasta después del Renacimiento. En cuanto a las mencionadas "Lecturas literarias", el año de 1904 se hizo —también en "El Generalito"— la lectura del *Agamenón* por voces, nada menos, que de Jesús Urueta, Amado Nervo y Luis Urbina.

Pero no solamente aquellos maestros, hoy justamente considerados glorias de nuestras letras, mantenían tales eventos culturales; también alumnos de la Escuela, sin duda entre los mejores —algunos de los cuales serían, muy pocos años después, fundadores del Ateneo de la Juventud—, comenzaban a hacer acto de presencia en

[4] Mayor información sobre el salón "El Generalito" y el edificio y su contenido artístico de la Escuela Nacional Preparatoria, se puede encontrar en: *Sillería de Coro de la Antigua Iglesia de San Agustín.* Estudio e introducción de Rafael García Granados. Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México, 1941. Manuel Romero de Terreros. *La iglesia y convento de San Agustín.* Eds. del IV Centenario de la Universidad de México, UNAM, México, 1951. Manuel Toussaint. *Arte Colonial en México.* Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México, 1974. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas,* Núm. 17. México, 1949. José Rojas Garcidueñas. *El antiguo Colegio de San Ildefonso.* Ediciones del IV Centenario de la Universidad de México, UNAM, México, 1951.

[5] Díaz y de Ovando, *Op. cit.*, págs. 237-239.

"El Generalito", en actos que alcanzaban ya resonancia en la prensa. Así "El Imparcial" informó: "El primer aniversario de la Sociedad de alumnos de la Escuela Preparatoria, se celebró en el Salón de Actos de la Escuela, el 12 de julio (de 1907), con una velada literario-musical a la que asistió el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Justo Sierra, acompañado del director Porfirio Parra. La parte literaria fue un gran éxito, José de J. Núñez y Domínguez recitó su poesía "Los soñadores" y el alumno Alfonso Reyes fascinó al auditorio con una alocución espléndida, rica en imágenes, en ideas, en sentimientos, joya de oratoria juvenil en que Reyes demostró una vez más la potencia de su talento y la caudalosa vena de una inspiración artística y suntuosa". Alfonso Reyes terminaba, ese año de 1907, sus estudios de Preparatoria, tenía dieciocho años, su nombre allí, en esos y otros actos escolares y en publicaciones iniciales, comenzaba a salir a la palestra de las letras, junto con otros de los futuros ateneístas.

Clementina Díaz y de Ovando, en su nutrido estudio sobre la Escuela Nacional Preparatoria, que con gusto he aprovechado y citado aquí reiteradas veces, recoge, entre otras menciones, ésta que importa, a propósito de los ataques y la polémica que desató, contra los programas de estudios y sistema y contra la misma institución de la Escuela Preparatoria, un folleto que publicó el doctor Francisco Vázquez Gómez —futuro político de los inicios de la Revolución— contra dicho plantel, en enero del año de 1908.

Dice, en su libro, Clementina: "Los jóvenes liberales ante las estocadas a Gabino Barreda de la prensa conservadora, no se quedaron con los brazos cruzados. El 19 de febrero (de 1908) en *El Imparcial* apareció la invitación «A los liberales y estudiantes de la República», firmada por la Junta organizadora José María Lozano, Jesús T. Acevedo y Antonio Caso.

"Los organizadores invitaban a conmemorar la obra de Barreda «autor del esfuerzo más consciente y prolífico hasta ahora en pro del advenimiento definitivo del alma nacional. . .». La glorificación consistía en «una manifestación pública por la mañana y una velada solemne por la noche», que tendría carácter nacional.

"Junto a la invitación, *El Imparcial* de 19 de febrero, consignó este suelto en donde se daban pormenores de la celebración en honor de Barreda:

«*Suntuosa velada en honor de Gabino Barreda.* Tendrá lugar en el Teatro Arbeu.

«Para el día 22 de marzo próximo, se está organizando una solemne celebración en honor del ilustre fundador de la Escuela Nacional Preparatoria, doctor don Gabino Barreda, y en la cual tomarán participación oradores del más alto prestigio, entre los que se cuenta el señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, licenciado don Justo Sierra y el joven estudiante de derecho don Antonio Caso.

«La velada se verificará en el Teatro Arbeu, en el cual el decorado estará a cargo del distinguido arquitecto señor don Jesús Acevedo, con la cooperación del pintor señor Gonzalo Argüelles Bringas y de los más valiosos elementos de la Escuela Nacional de Bellas Artes.

«Se pretende que tome parte en ella la orquesta del Conservatorio Nacional de Música, bajo la dirección del señor profesor don Carlos J. Meneses.

«El día de la velada habrá otras manifestaciones que ya están siendo organizadas cuidadosamente.»[6]

El homenaje se llevó al cabo conforme se proyectó y alcanzó gran lucimiento y resonancia. Y cabe citar otro párrafo, a tal respecto, porque seguimos encontrando nombres de varios de los intelectuales a quienes el presente estudio se refiere, y así se va demostrando la valía y la importancia con que ellos iban destacando en el México de su tiempo.

El domingo 22 de marzo de 1908, "desde muy temprano los estudiantes se presentaron en la Escuela Nacional Preparatoria. Para las ocho de la mañana, hora de la cita, el entusiasmo iba en aumento. . . y se desbordó en el salón de actos al aplaudir y gritar bravos a los oradores: Ricardo Gómez Robelo, Max Henríquez Ureña y Alfonso Teja Zabre, quienes hicieron la loa de Barreda y su obra educativa. . . Presidieron el homenaje en la Preparatoria, el director Porfirio Parra y los organizadores: Antonio Caso, José María Lozano y Jesús T. Acevedo y las comisiones de las sociedades mutualistas con sus estandartes. Terminada la ceremonia en la Escuela se organizó el desfile para marchar al Teatro Virginia Fábregas. . .

Allí, "el primer discurso lo pronunció Enrique Rodríguez Miramón, quien hizo una emotiva defensa de Gabino Barreda. . . Siguió el joven Alberto Cañas, después Alfonso Cravioto, ex director de la revista *Savia Moderna*, quien analizó la obra de Barreda como educador, sembrador, amparado en el lema «Amor, Orden y Progreso. . .»

[6] *Ibid.*, págs. 298 y 299.

"Rodolfo Reyes y Diódoro Batalla, como los oradores que los habían precedido, descollaron la obra de Barreda. Aprovechando la oportunidad, criticaron valientemente al «grupo científico»...

"Por la noche, en el Teatro Arbeu, con asistencia de Porfirio Díaz... de José Ives Limantour y Justo Sierra, se llevó al cabo la velada en honor de Barreda. Después de la «Marcha húngara» (de Berlioz), ejecutada por la orquesta del Conservatorio, bajo la dirección del maestro Meneses, pronunció un discurso Antonio Caso, el orador enfatizó la importancia de la Escuela Nacional Preparatoria y la valía de su fundador, Gabino Barreda.

"Rafael López leyó una hermosa poesía «de corte moderno» y en seguida abordó la tribuna Justo Sierra...

"Al terminar Sierra su discurso la ovación fue delirante. La velada finalizó con el Himno Nacional. Afuera del Teatro Arbeu fueron ovacionados a la salida el joven Antonio Caso y el ministro Justo Sierra..." [7]

Y Alfonso Reyes, uno de los protagonistas de tales sucesos, muchos años más tarde escribió un párrafo que es la justa valoración de aquello: "Fue la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen... (su periódico) no pudo ocultar su sorpresa ante aquellos nietos descarriados del positivismo que, sin embargo, confesaban su solidaridad con la obra liberal de Barreda. Los oradores de aquel verdadero mitin filosófico —entre los cuales se contaban hombres de generaciones anteriores como Diódoro Batalla y Rodolfo Reyes— se percataron de que habían contraído ante la opinión un serio compromiso. En el orden teórico, no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución. Algún historiador político, Luis Manuel Rojas, lo reconoce así. De entonces parte lo que Vicente Lombardo Toledano ha llamado: El sentimiento humanista de la Revolución Mexicana".[8]

[7] *Ibid.*, págs. 304 y 305.

[8] Reyes, *Op. cit.*, pág. 209.

Capítulo III

LA REVISTA "SAVIA MODERNA". LA "SOCIEDAD DE CONFERENCIAS". LAS CONFERENCIAS DE CASO SOBRE EL POSITIVISMO

La Revista Savia Moderna

Aquellas expresiones, no propiamente de rebeldía, pero sí de inconformidad y deseos de cambio —unas veces tácitos y otras inicialmente expresos—, todavía acontecieron en la propia Escuela Nacional Preparatoria o muy estrechamente ligadas a ella. Pero, en ese mismo tiempo, otras manifestaciones de independencia y renovación comenzaron a hacer esos jóvenes, algunos recién graduados y otros aún concurriendo a las aulas. Todos quienes aquello han recordado, al hacerlo concurren en que lo primero fue la publicación y las actividades de la revista *Savia Moderna;* pero no porque ese dicho se haya repetido se conoce mejor, y es ahora ya tan raro encontrar y revisar, sin mucha dificultad, un ejemplar de la breve colección de tal revista, que no considero por demás dar aquí noticia de quiénes hicieron aquella publicación y qué contenían sus páginas.

Se titulaba *Savia Moderna. Revista Mensual de Arte.* El número 1, apareció en marzo de 1906; el número 5, que fue el último, es del mes de julio, aunque apareció con retraso. Las páginas llevan numeración corrida, seguramente para formar el tomo primero, las páginas foliadas (todas, salvo las muy pocas de anuncios), van del 1 al 320. El número suelto de la revista se vendía al precio de cincuenta centavos. La revista tenía un administrador, Evaristo Guillén, que seguramente no necesitaba, y unas oficinas (que Alfonso Reyes evoca, por la vista que ofrecían desde arriba de un quinto piso, hecho entonces inusitado en esta ciudad), que en realidad era lugar de reunión del grupo y donde, también, pintaba Diego Rivera; estaban en un edificio, entonces modernísimo y que aún existe, casi

sin modificaciones exteriores, en la esquina noroeste de la Avenida 5 de Mayo y la calle de Bolívar.

La revista ostentaba dos directores: Alfonso Cravioto y Luis Castillo, que más tarde firmaría con sus dos apellidos, Castillo Ledón; pero Cravioto era el verdadero impulsor y el alma de la revista.

Es interesante transcribir los nombres de los secretarios y de los redactores no porque todos, ni mucho menos, hayan colaborado en esas páginas, sino por otros dos motivos: porque esa lista da muy bien la composición del grupo aunque, claro, el verdadero núcleo era muy reducido y los demás eran miembros adherentes o simples amigos simpatizadores de aquel intento, y, segundo, porque en esa lista aparecen por vez primera vinculados a una obra de letras, algunos nombres de quienes, muy poco después, siguieron unidos en otros esfuerzos culturales, en el Ateneo de la Juventud y en actividades en torno de éste.

La nómina que publica el primer número de *Savia Moderna* da, como Secretario de Redacción: José María Sierra; Redactores, en los dos primeros números, por orden alfabético de apellidos, así: Acevedo, Jesús; Altamirano H., Antonio; Amador, Severo; Argüelles Bringas, Roberto; Bermejo, Manuel; Cabrera, Rafael; Carpio, Manuel; Caso, Antonio; Colín, Eduardo; Dávalos, Marcelino; Elizondo, José F.; Gamboa, José J. (se trata del dramaturgo José Joaquín Gamboa); García Naranjo, Nemesio; Gómez Robelo, Ricardo; Herrera, Alberto; López, Rafael; Nervo, Rodolfo; Ozuna, Sixto; Padilla, Benjamín; Palacios, Juan; Parra, Manuel de la; Pomar, José; Salazar, Abel C.; Symonds, Guillermo E.; Uthoff, Enrique; Uranga, Julio B.; Valenzuela, Emilio; Valenti, Rubén; Velasco, José B.; Villalpando, Jesús; Zárate Ruiz, Francisco; Zárraga, Angel; Zepeda Wineckfield, Alfonso.

A la lista de redactores se añade otra nómina de artistas, porque *Savia Moderna* se decía, con razón, revista de arte, y realmente justificó ese título, en la corta medida de su breve existir y de su índole de esfuerzo juvenil, publicando en sus páginas fotograbados de dibujos, de pinturas y esculturas y de fotografía artística y, sobre todo, realizando una exposición de pintura, que más adelante se mencionará. Los artistas que allí se enlistan, como colaboradores de la revista (pocos alcanzaron a serlo efectivamente), son: Arellano, Juan de Dios; Argüelles Bringas, Gonzalo; Coria, Benjamín; Elizalde, Fernando; Enciso, Jorge; García Núñez, Armando; Garduño, Alfredo; Garduño, Antonio; Gómez, Antonio; Herrán, Saturnino; Lillo, Rafael; Llop, Francisco; Martínez Carrión, Jesús; Montenegro, Ro-

berto; Ortega, Sóstenes; Ponce de León, Rafael; Rivera, Diego; Rodríguez, Federico; Rondero, Juan N.; Ruiz, José; Saldívar, Carlos; Sierra, Ricardo; Torre, Francisco de la; Zubieta, Francisco. Y, además, mencionados, luego, como fotógrafos: José M. Lupercio, Kampfer y Casasola.

En el número 3, mayo de 1906, ya no aparecen, entre los redactores: Jesús Acevedo, Roberto Argüelles Bringas, Enrique Uthoff y algún otro; en cambio, hay nuevos nombres: Juan B. Delgado, Pedro Henríquez Ureña, Delio Moreno Cantón, Alfonso Reyes y Luis Rosado Vega. En los números 4 y 5 figura, como Jefe de Redacción (cargo nuevo), Roberto Argüelles Bringas y como Secretario de Redacción, Pedro Henríquez Ureña.

Como se ve, por esas nóminas, en la revista quisieron convivir —y si lo consiguieron por muy poco tiempo, ello fue por diversos motivos— bastantes escritores de la generación precedente a la del núcleo de los fundadores y dueños de la publicación; así diversos poetas que venían de la generación modernista, como Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, Jesús Valenzuela, Luis G. Urbina y otros. Eso explica, además de otras causas, que el contenido de *Savia Moderna* fuera, en verdad, muy ecléctico. Desde la presentación se muestra así, pues dice, en su primera página: "Los agrupados en esta Revista —humilde de vanidad, pero altiva de fe— aspiramos al desarrollo de la personalidad propia, y gustamos de las obras más que de las doctrinas. Clasicismo, Romanticismo, Modernismo. . . diferencias odiosas. Monodien las cigarras, trinen las aves y esplendan las auroras. El arte es vasto, dentro de él, cabemos todos".

Y, como comprobación de lo dicho, dedica las tres páginas siguientes a reproducir el poema "Juárez", de Manuel Gutiérrez Nájera, sin duda como homenaje —no fue el único— a su entonces ya consagrada figura como excelsa en nuestras letras, poeta fallecido apenas doce años antes pero, sin duda, perteneciente y representativo de la generación literaria considerada, por los jóvenes de *Savia Moderna*, como su antecesor muy respetado y admirado. Y luego vienen, acogidos con respeto y aprecio, poemas, autógrafos en facsímil, fragmentos de obras de otros autores, maestros consagrados, como Manuel José Othón —ya al borde del sepulcro, aunque esto nadie lo sospechara—, Justo Sierra y algunos más, todos ellos por lo menos treinta años mayores que el promedio de los jóvenes, nacidos en la década de los "ochentas" del pasado siglo, que fueron los "ateneístas".

Naturalmente, la mayor parte de las páginas de esa revista, se llenan con poemas y otras colaboraciones del grupo en torno a Cravioto, pues ellos organizaron y hacían esa publicación, con las dificultades de siempre en tales empeños.

Entre los jóvenes que allí firman y que luego, muy pronto, van a ser miembros del Ateneo, entre los de mayor realce, por su obra posterior —aparte de los ya mencionados Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón—, vemos que en esas páginas aparecen, por ejemplo, dos artículos, más bien ensayos breves, de Antonio Caso (que entonces firma Antonio Caso jr.): en el primer número, "El silencio", y en el número cinco "La tesis admirable de Plotino". De Alfonso Reyes, un poema inicial, "Mercenario", en el número tres. En el cuarto número hay un fragmento, muy breve, de "La chiquilla", primera novela formal (dejando de lado un par de intentos anteriores) de Carlos González Peña. La primera colaboración de Pedro Henríquez Ureña aparece en el número cuarto, como notas sobre teatros, conciertos y ópera y, en el número cinco, otras sobre libros y periódicos.

Hay notas, aunque breves, casi meras referencias, sobre música: informaciones, a veces, de lo que se estaba haciendo en cuanto a conciertos y ópera, y un breve pero interesante artículo sobre el maestro Carlos J. Meneses; en cuanto a teatro, hay hasta una breve noticia, sin firma, de teatro en el extranjero, sin duda aprovechando alguna información de periódico o revista.

La preocupación crítica asoma, incipiente, como ya dije, con las notas de Pedro Henríquez Ureña, pero en el número cinco encontramos unas páginas de crítica, más extensa y, sobre todo, más detenida y detallada, con muy acertadas observaciones, acerca de la novela de Rubén Campos, "Claudio Oronoz", crítica que firma Ricardo Gómez Robelo.

El interés por el arte —entendamos las artes plásticas—, ya señalado o subrayado en el propio subtítulo de la revista, es en toda ella evidente, cosa que me parece sumamente importante y que considero en cierto modo trascendente, aun tratándose, como acontecía, de una pequeña revista que apenas si alcanzó a vivir medio año.

Desde luego, en sus páginas hay, como ilustraciones, reproducciones en fotograbado —aunque natural pero lamentablemente, con las deficiencias y limitaciones técnicas que imponían las imperfecciones de fotograbación e impresión que se padecían en aquella época, y aun muchos años después— muy lamentables, porque casi

no podemos darnos cabal cuenta de algunas de las obras que en tales ilustraciones publicaron: un óleo de Fabrés, "El rey de armas", que da buena idea de la manera de aquel pintor, ya aludida en el capítulo precedente; un dibujo de Zubieta, una fotografía artística de Lupercio y la fotografía de una portada de casa, en perfecto estilo *art-nouveau*, que creo ya no existe, pero que recuerdo se conservaba igual —y debiera haberse conservado como documento artístico de una época—, hace unos veinte años, con otras semejantes, en algunas calles de la colonia Roma. También de *art-nouveau* aparecen fotografías de diversos muebles que estuvieron en la residencia de don Porfirio Díaz, en la calle de Cadena. En esas páginas aparecen óleos de Clausell, alguno de Jorge Enciso y un muy interesante dibujo al carbón, "Diego Rivera en su estudio", que retrata al pintor, entonces de veinte años, con pipa entre los labios, pincel en mano delante de su caballete; cabe, a propósito de Diego, puesto que formó parte de ese primer grupo, en cuyo local, o anexo, tenía su estudio, recordar que él fue a Europa y al regreso de su segunda estancia allá, acabó por ser, con Martín Luis Guzmán y alguno más, de entre todos ellos, los de aquella generación de los "ochentas", quienes consagraron más de sus respectivas obras a tratar ciertas formas y valores de la Revolución.

Querían seguir, los jóvenes de aquel grupo, lo que se hacía de arte en Europa y lo participaban a sus lectores, por ejemplo mediante cartas o crónicas que de allá remitía Angel Zárraga y otros artículos: uno sobre el "Balzac" de Rodín, un ensayo de Max Henríquez Ureña sobre Whistler y Rodó, informes sobre la exposición de Goitia en Barcelona y otros análogos.

Ese interés por el arte llevó, a los de *Savia Moderna*, a acometer y realizar una exposición de pintura, a mediados del año de 1906, en un local de la hoy calle de Motolonia. Eso era, entonces, algo totalmente o casi por completo inusitado; las exposiciones eran acontecimientos excepcionales, es decir nada frecuente; había, sí, las que anualmente se montaban en la Escuela de Bellas Artes, antes Academia de San Carlos, para presentar los trabajos sobresalientes de los realizados en el propio establecimiento durante el año de labores. A veces solía haber alguna exposición particular, de unos cuadros de algún profesor de pintura, y casi nada más. Pero que una revista, pequeña y sin recursos, de un grupo de escritores, poetas en su mayor parte, más algunos dibujantes y principiantes de las artes plásticas, jóvenes casi todos ellos, auspiciara, organizara y ofreciera al público una buena serie de pinturas era en verdad,

como dije, cosa inusitada, y tanto fue así que meses después, recordando las actividades culturales habidas en el curso del año que acababa de terminar, en enero de 1907 un artículo de la importante revista *El Mundo Ilustrado*, decía:

"Dos exposiciones de artes plásticas se celebraron durante el año de 1906, una privada, la del periódico *Savia Moderna* y otra oficial...

"...la Exposición (de *Savia Moderna)* ha sido la única que se haya celebrado en México contando sólo con elementos particulares. Al inaugurarse ese certamen, el pintor Gerardo Murillo dio una conferencia trascendente y llena de enseñanza en que con toda claridad expuso las tendencias de la Pintura y Escultura contemporáneas... En México donde los pintores son poco cultos y no saben hablar, causó gran impresión la elocuente disertación de Murillo, que además de ser un pintor fuerte y sincero, es un esteta de vasta mentalidad.

"En ese certamen llamaron la atención de los *amateurs* varios «interiores» de Gedovius tratados con la notable técnica reconocida en ese artista; paisajes de Diego M. Rivera, llenos de verdad, entonación y ambiente; delicadas impresiones y notas de color de Francisco de la Torre y figuras de Antonio y Alberto Garduño, Herrán, Pina, Ortega y Lillo y varias esculturas de Gabino Zárate...

"Pero el «clou» de ese salón fue el lote de cuadros al óleo presentado por Joaquín Clausell, admirable personalidad artística que se reveló al público en aquella ocasión... Unánimemente fue consagrado el triunfo de Clausell...

"Junto a Clausell lució otro singular artista: Jorge Enciso, de Guadalajara..."[1]

Alfonso Reyes, recordando aquello, más tarde escribió:

"El propio año (1906), la exposición de pintura de *Savia Moderna,* donde por primera vez se exhiben las obras de Ponce de León, Francisco de la Torre y Diego Rivera. Acababa de llegar de Europa un hombre inquieto a quien deben mucho las artes mexicanas, las cultas como las populares: Gerardo Murillo, el «Doctor Atl», fue el animador. En pocos meses, y con unos cuantos documentos, provocó la efervescencia del impresionismo y la muerte súbita del estilo *pompier*. La pintura académica se atajó de repente. La transformación artística se operó en un abrir y cerrar de ojos.

[1] *El Mundo Ilustrado.* Año XIV, tomo I, núm. 1. México, 1º de enero de 1907.

Esta exposición... si no me engaño, tiene una trascendencia en que todavía no se ha insistido bastante." [2]

Creo que, precisamente, es aquí el lugar y también el momento de insistir en aquel suceso. Pero también hay que deslindar —término grato a don Alfonso— circunstancias.

Sinceramente, no creo que aquella exposición produjera la muerte súbita, en 1906, del arte *pompier*, o sea de estilo conservador (en amplio sentido del término), pues ya vimos que hubo crítica declarando que el mayor éxito fue el del pintor Gedovius, que siguió pintando muchos años más y quien, aparte de sus méritos de oficio, fue evidentemente un pintor de estilo *pompier*. Por otra parte, el arte académico no se atajó entonces; yo diría que, más bien, a lo largo de los veinte o más años siguientes fue muriendo de inanición, pero todavía con manifestaciones notables, pues hasta podríamos mencionar algunas obras de Angel Zárraga —lo cito porque perteneció al grupo de *Savia Moderna*— y otros varios ejemplos serían fáciles de recordar. Pero no cabe extenderse en ello, porque sería entrar en la historia de la pintura mexicana en el presente siglo, lo cual no es del caso.

Mas, sin duda, tiene toda la razón don Alfonso Reyes al señalar la trascendencia o, acaso más bien, el alto interés y la gran importancia de la exposición a que se refiere.

Allí se presentaron, como quedó antes dicho, algunos de los pintores: Saturnino Herrán, Joaquín Clausell, Diego Rivera, que, al madurar, habrían de ser de los nuevos, verdaderamente nuevos, originales, renovadores, por diversas causas, entre otras, por su visión de lo nacional y propio nuestro de México, no solamente en los asuntos —menos importantes, en arte, de lo que el vulgo piensa—, sino por el color, la expresión pictórica, por la búsqueda y hallazgo de nuevas formas y otras condiciones que han sido, más tarde, algunas de las características de la pintura mexicana de este siglo.

Y del "animador", como lo llama Reyes, que organizó y presentó aquel evento, también es pertinente hacer aquí algunas breves aclaraciones, un poco marginales o entre paréntesis, pero que pienso será útil consignar, por lo que sirvan para la biografía del personaje. De Gerardo Murillo, dice el historiador de nuestra pintura, Justino Fernández: "Había estudiado algo en su tierra natal, Guadalajara, con don Felipe Castro, por 1890, y unos años después

[2] Alfonso Reyes. "Pasado inmediato", en *Obras Completas*, tomo XII, pág. 207

viene a la Capital y se convierte en estudiante de la Escuela de Bellas Artes. Mas pasado algún tiempo, en 1896, decidió ir a Europa... *sin un centavo y a la buena de Dios* (lo subrayado aquí y también más adelante son palabras textuales del pintor en una entrevista).[3] Se doctoró en filosofía y derecho, en Roma; viajó a pie de la Ciudad Santa a París y de allí a Madrid... *conocí todas las veredas y caminos extraviados*, dice con gusto por su vocación de andarín. En París, en 1902, fue bautizado por Leopoldo Lugones con el nombre de Dr. Atl, que quiere decir agua en idioma náhuatl, y desde entonces es este nombre el que ha hecho famoso para el arte".[4] Ahora bien: no es cierto que Gerardo Murillo fuera a Europa "a la buena de Dios y sin un centavo", esa primera vez de su estancia allá, a la que se refiere; lo cierto es que él se fue disfrutando de una beca del Gobierno del Estado de Jalisco, que le fue concedida por acuerdo y gracias al Gobernador don Luis Curiel y al doctor don Miguel Mendoza López, entonces diputado en la Legislatura del Estado. Gerardo Murillo fue, en aquellos años, a fines del siglo pasado, muy amigo de los hijos mayores del doctor Mendoza López los futuros abogados Miguel y José Mendoza López Schwertfeger. Aquellas declaraciones que hizo al periodista que lo entrevistó, lo mismo que lo de los doctorados en Roma, son puros infundios, como tantos otros que contó en su larga vida, y muy probablemente lo es, también, que el nombre de Dr. Atl se lo haya puesto o siquiera sugerido, en 1902, el escritor argentino Leopoldo Lugones. Desde luego, por lo nota citada en páginas precedentes, de *El Mundo Ilustrado,* por varias menciones de él en *Savia Moderna* y otros lugares y, sobre todo, por la firma de algunos de sus propios cuadros, se colige, sin lugar a dudas, que en 1906 Gerardo Murillo se llamaba así y de tal modo lo trataban sus amigos, los periodistas lo mencionaban en algún artículo y así empezaba a ser conocido en México. Creo fundadamente que el nombre de Dr. Atl lo usó a partir de su segunda estancia en Europa, allá mismo y luego ya definitiva y exclusivamente en todas partes y para todo, tanto a su regreso a México, cuando participó en ciertos hechos de la Revolución, y finalmente lo consagró en sus cuentos y otros escritos y, sobre todo, en su vasta y admirable obra pictórica, hasta su muerte, en avanzada edad.

[3] Dr. Atl, en revista semanal *Tiempo,* núm. 393, 11 de noviembre de 1949. (Reportaje y entrevista al Dr. Atl, citado por Justino Fernández en *Arte Moderno...)*

[4] JUSTINO FERNÁNDEZ. *Arte moderno y contemporáneo de México.* Prólogo de Manuel Toussaint. Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México, 1952. págs. 229 y 230.

Por el grande interés que la revista *Savia Moderna* tuvo en las artes plásticas y por el evidente esfuerzo que puso en realizar la exposición de 1906, justo es que ahora, setenta años después, en estas líneas de revivencia histórica, no solamente queden señalados aquellos hechos sino que, hasta donde hoy resulte posible, sin extremos de rebuscas eruditas que no son de este lugar, se dé al lector una orientación de algo más que pueda conocer y ver directamente algunas de las obras a las que se refiere el punto que se trata. Perdido en parte y en parte muy disperso está el acervo de pintura y escultura que presentó *Savia Moderna* en su exposición de la calle de Motolinia, pero algo de eso queda, que aún puede ser visto y estudiado: un ilustrativo lote de la pintura de aquellos años y de esos artistas se conserva en el Museo de Guadalajara, otros cuadros están en México y algunos en Guanajuato; naturalmente, otros hay en algunas colecciones privadas o aislados en poder de particulares y son prácticamente inaccesibles para el común de la gente. Debo advertir que, de ningún modo aseguro que precisamente las obras que voy a mencionar hayan sido, todas ellas, exhibidas en la citada exposición de 1906, pero sí pertenecen, por época y autores, a las que pudieron serlo y de varias cabe fundadamente suponer que fueron presentadas allí. En fin, como pura indicación y en número reducido pero representativo de tales obras, me atrevo a mencionar las siguientes:

De Gerardo Murillo, en el Museo de Guadalajara hay dos telas, de su época impresionista; una de ellas, particularmente característica, está registrada con el título "Las bañistas", creo que indudablemente procede de los años 1900 a 1905, pintada por Gerardo Murillo durante su primera estancia en Europa, traída a su regreso y, por lo tanto, muy lógico que la haya exhibido en 1906. Es un hermoso cuadro impresionista.

Rafael Ponce de León, pintor hoy olvidado y que bien merece una monografía que le reivindique el lugar que le corresponde en la historia de la pintura mexicana, nació en 1882 y murió en 1910; de su primera época, a la que pertenecen las obras que presentó en México a mediados de 1906, en el Museo de Guadalajara he visto dos: un óleo, "La fuente", fechado en 1904, correcto pero anodino, y una acuarela que es un magnífico retrato, firmado y fechado también en 1904 y con una inscripción manuscrita a lápiz, que dice "Mi padre"; el mismo año de la exposición y por el éxito que obtuvo al mostrar sus obras, logró una beca y fue inmediatamente

a estudiar a Europa; un lote de dibujos, tintas, óleos, fechados entre 1906 y 1908 en Francia y en Bélgica, están en Guadalajara esperando al crítico que los estudie y divulgue.

Ya hemos visto, en citadas referencias de la exposición y por testimonios de Alfonso Reyes, que en ella presentó algunas obras Diego Rivera, tan ligado a la revista de Cravioto que en sus mismas oficinas iba a pintar regularmente. Los trabajos de Diego, anteriores a sus dos estancias en Europa, son ya raros. En la gran exposición que en estos días (diciembre de 1977) se ha montado en el Palacio de Bellas Artes, en esta ciudad, como homenaje a Diego Rivera en el vigésimo aniversario de su muerte, he visto las siguientes obras suyas, que pudieron ser presentadas (algunas lo fueron casi seguramente) en la exposición de 1906; son estas: un retrato de José Pomar, al pastel, fechado en 1904, de colección particular; del mismo año, un retrato de Adolfo Escontría, al carbón, también de colección particular; de 1905, un retrato de Rafael Ponce de León, al óleo, que tiene esta dedicatoria "Para Ponce de León con todo mi afecto. Diego M. Rivera"; de 1906, un paisaje al óleo, que figura con el nombre de "Hacienda de Chiconquihuitl", que fue de la colección de Marte R. Gómez, ahora en el Museo consagrado a Diego en la ciudad de Guanajuato; finalmente, un muy buen autorretrato, de 1906 (aun cuando allí Diego parece tener algo menos de los veinte años de edad que corresponden a tal fecha), con una inscripción manuscrita, a lápiz, que dice "Al poeta Alfonso Cravioto".

De Roberto Montenegro que, como se recordará, figuraba en la nómina de artistas colaboradores de *Savia Moderna*, no sé si presentaría obras suyas en la exposición, lo que es muy probable, pero también parece que fue por ese tiempo cuando marchó a Europa con beca otorgada por don Justo Sierra; de cualquier manera cabe recordar que, de su pintura de entonces, el Museo de Guadalajara guarda un óleo que es muy buen retrato de Ponce de León, sin fecha, pero indudablemente de época muy poco anterior al año de 1906; si expuso Montenegro probablemente presentaría dibujos y no es difícil imaginar su estilo, porque se conocen varios de esos años, muy finos, muy decadentes, cuya manera, sin más preguntas, la explican estas líneas del estudio que le hizo Justino Fernández, cuando dice que: "...Roberto (Montenegro) era primo hermano de Amado Nervo, quien lo animó en sus estudios y lo presentó a varias personalidades; pero también hizo más: tal vez sin mayor intención, le regaló al joven artista un libro con ilustraciones de

Aubrey Beardsley. . ."[5] El influjo de la manera de ese gran dibujante inglés fue decisivo en buena parte de la producción de Roberto Montenegro.

En cuanto a Clausell, tan alabado en la prensa por los cuadros que presentó en la exposición de que vengo tratando, es muy difícil señalar qué paisajes pudo haber exhibido en 1906, pues de ordinario sus obras no están fechadas y por esa época, años antes y años después, pintó mucho; se requeriría un cuidadoso examen comparativo con los cuadros fechados, pero de todos modos sólo una monografía especializada podría dar indicaciones y no estas líneas tan generales.

Igual dificultad hay para señalar obras de otros pintores por mucho que nos interesara saber qué presentaron Saturnino Herrán, De la Torre, Enciso y algunos más.

Realmente esos datos que antes señalamos son más bien un paréntesis ilustrativo dentro del objeto principal de estas páginas.

Terminamos lo relativo a la revista *Savia Moderna* y a la exposición que organizó y presentó, reiterando el reconocimiento de que aquel grupo de jóvenes, en 1906, hizo un esfuerzo, entonces apenas inicial, pero por lo mismo muy valioso y fructífero, y ya orientado como un primer intento de renovación en la trayectoria de la cultura mexicana, que, en cierto modo, aunada a otras muchas aportaciones, acabó por ser llevada al cabo, tal renovación, años más tarde cuando la Revolución terminó su etapa de lucha armada.

La "Sociedad de Conferencias"

Por diversas memorias concretas y otras referencias, de la generación que nos precedió, sabemos que, extinguida la revista *Savia Moderna*, algunos de sus redactores (sin duda el núcleo más afín y, en todo caso, un corto número de los más próximos a ese núcleo), continuaron reuniéndose, para lecturas y discusiones y afanes culturales, en el estudio o despacho de uno de sus compañeros, el joven arquitecto Jesús T. Acevedo. Importante fue eso, como secuencia del grupo y de su cultural acercamiento, pero aquí más importa lo que hizo aquel grupo juvenil, no tanto para su particular formación, pues ello corresponde, en todo caso, a la historia del desenvolvimiento ideológico en nuestro país, sino en su actuación exterior

[5] Justino Fernández. *Roberto Montenegro.* Colección de arte, vol. 10. UNAM, México, 1962, pág. 11.

que podía repercutir o no en la vida política mexicana que, como hoy lo sabemos, se encontraba en uno de sus momentos críticos en cuanto a su dirección u orientación, como se ha ido viendo, más claramente, a medida que esa alborada de la Revolución se va alejando en un horizonte histórico que borra los matices inmediatos y sólo deja percibir los trazos más acusados de los actos que tuvieron repercusión pública.

Porque, en el fondo, eso era lo que buscaba y quería el afán renovador de aquel grupo, que luego fue del Ateneo, y por eso es por lo que ha tenido una validez histórica, que el presente estudio trata de subrayar y divulgar.

Cuando, por la ausencia de su director Alfonso Cravioto —de viaje por Europa— y seguramente por alguna serie de dificultades de diversa índole, la prosecución y la vida misma de *Savia Moderna* no fue ya posible, el grupo buscó e inventó otra tribuna, creando lo que llamaron una "Sociedad de Conferencias", la cual realizó su propósito en dos etapas, en los años de 1907 y 1908.

La primera serie de conferencias tuvo lugar, en los mediados del año de 1907, en el "Casino de Santa María de la Ribera", que era un centro social de alta clase media —profesionistas, funcionarios y empleados de cierta categoría, rentistas, etc.—, situado en la entonces 4ª calle de las Flores, núm. 1,[6] que hoy es el tramo de la calle de Díaz Mirón, más concretamente la esquina de esa calle y la del Pino, casi enfrente de la Alameda de la colonia de Santa María de la Ribera.

Fue la primera conferencia el miércoles 29 de mayo de 1907, inaugurando el ciclo Alfonso Cravioto, recién terminado su viaje por Europa, que trató acerca de "La obra pictórica de Carrière". Hoy, el tema parece, desde luego, extraño y rebuscado o erudito y un tanto inexplicable, porque el pintor allí mencionado nos resulta lejano, quizá remoto.

Eugène Carrière, entonces, casi acababa de morir: nació en 1849 y murió en 1906; fue contemporáneo de Claude Monet, de Sisley, de Berta Morissot, de Seurat, en fin de los grandes pintores del impresionismo; pero Carrière se separó de ese gran movimiento pictórico que, por otra parte, conoció muy bien, por sentirse en desacuerdo con los principios que lo guiaban y de las finalidades que prácticamente perseguía y muchas veces obtuvo, todo lo cual,

[6] *México y sus alrededores. Guía descriptiva.* Librería de la Vda. Bouret, México, 1913.

para decirlo en una frase (el interesado en el tema puede enterarse de la teoría y de las realizaciones del impresionismo en las buenas historias del arte), podría resumirse en que los impresionistas querían pintar lo que los ojos ven, que son manchas de colores —no vemos otra cosa, puesto que las líneas son pura abstracción—, manchas de color que es lo que la luz refleja en los objetos y las refracta la atmósfera, pintar eso tal como nos llega y lo capta nuestra retina. Es decir, el impresionismo quería y lograba una pintura esencial y puramente objetiva. En ese aspecto fue una corriente artística plenamente acorde con el mismo momento histórico que, en otro terreno, hizo florecer el positivismo. Carrière se apartó del impresionismo precisamente porque no le satisfacía esa pura objetividad, que le parecía una finalidad superficial y deseaba en sus obras más "interioridad", aunque no como expresión personal —eso lo habrían de perseguir más tarde pintores posteriores—, sino en el sujeto de sus cuadros, por lo cual desdeñó la riqueza colorista de los impresionistas y, utilizando una paleta más severa procuraba volúmenes y contrastes en sus retratos, como se ve en la cabeza de Verlaine, que hoy conserva el Museo del Louvre. Tal es, me parece, el interés que ofrece Carrière, en su momento, aunque, por otra parte, no haya sido un pintor tan destacado como otros de sus estrictos contemporáneos.

Eugenio Carrière murió en 1906; ese año fue Alfonso Cravioto a Francia y, por la misma ocasión y comentarios y juicios que de ella se publicaron, pudo conocer bastante bien la obra de aquel pintor e interesarse en él. Tal vez fue el atisbo de lo que en esa pintura había de rompimiento y disidencia con el impresionismo objetivista que, además, había llegado ya al cumplimiento de sus posibilidades, lo que hizo que Cravioto lo tomara como asunto apropiado para su conferencia, la que resultaría, así, perfectamente adecuada y acorde a la tendencia que impulsaba a todo su grupo a romper y apartarse de las formas, valores y expresiones de la época del positivismo, contra la cual reaccionaban.

La segunda conferencia, el 12 de junio, fue de Antonio Caso, "La significación y la influencia de Nietzsche en el pensamiento moderno". De Antonio Caso y sus exposiciones de temas filosóficos, en la época de la fundación del Ateneo habrá algunas consideraciones, páginas adelante.

El miércoles 26 de junio dijo su conferencia, "Gabriel y Galán, un clásico del siglo XX", Pedro Henríquez Ureña, quien contaba apenas 23 años de edad pero que mostró allí la exposición clara,

metódica, rigurosa, propia del maestro que siempre fue. Distingue en esas páginas, que felizmente se han conservado, entre el clásico, maestro y modelo de todas las épocas y el clásico por temperamento y escuela, al que corresponde Gabriel y Galán; luego explica la personalidad y las ideas del poeta al que se refiere, con unos párrafos sobre los clásicos de Castilla; brevemente muestra esa huella clásica en el lenguaje del poeta y después, con gran perspicacia, apunta los toques de modernismo que también tiene, modernismo proveniente del movimiento hispanoamericano, al señalar y demostrar similitudes entre el conocido "Nocturno" del colombiano José Asunción Silva y nada menos que tres nocturnos también, aunque lleven otros nombres, de Gabriel y Galán, y termina con referencias comparativas entre el poeta español y nuestro poeta conterráneo, clásico y amante de la naturaleza como aquél, Manuel José Othón.

Rubén Valenti, el día 10 de julio, trató de "La evolución de la crítica literaria", y el miércoles 24 de dicho mes fue el turno de Jesús T. Acevedo.

Los periódicos anunciaron (y así lo recogió también Hernández Luna, en su valioso estudio del tema en cuestión), que: "Jesús T. Acevedo sustentó la quinta conferencia, miércoles 24 de julio. Disertó sobre *El porvenir de nuestra arquitectura*".[7] Pero en el libro que recoge la parva obra escrita por Acevedo, figura, en primer lugar, una conferencia titulada "Apariencias arquitectónicas"; y que ésa fue la conferencia pronunciada en julio de 1907 lo afirma el arquitecto Federico Mariscal en el prólogo del mismo libro, en que dice: "En la bella conferencia *Apariencias arquitectónicas* leída en el Casino de Santa María, cuando se fundó la *Sociedad de Conferencias*, inició Acevedo una cruzada en favor de nuestra arquitectura virreinal, que después ha tenido gran trascendencia, cruzada que continuó después en la otra interesante conferencia, especialmente dedicada a este tema, *Arquitectura Colonial*, con que integró la notable serie de conferencias dada por distinguidos intelectuales en la Librería General".[8]

En la conferencia del Casino de Santa María de la Ribera, el arquitecto Acevedo empezó diciendo: "...Quiero hablaros del estilo de nuestra arquitectura doméstica, y os participo desde luego que no será cuestión de profecías que a fuerza de querer acertar resul-

[7] JUAN HERNÁNDEZ LUNA. "Prólogo", en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. Nueva Biblioteca Mexicana, vol. 5. UNAM. México, 1962. pág. 13.

[8] JESÚS T. ACEVEDO. *Disertaciones de un arquitecto*. Prólogo de Federico E. Mariscal. Eds. México Moderno, México, 1920.

ten escépticas y que sólo serían buenas en boca de un anciano. Yo no vengo sino a exponer mis esperanzas en favor de la arquitectura nacional, que llegará a ser un hecho si lo queremos ardientemente; porque este noble arte, lo mismo que sus hermanos menores, no cristaliza si no es apoyado por el concurso de todas las voluntades unificadas. . ." El joven arquitecto conferenciante tenía veinticinco años y muchos grandes y bellos ideales, y era en ese momento tan optimista, que pudo decir párrafos como éste que recojo aquí: "El mejor elogio que de la vida podemos hacer, dados nuestros citadinos modos de vivir, consistirá desde luego en el aspecto y en el espíritu de nuestra ciudad, que será luminosa y alegre, variada, rica en color, expresiva y solemne, si nosotros somos capaces de vivir luminosa, alegre y solemnemente. . ." ¡Con cuánto dolor, casi con lágrimas, consideramos, hoy, ese sueño y deseo de lo que pudo ser esta ciudad de México que ahora, justo setenta años después de dichas aquellas frases, está convertida en una ciudad opaca, áspera, monótona, sucia por todos lados y en todos los sentidos, exasperante y fea!

Acevedo hizo una larga explicación, llena de colorido, de lo que en los siglos ha sido la vivienda humana, en consonancia con los respectivos y sucesivos modos de vivir de sus habitantes: desde los orígenes, a través de Egipto —al que mucho elogia en lo arquitectónico—, en Grecia, en Roma, en la Europa medieval y en Venecia, y luego censura el Renacimiento italiano con una larga cita de Oscar Wilde y también el clasicismo francés.

En las últimas páginas del texto a que me refiero, evoca recuerdos juveniles (correspondientes, seguramente, a una época muy próxima al año de 1900) en que elogia, en añoranza, la arquitectura procedente del virreinato. No creo impertinente citar unos párrafos, ya que el libro que los contiene es muy raro y hay, allí, unas pinceladas de la ciudad que fue; dice Acevedo: ". . .Entonces, como disponíamos a nuestro arbitrio de las terrazas de la vieja Academia, allí pasábamos una buena parte del día contemplando una a una, y dibujándolas a veces, todas las torres y cúpulas de los monumentos religiosos que la dominación española edificó en nuestro suelo. Y ningún espectáculo terrestre tenía para la delicia de nuestros ojos, el encanto verdaderamente sugestivo que nos ofrecía la Metrópoli, rica en linternillas decoradas con azulejos, cuando éstos ardían, espejeantes, bajo las mil flechas de oro del sol matinal. Grabado está en mi mente, cual si en este momento lo mirase, el caserío gris y misterioso: quebrado, bajo e irregular en los barrios apartados, geométrico y blanquecido en los aristocráticos y centrales. Todas las mo-

dernas construcciones abdicaban de su expresión; se confundían, se aglomeraban atolondradas y medrosas. Y en aquel laberinto citadino que se extendía ceniciento hasta perderse de vista, únicos los monumentos coloniales triunfaban por las decididas curvas de sus domos, por los ondulosos perfiles de sus muros en piñón, por sus remates, casquetes esféricos y campanarios que inscribían, en el sereno cielo, sus múltiples contornos vigorosos y resueltos."

Y, tras esa evocación, estas ideas, que son, a mi juicio, de lo más importante en aquella conferencia de hace setenta años: "Desde luego, si nuestros mayores se hubiesen preocupado por conservar, primero, y después hacer evolucionar la arquitectura colonial, de manera que la hubieran adaptado a las necesidades del progreso siempre constante, ¿contaríamos en la actualidad con un arte propio? Yo creo que sí... Para alcanzar ese resultado se habría exigido un lento ascenso, una adaptación progresiva, natural, espontánea, de modo que la tradición habría presidido al movimiento hasta el instante en que los creadores, completamente dueños de sus procedimientos, diesen libertad a las formas y excelsitud a las ideas. Pero nuestros abuelos no se cuidaron del porvenir y a consecuencia de su descuido lamentable, la tradición arquitectónica ha quedado interrumpida para siempre. Nada significa que un arquitecto de nuestros días construya hábilmente según las tendencias de este sistema muerto; el pueblo continúa indiferente su camino, extraño a cualquier diletantismo retrospectivo. Pero si nuestros antepasados hubieran amado realmente sus vetustas arquitecturas historiadas con aspecto de relicario y trabajadas como si fueran joyas, su piedad estética hubiera pasado de padres a hijos de modo que en la actualidad nuestra ciudad tendría una expresión particular, porque todos sus edificios civiles, industriales y privados, ostentarían un estilo propio, una singularidad individual y simpática..." [9]

Entre otras ideas, allí expresadas, fue importante llamar la atención hacia esas formas arquitectónicas, y enaltecerlas, de nuestro estilo barroco que llenó dos siglos del virreinato. Es importante por dos razones de consideración: era allí la primera vez que se hacía una apreciación artística, por un profesional o experto en la materia, de la arquitectura de la época virreinal; claro está que de ella se había hablado y escrito antes, pero siempre como referencia pintoresca o de ambiente o de fondo, en leyendas y relatos literarios, pero no se había intentado seriamente apreciarla, es decir, darle su

[9] ACEVEDO. *Op. cit.*, págs. 59-62.

precio, reconocerle su valor; y luego porque también, por vez primera, se plantea la necesidad o digamos, más bien, el valor cultural, que es tener una arquitectura artísticamente propia nuestra, que Acevedo piensa, unas veces con ilusión y otras con escepticismo, que debía derivarse de las formas tradicionales. Esos temas, algunos años más tarde, fueron hasta cierto punto desarrollados; pero del éxito que alcanzaron, de sus fallas y de sus limitaciones que tuvieron, no es aquí el lugar para hacer el correspondiente análisis, baste decir que han sido señalados, con justicia, como uno de los aspectos en que la Revolución —en su sentido amplísimo de renovación— contribuyó a volcar la atención y la intención a la búsqueda y encuentro dentro de lo nacional.

Una conferencia más, la de Ricardo Gómez Robelo, que trató de la "Obra de Edgar Allan Poe", fue la última de ese ciclo, el miércoles 7 de agosto. Esas conferencias en el Casino de Santa María de la Ribera, en los mediados del año de 1907, además de la importancia de algunas de ellas, ya señalada, tuvieron el carácter de actos culturales muy completos y atractivos, pues en cada ocasión hubo uno o varios números musicales de calidad y, al uso y gusto de la época, la declamación de poemas, casi siempre de los mismos miembros de la Sociedad de Conferencias: Nemesio García Naranjo, Manuel de la Parra, Luis Castillo Ledón, Roberto Argüelles Bringas, Abel C. Salazar, Eduardo Colín y Alfonso Reyes.

El año siguiente, 1908, la Sociedad de Conferencias decidió realizar otro ciclo, "esta vez en el Conservatorio Nacional, porque nuestras actividades se atreven ya a los teatros de Estado", dice Reyes.

Como simple dato curioso cabe aquí decir que, en ese tiempo, el Conservatorio Nacional, desplazado del edificio que antes había sido la Universidad, se encontraba situado en la calle del Puente de Alvarado, núm. 43, pero el teatro que utilizaba o le estaba concedido o alquilado, no estaba en ese edificio sino enfrente, pues en realidad pertenecía a la empresa "La Tabacalera Mexicana", que ocupó muchos años el bello e histórico edificio (en su parte principal y fachadas obra de Manuel Tolsá), que fue originalmente de los Condes de Buenavista, más tarde residencia del Mariscal Bazaine, cuando casó con Pepita de la Peña, después de "La Tabacalera" como ya dije, luego poco tiempo lo ocupó la Lotería Nacional y ahora, afortunadamente restaurado, es el Museo de San Carlos.

Dice Hernández Luna, en su estudio —prólogo ya citado—, que "El 14 de marzo de 1908, el presidente de la Sociedad —de la So-

ciedad de Conferencias, se entiende—, Jesús T. Acevedo, hizo circular una invitación para las «conferencias-conciertos» que se celebrarían en el Teatro del Conservatorio Nacional a las 8:30 de acuerdo con el programa siguiente: Antonio Caso: *Max Stirner y el individualismo exclusivo* (miércoles 18 de marzo); Max Enríquez Ureña: *La influencia de Chopin en la música moderna* (martes 24 de marzo); Genaro Fernández Mac Gregor: *Gabriel D'Annunzio* (miércoles 1º de abril); Isidro Fabela: *José María de Pereda* (miércoles 8 de abril), y Rubén Valenti: *Arte, ciencia y filosofía* (miércoles 22 de abril)".

El ocuparse Antonio Caso de Max Stirner probablemente se debió, por una parte, a proseguir la campaña ya emprendida, y que culminaría en los años subsecuentes, de dar a conocer y estudiar diversos sistemas filosóficos, para romper y acabar el monopolio ideológico oficial que había venido ejerciendo, hasta cierto punto, el positivismo, especialmente en la educación media y superior bajo la tutela del Estado; pero también cabe suponer que, puesto que el pensamiento de Stirner es tan cercano al anarquismo, pues en cierto modo éste es la aplicación social de aquél, también se haya visto Antonio Caso inducido al estudio de Stirner, por la difusión y cierta influencia que los principios del anarquismo habían alcanzado entre algunos incipientes líderes obreros, sobre todo en las ideas que ya estaban en marcha en la lucha revolucionaria de Flores Magón.

La plática de Max Enríquez Ureña, acerca de Chopin y su influencia, debe de haber sido muy gustada y culturalmente muy útil, pues en aquella época, como ya quedó dicho en páginas anteriores, era muy limitada o escasa la difusión de conocimientos y temas en torno de la música.

Gabriel D'Annunzio había alcanzado ya, en ese año de 1908, un grandísimo renombre, reuniendo elogios desmesurados y también rotundos anatemas; lo más de su producción novelística fue de la década de los años noventas del último siglo y sus piezas teatrales del 1900 y años siguientes. Por lo tanto, hablar de ese escritor era un tema de actualidad y seguramente muy atrayente e ilustrativo. No sé si en dicho año de 1908 correrían ya, en México, muchas traducciones de la copiosa obra de D'Annunzio, pero desde luego Fernández Mac Gregor sí lo conocía bien, leído en italiano, idioma que él había aprendido —y hasta declamado en alguna ocasión juvenil— años atrás, en el colegio llamado de Mascarones, que regenteaban los Padres de la Compañía de Jesús.

En cuanto a que Isidro Fabela hubiera elegido como tema de su conferencia a un novelista tan popular y conocido como lo era, desde tiempo atrás, el autor de "Peñas arriba" y "Sotileza", creo que se explica claramente con sólo recordar que don José María de Pereda había muerto casi recientemente, en 1906. Para entonces, novelistas mexicanos ya consagrados y con bien ganado renombre, como don Rafael Delgado y don José López Portillo y Rojas —generación treinta años mayor que los jóvenes del grupo ateneísta—, habían proclamado a Pereda su maestro y su modelo, y además las novelas del escritor montañés estaban en todas las casas de las clases media y alta mexicanas. Era, pues, un tema bueno y oportuno hacer, en una conferencia, revisión y juicio del gran novelista que con su vida había terminado su labor.

Las conferencias de Caso sobre el positivismo

En una carta llena de interés, de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, fechada en octubre de 1913, recientemente publicada por Alicia Reyes en un atractivo y jugoso libro que ha escrito sobre su abuelo,[10] dice don Pedro: "Acevedo concibió la idea de las conferencias. Es de advertir que, por entonces, las conferencias eran cosas raras en México, y después, gracias a nuestro ejemplo, han aumentado de modo increíble... Surgió un nuevo proyecto que ha sido el verdadero definidor del grupo. Acevedo y yo pensamos en una serie de conferencias sobre Grecia... aunque no llegaron a hacerse estas conferencias, el estudio a que nos obligó el deseo de prepararlas fue tan serio... que de aquí brotó el grupo céntrico... En 1907, junto con el estudio de Grecia, surgió el estudio de la filosofía y la destrucción del positivismo... Caso y yo emprendimos la lectura de Bergson, de James y de Boutroux. De ahí data la renovación filosófica de México, que ahora es apoyada por otros".

Y adelante, sigue:

"1909: no hubo nuevas conferencias. El ambiente político agitado lo impedía. Caso, sin embargo, dio sus siete conferencias sobre el positivismo en la Escuela Preparatoria..."

En esas líneas, y en otras cuantas más tarde veremos, de esa carta "llena de miga", como diría don Alfonso, hay muchos puntos de trascendencia sobre nuestro tema, a los que habré de referirme

[10] Alicia Reyes. *Genio y figura de Alfonso Reyes.* Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1977. págs. 40-41.

en su momento. Ahora no conviene romper el hilo de párrafos anteriores.

Efectivamente, Antonio Caso llevó al cabo su ciclo de conferencias en "El Generalito", que *El Imparcial* anunció con este programa, en su número del 24 de junio de 1909:

"*Conferencias del positivismo.* El Lic. Antonio Caso dará próximamente una serie de conferencias sobre «Historia del positivismo», en la Escuela Nacional Preparatoria. Las conferencias serán siete y se verificarán los viernes de cada semana según el orden siguiente:

I. Romanticismo y positivismo, momento histórico de la aparición del positivismo.
II. Los precursores especialmente Bacon, Descartes y Diderot.
III. El fundador. Las tesis fundamentales del positivismo comtista.
IV. Los positivistas heterodoxos. Stuart Mill.
V. Continuación. La filosofía de Herbert Spencer.
VI. El positivismo en la actualidad.

La primera conferencia será mañana y la presidirá el señor licenciado don Justo Sierra."

Como se ve, se anunciaron siete conferencias y luego el programa mencionó seis; fue error del periódico que olvidó la relativa a otro de los seguidores de Comte, Hipólito Taine.

Dos días después, el mismo periódico, refiriéndose a la conferencia habida la víspera, dijo:

"La concurrencia fue selecta y llenó de bote en bote el local. Asistió el señor ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, a quien acompañaban los señores director de la Escuela Dr. Porfirio Parra; subdirector, Lic. Erasmo Castellanos Quinto, y secretario, Mariano Canseco.

"El Sr. Lic. don Justo Sierra presentó a los concurrentes al Lic. Caso, encomiando su talento, la asidua dedicación con que estudia los problemas filosóficos. Expresó, además, su deseo porque el objeto de las conferencias, un tanto restringido por ahora, se ensanchara libremente, hasta abarcar la historia completa de la Filosofía.

"Habló el señor Lic. Caso, en esta su primera conferencia, de la génesis del positivismo y su momento histórico. La seriedad y precisión de su lenguaje, unidos a su modo de decir, siempre bri-

llante y sugestivo, le valieron muchos y espontáneos aplausos de todos los asistentes.

"Terminó la conferencia a las ocho y quince minutos. Las conferencias siguientes... serán dadas en el mismo local y a la misma hora, el viernes de cada semana."

La segunda conferencia, del 3 de julio, fue anunciada por el diario mencionado, pero "Las otras conferencias no fueron ya anunciadas ni comentadas por *El Imparcial*", dice Clementina Díaz y de Ovando, en su historia de la Escuela Nacional Preparatoria, en donde cita los párrafos del diario, que han quedado antes transcritos.[11]

Aunque el Ateneo de la Juventud no existía, aún, cuando todas las conferencias mencionadas tuvieron lugar, esas actividades y el grupo que las impulsó y realizó fue el que, inmediatamente después, fundó el Ateneo de la Juventud, y por eso es que varias veces lo menciono con tal nombre.

Dichas conferencias, y algunos artículos sobre las mismas, formaron ya, en realidad, parte muy principal de la obra de aquel grupo y por ello es menester darles toda la atención que merecen, particularmente a las conferencias de Antonio Caso, de las que se ha dicho que produjeron la muerte y liquidación del positivismo en México.

Imposible sería dar mayor cuenta de esas conferencias por las solas referencias o informaciones periodísticas, ni tampoco por los escritos del propio Antonio Caso acerca de esos temas, desde luego excelentes pero que son de fechas posteriores. Afortunadamente hay dos artículos, mejor dicho dos estudios, ambos muy precisos, agudamente analíticos y serenamente imparciales —tan fríamente imparciales que no parecen deberse a un cofrade y amigo íntimo, pero tal era el espíritu crítico del intelectual y maestro y así lo apreciaban todos— de Pedro Henríquez Ureña, sobre el positivismo que, aparte de su gran valor de juicio filosófico e histórico sobre tal doctrina —que no es punto que aquí nos corresponda—, enjuician también las conferencias de Antonio Caso y al propio conferenciante, con grandísima claridad y sinceridad, sin que en ello interviniera el aprecio y la amistad, absolutamente indudables, que los unía, porque nada torció nunca el criterio y la honestidad de hombre tan probo y veraz como lo fue siempre Pedro Henríquez Ureña, y como

[11] Clementina Díaz y de Ovando y Elisa García Barragán. *La Escuela Nacional Preparatoria.* UNAM, tomo I, págs. 322 y 323.

tal lo tuvieron en su más profundo afecto sus amigos y compañeros. Citaré, por lo mismo, algunos párrafos que nos ilustran sobre aquella labor —que fue inicial de su vasta obra— de Antonio Caso. Dijo, entonces, Henríquez Ureña:

"Dar conferencias sobre el positivismo podría parecer en Europa intento de escaso interés actual o de interés solamente histórico. No así en nuestra América: entre nosotros, el positivismo es todavía cosa viva. En México, la filosofía de Comte, en fusión con teorías de Spencer y con ideas de Mill, es la filosofía oficial, pues impera en la enseñanza, desde la reforma dirigida por Gabino Barreda, y se invoca como base ideológica de las tendencias políticas en auge. [No se olvide, el lector, que eso está escrito y publicado en México, el año de 1909.] Aunque los positivistas no han llegado a implantar aquí, como en el Brasil, los ritos eclesiásticos de la religión que Comte añadió a su concepción filosófica, el comtismo mexicano tiene su órgano periodístico (la *Revista Positiva)*, en cuyo sostén se emplea un tesón semejante al que en pro de la misma causa muestra el célebre Juan Enrique Lagarrigue en Chile. *Sotto voce*, una parte de la juventud sigue ya otros rumbos; pero la crítica de las ideas positivistas (no la crítica conservadora, la católica, sino la avanzada, la que se inspira en el movimiento intelectual contemporáneo) apenas si ha comenzado con el memorable discurso de don Justo Sierra en honor de Barreda (1908) y en uno que otro trabajo de la juvenil Sociedad de Conferencias. Hay, pues, razones para que en México interese todavía hablar sobre el positivismo; y de hecho, el público intelectual recibió con interés el reciente anuncio de una serie de conferencias sobre la historia de esa filosofía.

"Un fácil discurso sobre John Stuart Mill, en la ocasión de su centenario (1906); dos serios y brillantes trabajos, presentados al público en veladas de la Sociedad de Conferencias, sobre "Nietzche" (1907) y "Max Stirner" (1908), pensadores bien lejanos del positivismo: esos eran los títulos que para el ejercicio de la crítica filosófica podía mostrar el conferencista, Antonio Caso. Demostraban esos trabajos que el conferencista es uno de los hombres más capaces, aquí, de emprender, con criterio filosófico y documentación extensa, el estudio histórico-crítico del positivismo, formulando juicio imparcial, que no podríamos obtener ni de los sectarios positivistas ni de sus francos enemigos los católicos. De Caso podía esperarse estudio libre y lleno de variedad, enriqueciendo las opiniones de la crítica reciente; en verdad, muchos lo esperaban.

"Y he aquí que las tres conferencias sobre Comte y sus precur-

sores (a las que seguirán otras sobre el positivismo independiente: Spencer, Mill, Taine) apenas responden a lo esperado. Ni en la parte histórica, ni en la expositiva, ni en la crítica ha introducido el conferencista los deseados elementos de novedad: se ha contentado, en general, con la exposición, el trazo de orígenes y los juicios encomiásticos que desde tiempo atrás nos presentan los partidarios del positivismo: historia y crítica que, si en nuestra América se han repetido hasta la saciedad, en Europa y en la América inglesa están ya revisadas y corregidas. No se ha abstenido Caso de hacer crítica, sino de la censura franca: ha ejercido la función crítica sólo a medias." [12]

En otro estudio subsecuente, el mismo autor trata de las otras cuatro conferencias de Antonio Caso y de éste mismo, diciendo:

"Si las tres conferencias de Antonio Caso sobre Comte y sus precursores significaron poco, por su falta de novedad y de crítica, las cuatro posteriores, consagradas al positivismo independiente, nos resarcieron, en gran parte, de la deficiencia inicial. En sus primeras disertaciones, el conferencista presentó la filosofía de Comte como monumento dogmático difícil de tocar, no se sabe si por respeto a la majestad arquitectónica o por temor a la debilidad de los cimientos; ahora, el edificio apareció hundiéndose lentamente, como los edificios coloniales de la ciudad de México, y tal vez próximo a desaparecer de la haz de la tierra..."

Y, al final del mismo estudio, estos seis o siete párrafos, que son de inigualable valor por venir de un compañero y amigo sincero, acerca de aquel Antonio Caso de la primera hora, el de su primera campaña, en la víspera de la fundación del Ateneo de la Juventud:

"En cuanto al conferencista —se me pregunta— ¿es posible formar ya una opinión, después de esta labor de siete conferencias?

"Respondo: la opinión que ahora se formula tendrá necesariamente mucho de provisional. El conferencista es muy joven: acaba de franquear el límite de los veinticinco años; puede ser que viaje, puede ser que modifique sus ideas, puede ser que siga nuevos métodos, nuevos rumbos... La personalidad que ahora muestra debe evolucionar. Puede ser también (no lo deseémos) que se detenga donde se inició, que se deje vencer por la inercia que en la América

[12] PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA. "El positivismo de Comte" en *Obra crítica*. Fondo de Cultura Económica. México, 1960. págs. 52 y 53.

española (y particularmente en México) lleva todas las cosas al estancamiento rápido.

"De todos modos, la personalidad que ahora vemos en Antonio Caso es la de un amante de las cuestiones filosóficas, poseedor del abundante don de la palabra. Dos elementos que pueden ser antagónicos, se dirá: en efecto, en Caso el afán de precisión conceptual vuelve inelegante, iterativa, la frase, muchas veces; otras, el flujo verbal desvirtúa las ideas o las engendra falsas. Si el primer defecto es leve, hasta útil cuando se habla a públicos de espíritu lento, el segundo es grave. Para mí, gran parte de los errores que se deslizaron en las conferencias fueron hijos de esa censurable confianza en el poder verbal. Lo prueba la superioridad de los trabajos escritos por Caso junto a las conferencias improvisadas.

"Como pensador, Caso tiene una ventaja sobre la gran mayoría de los que, entre nosotros, estudian cuestiones filosóficas: un conocimiento seguro de la evolución del pensamiento europeo. Mientras la generalidad de los que, en América, discuten sobre aspectos (invariablemente la escolástica o el positivismo), Caso conoce a los grandes maestros, y afronta los problemas con criterio independiente. Suele sentir temores y, por respeto a la autoridad, acepta sin discusión una idea, o, por miedo a destruir, esquivar el análisis (como hizo al hablar de Comte); pero cuando se siente firme, recorre con segura agilidad los problemas y las series históricas. Su facultad crítica no da todavía productos normales: si unas veces profundiza (v.gr., sobre las contradicciones mentales de Taine), otras apenas desflora las cuestiones. En cambio, su modo de exponer ha adquirido vigor y consistencia notables; y, en general, la ordenación sintética de sus disertaciones es excelente: cualquier espíritu disciplinado puede reconstruirlas fácilmente después de oírlas.

"Como disertaciones artísticamente compuestas, las siete conferencias de esta serie sobre el positivismo resultan inferiores a las dos conferencias del mismo Caso sobre Nietzsche y Stirner; hubo en ésas más brillantez. Pero en las nuevas hubo más historia, más crítica (si se exceptúan las relativas a Comte). Y hubo también la novedad que Caso reservó para la conferencia final: la profesión de fe. Caso, ante la inminente invasión del pragmatismo y tendencias afines, se declara intelectualista: posición difícil para él, de suyo accesible a las solicitaciones que constantemente lo apartan del rigor intelectual: palabra, afectividad, sentimiento artístico, seducción del misterio, datos de la conciencia, sentido de la realidad. . .

"Intelectualista, pues, se declaró haciendo el elogio de los grandes metafísicos constructores, Platón, Spinoza, Hegel; y a la vez se declaró idealista en cuanto al problema del conocimiento: resultando así la singular conciencia de que su profesión de fe terminara con una cita ("Todo es pensamiento...") de Henri Poincaré, el sabio pragmatista por excelencia, en quien miran un aliado los adversarios del intelectualismo absoluto.

"De todos modos, la conferencia final de Caso fue un alegato en favor de la especulación filosófica. Entre los muros de la Preparatoria, la vieja escuela positivista, volvió a oírse la voz de la metafísica que reclama sus derechos inalienables. Si con esta reaparición alcanzara ella algún influjo sobre la juventud mexicana que aspira a pensar, ese sería el mejor fruto de la labor de Caso." [33]

Los párrafos de Pedro Henríquez Ureña antes citados son de claridad meridiana sobre lo que hizo y logró Antonio Caso en su célebre ciclo de conferencias, en 1909.

Sin embargo, sobre todo para el lector que no tenga una previa noción clara de la historia de las ideas, o más bien de los sistemas ideológicos, creo que no será superfluo insistir un poco en algunos puntos de lo que, en general, ha quedado expuesto en páginas precedentes.

Porque se ha dicho y se repite, hasta ser ya un lugar común, que Antonio Caso y el grupo del Ateneo dieron la batalla, la derrota y la muerte al positivismo en México, y se enfatiza eso como una dura lucha y arduo triunfo. Por ello es pertinente tratar de ver esas cuestiones más de cerca, comenzando con el enemigo vencido: el positivismo en nuestro país.

En uno de sus estudios sobre filosofía, con su habitual claridad, dice Antonio Gómez Robledo:

"De todos los sistemas y doctrinas conocidos hasta hoy en este mundo entregado a las disputas de los hombres, el positivismo es el único quizá que abraza el ser todo del hombre y todas sus acciones. De ningún otro es posible predicar una tan compacta y absoluta totalidad. Antes de Augusto Comte, la humanidad había conocido religiones, sistemas filosóficos y teorías políticas; y si bien frecuentemente habíanse combinado entre sí todas estas formas culturales, esto sucedía en el devenir histórico, sin haberse operado nunca

[33] Pedro Henríquez Ureña. "El positivismo independiente", en *Obra crítica*, págs. 64 y 71-72.

la fusión en el cerebro de un pensador, a quien cupiera, además, la invención de todas ellas...

"En el positivismo... son bien patentes en el pensamiento y en la obra de su fundador, una filosofía omnicomprensiva, una política de lineamientos precisos y una religión que organiza hasta en sus ínfimos pormenores el culto y la jeraquía." [14]

¿Fue ese positivismo, completo, vivo, vigoroso e influyente el de México? y ¿fue eso lo que combatió y destruyó el grupo juvenil de estudiantes y recién graduados profesionistas que era la generación del Ateneo, como se le ha llamado definitivamente, o generación del Centenario, como prefería llamarla don Alfonso Reyes y algunos de sus componentes?

Desde luego, el positivismo como religión, puede afirmarse que no existió en México. En otras partes, en Francia y en Brasil al menos, ha habido y aun creo que probablemente existen, templos o iglesias para el "Culto de la Humanidad", presididas por las efigies de su fundador y otras más, como las de sus "santos" u hombres ilustrísimos que reciben veneración, que son, también, epónimos de los meses del calendario positivista, donde se encuentran Moisés y San Pablo, reunidos o mezclados con figuras del humanismo clásico, tales Aristóteles y Arquímedes, con hombres de Estado como Carlomagno y Federico el Grande, genios de las letras como Shakespeare y otros nombres egregios. Esa iglesia positivista tiene un culto y hasta formas especiales o sacramentales para ciertos actos de la vida individual: una especie de bautismo, formalismos para el matrimonio y otros actos y, naturalmente, además de la liturgia, preceptos morales o de conducta para los mismos. Nada de eso, repito, existió en México y menos en el presente siglo; por lo mismo, no pudo aquí ser destruido el positivismo en su fase religiosa.

En cuanto a su doctrina política, tampoco hubo, aquí, ni el menor intento de implantarla o imponerla. El positivismo político quería una república presidida por un dictador vitalicio; ciertamente ambas formas políticas se dieron en nuestro país, pero no por el influjo ni determinación del positivismo: cuando el doctor Gabino Barreda inició su labor en pro del positivismo, la forma estatal de república existía en México desde medio siglo antes y precisamente acababa de ser restaurada por el partido liberal triunfante de dos

[14] Antonio Gómez Robledo. *La filosofía en el Brasil*, Imprenta Universitaria, UNAM, México, 1946, págs. 43-44.

guerras civiles; en cuanto al dictador, no cabe duda que en la persona del General Porfirio Díaz existió *de facto*, pero nunca *de jure*, y existió no por la doctrina positivista sino por el triunfo del grupo militar que enarboló el Plan de Tuxtepec, y luego, al través de los años ya en el gobierno, por las fuerzas políticas que aquel gran estadista supo reunir y manejar. La asamblea de financieros que el positivismo propugnaba, como parte esencial del gobierno y de su estructura económica, tampoco ni remotamente existió en nuestro país, ni en ningún otro, pues aquí la única asamblea gubernamental nacional era el Congreso de la Unión y en él, por voluntad de don Porfirio, ciertamente solía haber algunos financieros —digamos don Enrique Creel, etc.—, pero también había personas de mediana fortuna sin más negocios que su bufete de abogado o su consultorio de médico, y hasta periodistas y poetas sin más bienes que su gran talento, como Manuel Gutiérrez Nájera, para no decir más.

En cuanto al positivismo como filosofía o sistema ideológico, ese sí existió y prosperó en México durante mucho más de medio siglo, con muchas figuras relevantes en su seno, desde el fundador, o uno de los fundadores, el doctor don Gabino Barreda, hasta el ingeniero don Agustín Aragón, supérstite a la desaparición de su sistema y de su época. Pero también es de advertir que sería totalmente falso creer que el positivismo hubiera sido la única doctrina filosófica existente en el México de la época porfirista, pues, desde luego, se mantuvo siempre la filosofía escolástica informando el pensamiento de los grupos católicos, religiosos y laicos, numerosos e importantes en todo el país; y en los mismos centros gubernamentales, al lado de los positivistas, hubo siempre muchos liberales, librepensadores de varios matices, que nunca se adhirieron a las doctrinas de Augusto Comte.

La importancia trascendente del positivismo estuvo, allí sí definida e irrecusable, en los planes y programas de estudio de la Escuela Nacional Preparatoria en los cinco años que comprendía esa etapa educativa, que además era indispensable para los posteriores estudios profesionales, pero que también podía ser meta final para quienes ya no proseguían estos últimos y, para unos y otros, era, sin duda, una etapa educacional que, con su fondo y estructura positivista, ponía una impronta, más o menos profunda, en la formación intelectual y espiritual de los millares de jóvenes que por sus aulas pasaron. En realidad, esa organización que impuso el plan positivista de Barreda y que, con algunas modificaciones, perduraba todavía en las vísperas del Centenario de 1910, eso fue lo que los jóve-

nes ateneístas —antes de la fundación del Ateneo y también después— combatieron y ayudaron a derribar esas estructuras, por lo demás ya debilitadas por el desgaste de los años y el paso de las sucesivas generaciones.

Samuel Ramos, una de las mentes más investigadoras en el campo de la filosofía mexicana de los últimos años, resume así esa etapa de que he venido tratando:

"El positivismo pudo conservarse como doctrina oficial en la educación hasta 1910, cuando se fundó la nueva Universidad de México. En las provincias su acción se prolonga por unos años más. Sin embargo, el positivismo había sido criticado durante toda su vigencia, al principio por católicos y jacobinos y ya en este siglo por hombres que se formaron dentro de él pero que estaban inconformes con sus tesis. El positivismo perdió en México sus valores filosóficos originales para convertirse en una ideología conservadora y defender los intereses materiales de un grupo dominante. «El positivismo —dice Caso—, formó una generación de hombres ávidos de bienestar material, celosos de prosperidad económica, que durante treinta años colaboraron en la obra política de Porfirio Díaz, acaudillados y *dirigidos por el Ministro de Hacienda José Ives Limantour.*» Aparece a principios del siglo una nueva generación descontenta por el empobrecimiento de los valores culturales que la estrechez de la concepción positivista de la vida ha ocasionado. «La obra del positivismo —dice Caso—, la obra de la indiferencia por el ideal, la obra de educación fundada sólo en la ciencia (educación unilateral que desdeñó, sin justificación posible la cultura artística, moral, cívica, religiosa, histórica y humana), falsa también, pero no generosa, jamás logrará reunir los sufragios de las generaciones venideras.» El positivismo había cumplido su misión histórica, combatiendo el ideal católico y escolástico, y promoviendo el progreso del pensamiento mexicano hacia otros campos. Después siguió el destino de otras muchas ideas que una vez pasado su momento histórico mueren, pero siguen actuando como dogmas rígidos que se oponen a la evolución de la vida que antes habían impulsado. En 1908 Justo Sierra, en un discurso memorable, revisando el ideal de concordia intelectual que Barreda creía lograr mediante la verdad científica por creer a ésta inconmovible, lo juzga inadmisible después de la crisis de la ciencia. La bandera de la ciencia, dice Justo Sierra, no es una enseña de paz. Pero si Barreda no ha sido un pacificador «pensemos siempre que ha sido uno de los fundadores del tiempo nuevo». Una generación joven que

funda el *Ateneo de la Juventud* incitada por las dudas del maestro Sierra se lanza públicamente, en 1909, a combatir el positivismo en su terreno propio, en el de la filosofía. José Vasconcelos, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, suman sus críticas para hacer manifiesta la falsedad de la doctrina positivista en sus diversos aspectos. Fue un movimiento de liberación para escapar del cerco que los dogmas positivistas habían puesto al pensamiento. Quería rehabilitar el derecho a la libertad de filosofar y desenvolver el espíritu en otros campos despreciados por el positivismo oficial.

"El movimiento intelectual del *Ateneo de la Juventud* coincidió con la Revolución de 1910 no por mera casualidad, sino porque en el fracaso del régimen de Porfirio Díaz iba envuelto también el fracaso del positivismo. «Es una de las condiciones directas —dice Caso— de la tremenda crisis moral que sufre la República. Contra el positivismo porfirista se levantó la Revolución.» La crisis histórica que México sufre en 1910 es la mejor condenación del positivismo, que en el futuro había de eliminarse por completo de la vida espiritual mexicana. «Ni jacobinismo, ni positivismo —dice Caso—. Ni donquijotismo irrealista, ni sanchismo positivista.» Caso expresa las demandas de su generación exigiendo al lado de la ciencia una metafísica para precisar y legitimar un ideal de la vida superior."[15]

En fin, si vemos todo aquéllo en la perspectiva adecuada: mucho más de medio siglo transcurrido y una o dos generaciones intermedias, se aprecian bien los perfiles y proporciones de aquella lucha intelectual. Los jóvenes de las conferencias del Casino de Santa María, del Conservatorio y del "Generalito", no fueron el David que venciera al gigante Goliat y, por otra parte, no sería el objeto de estas páginas enfatizar los ataques a una doctrina filosófica que, además, no fue subtituida por ninguna otra. Lo que aquí importa, a mi ver, puesto que estas páginas sólo pretenden dar una visión histórica de aquel momento de la cultura de México, lo importante es señalar que las conferencias antedichas y el grupo que las organizó constituyeron, en conjunto, uno de los hechos que fueron prolegómenos de la honda renovación social que un momento después estallaría para dar lugar a una nueva etapa de nuestra historia.

[15] Samuel Ramos. "La Filosofía", en *México y la Cultura*. Edición de la Secretaría de Educación Pública, México, 1946. págs. 573 y 574.

bajo el título de *La Juventud*, animada por las ideas del maestro Sierra —clausura solemnemente en 1909 [illegible] el tercero propone en 1910 de la filosofía. José Vasconcelos, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, suman sus críticas para hacer manifiesta la falsedad de la doctrina positivista, en sus diversos aspectos. Fue un movimiento de liberación para romper el cerco que los dogmas positivistas habían puesto al pensamiento. Quería rehabilitar el derecho a la libertad de filosofar y desenvolver su disciplina en otros campos de preocupación que el positivismo eliminó.

El movimiento intelectual del Ateneo de la Juventud coincide con la Revolución de 1910 no por mera casualidad, sino porque en el fracaso del régimen del general Díaz iba envuelto también el fracaso del positivismo, el cual era una de las condiciones ideológicas y de la conducta social y moral que seguía la República. Contra ese positivismo porfirista, se levanta la Revolución, y la crisis histórica que México sufre en 1910 es la crisis, condenación del positivismo, que es el intento hecho de eliminar por completo de la cultura espiritual mexicana. Ni spencerismo, ni positivismo —dice Caso—. Ni [illegible], ni [illegible], y [illegible] [illegible] de su generación exigiendo al lado de la cultura una metafísica para crear y legitimar un ideal de la vida [illegible].

En fin, lo que sobre aquello en la perspectiva se ha visto de medio siglo transcurrido y una o dos generaciones de [illegible], se aprecian bien los perfiles y proporciones de aquella lucha intelectual. Los jóvenes de la [illegible], como en la lucha del Conservatorio y del [illegible], el David [illegible] al gigante Goliath, y por otra parte sería el objeto de estas páginas [illegible] a una doctrina filosófica que además no fue [illegible] [illegible], en cierto modo que esta página sólo ha [illegible] de una visión histórica de aquel momento de la cultura de México, la [illegible] [illegible] con las [illegible], [illegible] el [illegible] que [illegible] [illegible] [illegible] de la [illegible] social [illegible] [illegible] para dar lugar a una nueva etapa de nuestra historia.

[illegible]

Capítulo IV

EL ATENEO

Pasado un cuarto de siglo, en 1927, uno de los más preclaros espíritus del grupo, Pedro Henríquez Ureña, recordando aquel tiempo, escribía:

"Aquel momento feliz para la juventud mexicana —el momento de la revista *Savia Moderna* y de la Sociedad de Conferencias— pasó pronto. Con más brío, con mayor solidez, vendría el Ateneo (1909); la edad de ensueño y de inconsciencia había terminado: el Ateneo vivió entre luchas y fue, en el orden de la inteligencia pura, el preludio de la gigantesca transformación que se iniciaba en México." [1]

¿Qué fue, quiénes lo formaron, qué hizo el Ateneo, en su corta pero importante existencia? No es fácil saberlo de modo llano, completo, y corrido, porque su vida misma fue breve e irregular, como fue agitado, y luego trágico, el tiempo en que existió.

Para comenzar, nada mejor que dejar la palabra a uno de los fundadores de la asociación y fiel cronista de aquellos días, que fueron los de su juventud y de la juventud de sus amigos, a quienes evoca años más tarde, pero cuando tampoco puede considerarse que haya pasado tiempo en exceso, sino cuando los recuerdos son perfectamente claros y precisos; me refiero a esta añoranza y vivencia, que ambas cosas lo son a su tiempo, de don Carlos González Peña:

"...el 28 de octubre de 1909 fue creado el Ateneo de la Juventud. Al frente del mismo púsose por aclamación a Antonio Caso, quien lo presidió en el primer año de trabajos y andanzas.

[1] Pedro Henríquez Ureña. "Alfonso Reyes", en *Obra crítica*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1960. pág. 292.

"Trabajos y andanzas, sí, porque fue dicha corporación, por esencia, dinámica. La constituía una juventud a la que distinguieron, homogeneidad aparte, ciertos desusados, inconfundibles rasgos: inquietud filosófica y doble afán de creación y de crítica; ansia de estudio, y método para realizarlo; seriedad de disciplinas.

"En el salón de actos de la Escuela de Jurisprudencia [2] se celebraban, una noche de cada semana, las sesiones del Ateneo. Entre los jóvenes ateneístas había abogados, médicos, ingenieros, arquitectos, literatos a secas sin título universitario, y hasta alguno que otro estudiante. ¡Oh tiempos, amorosamente lejanos y, en el corazón y en la memoria, tan próximos! Se leían y comentaban trabajos; se discutía, se charlaba y se reía —que por algo éramos todos, o casi todos, mozos imberbes o de bigote reciente—, y la sesión venía a parar, de ordinario, en alegre cena, cuando había "con qué".

"Por aquel salón desfilaron los chicos de la generación literaria que, juvenil y todo, ofrecía la característica extraña de una dorada madurez. Ya era la voz cavernosa de Roberto Argüelles Bringas recitando, con dejo fúnebre, primaverales estrofas. Ya la charla irónica de Chucho Acevedo, escritor que no escribía. Isidro Fabela entreveraba bromas y cuentos. Leía disertaciones doctas Pedro Henríquez Ureña. Alfonso Reyes, todavía estudiante, se bañaba de sabiduría. Sonreía, cazurro, Julio Torri. Largaba Rafael López sonoras estrofas. Ibamos a Egipto en el fresco recuerdo de Federico E. Mariscal. Alfonso Cravioto se enfrascaba en crítica pictórica. Enarcaba las cejas, displicente, Eduardo Colín. José Vasconcelos, todavía inédito, y con su cabeza pelona, tenía insistentes risitas de conejo. Manuel de la Parra, o séase "Parrita", tartamudeaba, tímido, al leernos poemas adorables. Asentía al escucharlos Luis Castillo Ledón, con sus negros bigotes kaiserianos. Partían de la boca sensual de Ricardo Gómez Robelo agudas saetas. Pepe Escofet repasaba, en suma, pronto a dárnosla a conocer, las cuartillas de una novela de su nativa Cataluña evocada desde México. ¡Y en medio de tan varias trayectorias intelectuales, de tan varias aficiones, dedicaciones

[2] La Escuela Nacional de Jurisprudencia estaba, entonces, en el edificio que ocupó cerca de cincuenta años (hoy destinado a una Escuela Preparatoria de la Universidad Nacional Autónoma), en la esquina de las calles de San Ildefonso y República Argentina; ese edificio fue inaugurado el 15 de marzo de 1908, con una ceremonia muy solemne en la que estuvieron: el Presidente de la República, Gral. Don Porfirio Díaz; el Lic. D. Justo Sierra, Secretario de Instrucción Pública; el Lic. Don Justino Fernández, Secretario de Justicia, y otras personalidades; habló, primero, Antonio Caso, alumno del último año de la carrera, luego el Lic. Don Pablo Macedo, director de la Escuela de Jurisprudencia y, finalmente, el señor Presidente Don Porfirio Díaz declaró inaugurado el nuevo local.

y gustos, resaltaba, como concentrándolas, como virificándolas con potente brío animador, Antonio Caso!"[3]

No solamente resaltaba allí Antonio Caso, sino que él había sido el creador (tal vez sería mejor pensar que fue el principal impulsor, pues ninguna instalación así suele tener un solo autor) del Ateneo. Así lo dice, explícitamente, Henríquez Ureña en una carta a Alfonso Reyes, que luego será menester examinar, comentar y citar reiteradamente.

El Ateneo de la Juventud quedó fundado el 28 de octubre de 1909. Era ya, prácticamente, el fin del año; por eso sus actividades empezaron a desenvolverse en el curso del año siguiente y, de ellas, las más destacadas, las que por sí mismas dieron inmediato renombre al Ateneo, en esa primera etapa de su vida, que fue la más brillante, fueron las conferencias que irán citadas y comentadas páginas adelante.

Afortunadamente quedó mención fehaciente de la nómina de los socios y de los dirigentes en esos primeros dos años del Ateneo. La lista de los socios, en su primer año, hasta fines de 1910, es la siguiente, tal como fue publicada entonces:

Socios Numerarios

Jesús T. Acevedo, arquitecto, profesor de academias de dibujo en la Escuela Nacional Preparatoria.
Evaristo Araiza, ingeniero.
Roberto Argüelles Bringas.
Carlos Barajas, médico.
Ignacio Bravo Betancourt, abogado, diputado al Congreso Nacional.
Antonio Caso, abogado, secretario de la Universidad Nacional, profesor de sociología en la Escuela Nacional Preparatoria.
Luis Castillo Ledón.
Francisco J. César, abogado.
José Escofet.
Isidro Fabela, abogado, profesor de conferencias de historia del comercio en el Internado Nacional.
Nemesio García Naranjo, abogado, diputado al Congreso Nacional.
Ricardo Gómez Robelo, abogado.
Fernando González, abogado.

[3] Carlos González Peña. "Antonio Caso y la generación del Ateneo", en *Gente mía*. Editorial Stylo, México, 1946. Págs. 183-185.

Carlos González Peña.
Pedro Henríquez Ureña.
Rafael López.
José María Lozano, abogado, diputado al Congreso Nacional.
Juan Palacios, profesor de castellano en la Escuela Nacional Preparatoria.
Eduardo Pallares, abogado, profesor de Filosofía del Derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia.
Manuel de la Parra.
Alfonso Reyes.
Abel C. Salazar, abogado.
Mariano de Silva y Aceves.
Alfonso Teja Zabre, abogado, secretario del Museo Nacional.
Julio Torri.
José Vasconcelos, abogado.
Miguel A. Velázquez.

Socios Correspondientes

(Residentes fuera de la ciudad de México)

Alfonso G. Alarcón.
Ricardo Arenales.
Rafael Cabrera.
Jesús Castellanos.
Max Henríquez Ureña.
Efrén Rebolledo.
Diego Rivera.
Angel Zárraga.

Tal es la lista que figura en las tres últimas páginas del folleto *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. En el ejemplar que perteneció a don Alfonso Reyes, conservado en su biblioteca hoy llamada "Capilla Alfonsina", hay la interesante adición de una breve lista, a lápiz, que evidentemente corresponde a los socios que ingresaron al Ateneo durante su segundo año, a partir de fines de 1910 en que el folleto fue impreso; esa lista es la siguiente:

F. [Federico] Mariscal.
E. [Enrique] González Martínez.
E. [Enrique] Jiménez Domínguez.

J. [Joaquín] Méndez Rivas.
A. [Antonio] Médiz Bolio.
M. L. [Martín Luis] Guzmán.
A. [Alejandro] Quijano.
Leopoldo de la Rosa.

En la penúltima página del folleto citado están los nombres de quienes fueron designados para dirigir el Ateneo, primero en octubre de 1909, al ser fundado, y luego en octubre de 1910, para el segundo año de sus funciones. Esa nómina dice así:

Mesa Directiva

Primer año

Presidente: Antonio Caso.
Secretario de Correspondencia: Pedro Henríquez Ureña.
Secretario de Actas: Jenaro Fernández Mac Gregor. Isidro Fabela (electo en el mismo año por renuncia del anterior).
Tesorero: Ignacio Bravo Betancourt.

Segundo año

Presidente: Alfonso Cravioto.
Vicepresidente: Jesús T. Acevedo.
Secretario de Correspondencia: Carlos González Peña.
Secretario de Actas: Isidro Fabela.
Tesorero: Guillermo Novoa.

Para el tercer año: octubre de 1911 a octubre de 1912, fue electo Presidente de la Mesa Directiva, José Vasconcelos, entonces ya abogado con éxitos profesionales y joven político de importancia y brillo en el victorioso campo del maderismo, triunfante y gubernamental. Poco antes de tal designación, sus amigos le habían ofrecido un homenaje, el 17 de junio de 1911, que un periódico reseñó, diciendo:

"El Ateneo de la Juventud, la simpática y respetable agrupación de la intelectualidad joven de México, ofreció la noche del sábado 17 de los corrientes un banquete en honor del ateneísta revolucionario licenciado José Vasconcelos, que tan brillantes servi-

cios prestó a la causa del pueblo y que es uno de los talentos más sólidos y nutridos con que cuenta el Ateneo. A la fiesta asistieron a más del obsequiado, los señores Alfonso Cravioto, presidente de la agrupación; licenciados Antonio Caso, Isidro Fabela, Eduardo Colín, Marcelino Dávalos, Erasmo Castellanos Quinto, Eduardo Xico y los literatos José Escofet, Carlos González Peña y Luis Castillo Ledón. Tratándose de jóvenes y de poetas, hubo el natural derroche de ingenio y de entusiasmo, pronunciándose brindis cordialísimo, habiendo descollado entre ellos el del señor licenciado José Vasconcelos. . ." [4]

Muchos años después en sus memorias o más bien su autobiografía, en el primer tomo *Ulises Criollo*, llega a decir aquella frase que luego ha sido citada: "Las sesiones del Ateneo (cuando él, Vasconcelos, era su Presidente, en 1912) concluían cada viernes en algún restaurante de lujo. Ya no era el cenáculo de amantes de la cultura, sino el círculo de amigos con vistas a la acción política. Antonio Caso fue quizás el único que no quiso mezclarse en la nueva situación. . ."

Como en muchas otras ocasiones similares, el recuerdo de Vasconcelos *es impreciso y sus afirmaciones tan exageradas que son*, simplemente, falsas; como en tantas ocasiones parecidas, su imaginación y sobre todo su pasión, deformaba los hechos, ¡y llegó a creerse historiador!

La verdad es que, en 1911, de los miembros del Ateneo de la Juventud no solamente Antonio Caso sería porfirista y antirrevolucionario, muchos lo eran y otros, por diversas causas, tampoco eran maderistas. Lo cierto es que, por esos tiempos y por tales motivos, fue que el Ateneo se empezó a dividir, por las inevitables repercusiones de los continuos choques políticos entre los múltiples partidos y entre las diversas fracciones de un mismo partido, en esos años de 1911 a 1914. Como ejemplo de esas diferencias, y siempre a propósito del Ateneo, he aquí estos párrafos de la autobiografía de don Genaro Fernández Mac Gregor, uno de los ateneístas ilustres:

"Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña fundaron por esa época el Ateneo de la Juventud, que se derivó de la Sociedad de Conferencias, con sede en el Casino de Santa María; pertenecí a los dos grupos. . .

[4] *Revista de Revistas*, junio 25 de 1911; citado en *Conferencias del Ateneo*. . . pág. 135.

"Otro hecho muestra cuánto me repugnaba la política: entraron a formar parte del Ateneo J.M.L. y N.G.N. [José María Lozano y Nemesio García Naranjo], quienes estaban sumergidos hasta las orejas en las luchas partidaristas; y como en la primera sesión a que concurrieron suscitaron inmediatamente el tema político, temí que nuestra asociación cultural se transformara en club, y renuncié mi carácter de socio..." [5]

Otros de los miembros no fueron apolíticos ni neutrales, sino francamente adversos al régimen triunfante.

El doctor Enrique González Martínez, ya con justa fama de gran poeta, vino a radicarse en México el año de 1911 y fue invitado, inmediatamente, a pertenecer al Ateneo; así lo cuenta en el segundo tomo de sus memorias:

"El primitivo «Ateneo de la Juventud» se llamaba ya, a secas, «El Ateneo». Sus socios se habían dado cuenta de que el mote juvenil habría de ser borrado poco a poco por el correr implacable de los años. Tengo de mi ingreso en el Ateneo los más gratos recuerdos. Apenas me había sacudido el polvo del camino, cuando recibí cordial invitación para incorporarme al grupo ateneísta, que entonces *presidía Antonio Caso;* [6] *y fue Alfonso* Reyes *quien me dio la* bienvenida con palabras elogiosas y cálidas...

"Aunque entre aquellos jóvenes que no andaban muy lejos de una veintena de años había tal o cual excepción de madurez, me sentía junto a ellos como un hermano mayor. Navegaba yo por los ocho lustros y las primeras canas me apuntaban en las sienes, sin traer, por desgracia, el aparejo de la cordura. En mi equipaje sinaloense, traía cuatro libros de poemas; el último, como ya dije, «Los Senderos Ocultos»." [7]

En algunas páginas de esas mismas memorias, precedentes a la cita anterior, refiere González Martínez su vinculación sincera al régimen presidido por don Porfirio Díaz, en cuyos últimos años fue dos veces designado diputado suplente al Congreso, la primera por un distrito del Estado de Chihuahua y la segunda por otro de Veracruz, aunque no llegó a ocupar nunca la curul.

[5] GENARO FERNÁNDEZ MAC GREGOR. *El río de mi sangre. Memorias.* Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1969, pág. 195.

[6] Es un evidente olvido de González Martínez. En 1911, cuando dice que él vino a México, Antonio Caso no presidía el Ateneo; ya hemos visto que, en publicación del propio Ateneo, y en otro texto citado antes, se afirma que el presidente, en su segundo año, de octubre de 1910 hasta un año después, lo fue el licenciado Anfonso Cravioto.

[7] ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ. *La Apacible Locura.* Ediciones de Cuadernos Americanos, México, 1951, *págs.* 35 y 36.

Al releer las páginas dichas no puedo menos, para solaz de los lectores y ejemplo de cómo se trataban las cosas de la política allá hace setenta años, que resumir la anécdota que cuenta el propio autor de las memorias citadas: sucedió que al recibir la credencial de diputado suplente por un distrito de Chihuahua, que perfectamente legalizada le envió don Victoriano Salado Alvarez, secretario del Gobernador Enrique C. Creel, y por una indicación tal vez confusa o equivocada del remitente, el caso es que el muy ingenuo del doctor González Martínez, desde Sinaloa, donde ni había buscado ni esperaba tal nombramiento, escribió al señor general don Porfirio Díaz agradeciendo aquel favor y, como lo cuenta don Enrique, la respuesta no se hizo esperar, indicándole "que no era al Señor Presidente sino a sus electores a quienes debía agradecer la distinción que lo ungía como posible representante popular". El muy ilustre poeta y médico asimiló el sofocón, se le destiñó un poco la candidez, y a la siguiente credencial de diputado suplente ya no repitió el desliz.

Pero luego él mismo confiesa que, al triunfo de la revolución maderista y a consecuencia de la misma, tuvo que abandonar Sinaloa, donde vivía, y venir a la capital "con la rebelde amargura del vencido; no con la actitud desairada del pretendiente. La pasión del momento me empujaba a entrar de modo abierto en el campo de la oposición, que era, en mi concepto, la única postura digna, accesible y lógica".[8] Y más adelante, dice: "No sé cómo se enteró Reyes Spíndola de mi presencia en México y de mi filiación política. Lo cierto es que muy a raíz de mi llegada y con no poca sorpresa mía, Urbina fue a visitarme en nombre del director de «El Imparcial» y a invitarme a formar parte del grupo que redactaba la página editorial del diario. . ."[9]

Refiriéndose a ese tiempo, en pleno gobierno del Presidente Francisco I. Madero, es decir, en 1912 (aunque no precisa el año), alude Vasconcelos a los muchos ataques que se hacían, en la prensa, a Madero y a familiares suyos, y concretamente dice que los escribían "políticos despechados como Rábago y el doctor González Martínez".

He citado esos dos casos, el del licenciado Genaro Fernández Mac Gregor y el del doctor Enrique González Martínez, no porque pretenda señalar la posición política de cada uno de los miembros

[8] *Op cit.*, pág. 34.
[9] *Op. cit.*, pág. 36.

del Ateneo, sino únicamente para mostrar que la corriente de simpatía hacia "la nueva situación", que menciona Vasconcelos era, como dije, una exageración suya, más bien una mentira, y que la verdad es que en el Ateneo se dieron, sin duda desde su origen, múltiples y muy diversas opiniones y convicciones políticas, como no podía menos de ser, las cuales se fueron acentuando por fuerza de los acontecimientos, hasta provocar la disgregación apenas rebasados los cuatro años de fundada la asociación. Pero no conviene adelantar los sucesos.

El año de 1910 el Ateneo de la Juventud (todavía se llamaba así) hizo su primera manifestación pública, y la mayor de cuantas realizó como agrupación, por eso Alfonso Reyes gusta llamar a su grupo "generación del Centenario", organizando y realizando la serie de conferencias que van comentadas en las páginas que siguen.

LAS CONFERENCIAS DEL ATENEO DE LA JUVENTUD, EN 1910

Antonio Caso. "La filosofía moral de Hostos"

La primera conferencia fue la que pronunció, el 8 de agosto, Antonio Caso, anunciada con el título de "La filosofía moral de Eugenio M. de Hostos".

Comenzó Caso afirmando que, desde Séneca, el estoicismo "forma la médula de las lucubraciones morales de los grandes pensadores de estirpe española", línea que llega hasta la hispanoamérica contemporánea, y en ella se encuentra el educador y moralista don Eugenio M. de Hostos que supo "igualar su vida con su pensamiento", dijo Caso aludiendo a la célebre Epístola Moral de Fernández de Andrada.

Con el buen método expositivo, que ya entonces empleaba, procede Antonio Caso a señalar, casi desde el principio, que "Para Hostos la ley moral es un *orden natural*, como él mismo dice, y la ética se constituye por la creencia en la armonía eterna que liga al hombre con la naturaleza y a la sociedad con el hombre. . . La moral de Hostos se construye sobre la afirmación del orden perenne que la razón descubre en las íntimas relaciones de las cosas", lo cual luego ilustra, ampliamente, con párrafos esenciales tomados de la *Moral social* y dos o tres del estudio sobre *Hamlet*, de Hostos, con lo cual puede resumir que: "La base lógica de la moral de Hostos, es el concepto de la euritmia universal construido sobre la no-

ción de ley natural. Para Hostos como para Montesquieu, toda ley es expresión necesaria de las relaciones de las cosas; y la ley moral, expresión, necesaria también, de las relaciones de la naturaleza física con el mundo social y moral. Por esta razón, juzga el filósofo que el ritmo universal del mundo se prolonga hasta el fondo interior del alma humana, y la civilización y la moralización le aparecen como aspectos o resultados superiores de la progresiva racionalización y conscifacción, como él mismo dice, sirviéndose de un enérgico y feliz neologismo".[10]

Luego, inicia la exposición de su opinión propia sobre el tema, mostrando las fallas de esos postulados antimetafísicos y racionalistas. Dice, en uno de esos párrafos: "Las uniformidades de la naturaleza son métodos hallados por el hombre, para adaptar las cosas a su inteligencia, pero no nos revelan ni podrán revelarnos nunca sino que el carácter de necesidad, atribuido por el determinismo al mundo reside en la esencia de la razón humana, siendo la naturaleza en sí infinitamente más compleja y variada de lo que pensó el panteísmo lógico, infinitamente más fecunda e inagotable que como aparece en la sinfonía cósmica engendrada por la noble ilusión optimista en la conciencia de Hostos... la vida no puede reducirse a las proporciones lógicas del análisis, que en el momento de acercarse hasta ella la destruyen con su aparente exactitud, cuando creen reducirla, y la niegan cuando piensan comprenderla. No, el alma humana es *más* que razón; es lo que la historia de la especie exhibe en las formas simbólicas del heroísmo y del amor. La voluntad no es facultad satánica esencialmente negativa y perversa como quiere Hostos, sino fuerza victoriosa o vencida, pero en actividad extraordinaria, que se adapta al bien y lo realiza, sobre las vicisitudes inherentes a la existencia, fundando así el resorte prepotente de la evolución de los pueblos y de los individuos".[11] Continúa, atacando el determinismo, a partir de la libertad metafísica, "dato inmediato de la conciencia", citando, así, a Bergson quien, con Boutroux, mencionado antes, fueron dos de las fuentes en las que más abrevó el joven Antonio Caso, al emprender su labor de renovación del pensamiento en México. El estudio de Boutroux asoma otra vez, sin que expresamente lo mencione, cuando dice que "Hostos desconoció el valor contingente de las leyes cósmicas" y de allí la base endeble de su pensamiento, que dejó ya señalada.

[10] ANTONIO CASO. "La filosofía moral de Don Eugenio M. de Hostos", en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. UNAM, México, 1962, pág. 36.
[11] *Op. cit.*, pág. 38.

Naturalmente, la crítica de las ideas no impide el reconocimiento de la altura del hombre: "Hay algo de su labor que en cierto modo perdura y que, resistiendo los ultrajes del olvido, habrá de alentarnos y acompañarnos en nuestra peregrinación indefinida; hay algo más fundamental que sus libros perecederos y sus creencias filosóficas; algo aún más inmaterial y excelso: la conciencia que abrigara del cumplimiento adecuado de su misión, el ejemplo de su existencia consagrada a la «áspera religión del deber», la energía misteriosa de su alma que se opuso conscientemente a la sucesión de los acontecimientos exteriores y los forzó a modificarse, al ejercer sobre ellos la potestad de su energía, de su virtud interior, *tanto más invencible cuanto que era inviolable y divina por* su origen y esencia. . ." [12]

* * *

Indudablemente fue una buena conferencia. Vista desde ahora, a más de medio siglo de distancia, y en el panorama de lo que sabemos fue el Ateneo y lo que fueron sus integrantes, en la historia cultural de nuestro país —que es lo que trata de presentar este estudio—, no basta simplemente afirmar que la conferencia inicial de las actividades del Ateneo tuvo calidad, que sí la tuvo, sino que también habría algunos comentarios ineludibles.

En primer lugar: ¿por qué hablar de Hostos, en esa primera conferencia del Ateneo? y, segundo, ¿por qué tratar solamente de la filosofía de Hostos y no de toda su figura histórica?

Antes de proseguir con las respuestas, lógicas o hipotéticas, parece que no será impertinente consagrar unas pocas líneas a dar cuenta, o más bien a apuntar la personalidad de Hostos.

A comienzos del año de 1839 nació Eugenio María de Hostos en Puerto Rico; allí hizo sus primeras letras y más tarde, en España, estudios de bachillerato y de derecho. En Madrid comienza a escribir y luego a participar entre políticos, en los agitados años de la caída y exilio de Isabel II, el reinado fugaz de don Amadeo y la primera República española, de 1868. De los caudillos y cabezas de ese movimiento fue correligionario y amigo, de Castelar muy particularmente, pero rompió con ellos porque no encontró, ni en los jefes ni en las asambleas revolucionarias de España, ni la generosidad y ni siquiera la visión y la comprensión para dar indepen-

[12] *Op. cit.*, págs. 39-40.

dencia ni autonomía ni libertad ninguna a las colonias españolas en las Antillas, por cuya liberación y dignidad, social y política, luchaba Hostos, ilusionado y pertinaz. Exiliado en París y luego en Nueva York, siguió trabajando, con la pluma y con la palabra, para lograr la independencia de su isla natal, Puerto Rico, pero no solamente de ellas sino de toda esa región de islas antillanas, todavía con una economía a base de esclavos y sin la menor sombra de personalidad jurídica internacional; soñando y luchando por formar y hacer libre una Confederación de las Antillas: Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico. Treinta años de apasionada lucha en pro de ese magnífico proyecto, que España con obstinada torpeza y para su daño se negó siempre a ver, hasta que perdió sus últimas posesiones por la derrota y la humillación de la guerra del 98, y dejando a Puerto Rico en manos extranjeras. Treinta años en los que Hostos luchó, trabajó, meditó y escribió. Estuvo en casi todos los países de América del Sur, escribiendo y dando conferencias; en Chile, país de sus preferencias, ejerció el periodismo y el magisterio; más años pasó en Santo Domingo y allí murió, en agosto de 1903. No es posible dar idea, en un párrafo, de los esfuerzos, las andanzas, las penalidades y los diversos aspectos de esa vida que, sin dejar su actividad intelectual, buscaba también otras actividades inclusive la lucha, y varias veces intentó irse con su fusil a la guerra por la liberación de Cuba y las Antillas. Su labor de intelectual y de escritor fue constante, larga y fructífera: veinte tomos contienen sus obras, seguramente incompletas porque mucho quedará escondido en las hojas y en los breves periódicos de los grupos revolucionarios que se formaban y se deshacían en Nueva York, en Buenos Aires, en muchas partes. En aquellos volúmenes están sus memorias, sus viajes, sus ideas y sus proyectos políticos hispanoamericanos, un tratado de derecho constitucional, otro de sociología, muchos estudios o pequeños libros didácticos para las escuelas que dirigió en Chile y en Santo Domingo, y un Tratado de Moral, que es sobre el que versó la conferencia de Antonio Caso, en México, en 1910.

Mas, vuelvo a preguntarme, ¿por qué, ante una figura de tal riqueza, hablar sólo de uno de sus tratados, de un puro aspecto de su filosofía, cuando lo cierto es que en Hostos no fue, propiamente, la filosofía su actividad principal ni sobresaliente?

Uno de los propósitos, más tácitos que explícitos, de los fundadores del Ateneo, mejor dicho del "núcleo" de ellos, fue el de volver la mirada y la orientación de sus estudios, hacia lo nuestro

y lo próximo; pero concretamente algunos de ellos, parece que no pudieron ni quisieron evitar el limitar su campo al examen y estudio de las ideas puras. Sin juicio reprobatorio, ni muchísimo menos, tal vez sí podamos considerar que fue una lástima que no quisieran ver más lejos que las páginas de los libros que estudiaban y comentaban, y aprovechar esa magnífica ocasión, como creo que muy bien pudieron hacerlo o al menos intentarlo, de buscar la orientación más amplia (relaciones sociales, históricas, jurídicas) de aquel espléndido grupo que lograron reunir, en ese momento también excepcional.

Por otra parte, debe recordarse lo que con insistencia afirman todos, es decir, los que nos lo cuentan en sus memorias o referencias a aquellas largas pláticas, aquellas lecturas de los *Diálogos* de Platón en la biblioteca de Antonio Caso, toda aquella casi obsesión de Grecia y su pensamiento, tal vez atizada sobre todo por Henríquez Ureña, con persistente intensidad en los años de 1908 y 1909, que formó el fondo, para bien, de los más de ellos y en todos influyó, como se muestra, muy particularmente, en toda la obra, hasta sus últimos años, de Alfonso Reyes, pero a la que también se vincula la obra de Caso, gran parte de la de Vasconcelos y la de otros más.

Pero, aparte de la "afición a Grecia", es indudable que el interés por lo hispanoamericano fue, también, una de las arraigadas preocupaciones del Ateneo; esa me parece la primera parte de la explicación de que Antonio Caso se haya fijado en la filosofía de Eugenio M. de Hostos, para su conferencia de que aquí se trata; la segunda pregunta, de por qué fijarse sólo en la filosofía y no en la figura, se explica por lo antes aludido, del ideal de algunos, de que el Ateneo fuese exclusivamente "literario filosófico", según expresamente lo dirá, más tarde, Pedro Henríquez Ureña en carta a Alfonso Reyes. Espero que ya habrá, páginas adelante, oportunidad de insistir en las finalidades que parece haber perseguido y en los logros que pudo obtener el Atento de la Juventud.

Alfonso Reyes. "Los poemas rústicos de Othón"

La segunda conferencia del Ateneo, el 15 de agosto de 1910, fue la que sustentó Alfonso Reyes, sobre el tema "Los *Poemas Rústicos*, de Manuel José Othón".

Manuel José Othón había muerto pocos años antes de esa fecha y Alfonso Reyes lo había conocido personalmente y tratado bastante y sabía muy bien lo que contenía y valía su obra.

Pero, antes de informar de lo que dijo Reyes, creo que conviene recordar, a grandes rasgos, la figura del poeta que fue asunto de aquella conferencia.

Nació Manuel José Othón en la ciudad de San Luis Potosí el año de 1858. Allí estudió su enseñanza primaria y luego hizo sus estudios de preparatoria en el Seminario Conciliar, donde aprendió bien latín, no el latín elemental "de misal", como solía decirse del que apenas sabían o recitaban los "curitas de misa de olla", pues no iba a ser su profesión el sacerdocio, sino que adquirió un buen dominio de la lengua que le permitió leer, traducir y solozarse, toda su vida, con los clásicos latinos que fueron, para él, especialmente Virgilio, maestros, modelos y autores preferidos siempre. En 1876 entró al Instituto Científico y Literario a estudiar Derecho y obtuvo su título de abogado a fines de 1881. Casó, en 1883, con Josefa Jiménez, oriunda de Guadalajara. Sin recursos para instalar un bufete particular, hubo de ejercer la judicatura en pueblos pequeños y retirados, como Santa María del Río, Cerritos y Guadalcázar, durante no pocos años, menos los de 1891 a 1893 en que permaneció en la capital de su Estado como Agente del Ministerio Público y profesor de Literatura. En 1897, protegido y recomendado por el general don Bernardo Reyes, obtuvo un cargo en Saltillo; ya con mejores relaciones, de personas que le encomendaron sus asuntos legales, se dedicó a ejercer su profesión como abogado postulante radicándose en Torreón, en 1898 y luego pasó a vivir en la inmediata Ciudad Lerdo desde 1899. Por asuntos profesionales u otros motivos seguía visitando, con más o menos frecuencia, Monterrey, San Luis Potosí y México. Precisamente el año de 1909 estuvo en Monterrey, invitado por el Gobernador don Bernardo Reyes, participando en la celebración del centenario del natalicio de Benito Juárez, en el que leyó el poema "Vis et Vir"; en octubre vino a México y, en ceremonia de la Academia Mexicana de la Lengua, de la que era Miembro Correspondiente, leyó su "Elegía a la memoria de don Rafael Angel de la Peña; regresó, ya muy enfermo, a San Luis Potosí y allí murió el 28 de noviembre de ese citado año de 1909.

Don José López Portillo y Rojas cuenta, así, aquella última aparición en público, de Othón, un mes antes de morir: "La noche de aquel día, 26 de octubre de 1906, recitó el poeta sus tercetos en la velada, ante público selecto reunido en el Teatro del Conservatorio, bajo la presidencia del señor general don Porfirio Díaz y de su Gabinete; y a pesar de que Othón leía sin artificio e ignoraba el arte

de modular la voz para causar efecto, apenas hubo concluido la lectura, resonó por todo el recinto una larga y nutrida salva de aplausos. Cuando volvió a sentarse a mi lado, respiré satisfecho al ver que había salido gallardamente de la prueba; pues llegué a temer que no pudiese declamar la poesía, porque le ahogaba la tos momentos antes de ocupar la tribuna. A fuerza de frasquitos y pastillas calmantes, logró apaciguar los accesos y decir los tercetos. . . concluida la velada se precipitaron vates y literatos a felicitar al poeta con grande y caluroso entusiasmo; y al día siguiente engalanó sus columnas uno de los diarios de esta capital, con aquel canto del cisne".[13]

Othón publicó su primer volumen, *Poesías*, con prólogo de Victoriano Agüeros, en 1880. Luego otro, cuya edición destruyó. Pero su verdadera obra, salvo pocas muy valiosas poesías posteriores, está contenida en *Poemas rústicos* (1890-1902). Escribió, también, algunos cuentos y tres o cuatro piezas teatrales. Pero fueron los *Poemas rústicos* y los sonetos del *Idilio salvaje*, los que han hecho de Othón uno de nuestros más altos poetas.

En su conferencia del Ateneo pudo hacer Alfonso Reyes, que casi niño y luego joven, conoció en su misma casa y trató a Manuel José Othón, recuerdos propios; pero, huyendo de la anécdota personal, prefirió hacer del poeta referencias de carácter objetivo, para la mejor valoración del mismo.

De la materia poética de Othón, es decir, de su fuente de expresión emocional, de su sensibilidad y rasgos de su personalidad íntima, nos da fino y seguro trazo este párrafo de la conferencia de Reyes:

"En la paz de las aldeas gustaba Othón de pasar la vida; donde es más fácil salir al campo y descuidarse de todo aquello que sólo accesoriamente nos ocupa. Cuando el trato humano estrecha poco, cuando el roce social apenas se hace perceptible, más holgadamente viaja el espíritu en sus contemplaciones; y desvestido el ánimo de todo sentimiento efímero, vuelve a su profundidad sustantiva, toma allí lo esencial, lo desinteresado, que es a la vez lo superfluo de las imágenes del mundo, y vuelca sinceramente, sobre el espectáculo de la naturaleza, el tesoro de sus más hondas actividades, la religión, el deber, el gusto o el dolor de la vida. La existencia de Manuel José, por otra parte, según era su descuido por las cosas exteriores

[13] José López Portillo y Rojas. "Elogio de Manuel José Othón", en *Memorias de la Academia Mexicana*, tomo VI, pág. 225.

y según era su hábito de ensimismamiento y de éxtasis, parece más desligada aún de la realidad accesoria por aquel maravilloso don de olvido, que le conocimos todos y es ya proverbial, a cuya merced el poeta pasó por la tierra como un personaje de capricho, con el despilfarro de un desdeñoso, con la torpeza de un inocente, con la grande y dominadora sencillez de un hombre justo. Todo lo cual le permitía, retraído a sus soledades rústicas, conservar, en tiempos de escepticismo, la creencia tradicional, con igual facilidad y pureza como la aprendió en el libro doméstico, en la casa y en la escuela. . ."

En el primer soneto del libro, dice más adelante el conferencista, "se resume el símbolo de la obra, y éste resulta tan claro y tan evidente como era de presentirse ya: la obra poética será enteramente personal y lírica; será la expresión de una alma en lo que tiene de fundamental el alma de los hombres, y nada más".[14]

El soneto aludido, "Invocación", dice:

No apartes, adorada Musa mía,
tu divino consuelo y tus favores
del alma que, nutrida en los dolores,
abrasa el sol y el desaliento enfría.

Aparece ante mí como aquel día
primero de mis jóvenes amores,
y tu falda blanquísima con flores
modestas y olorosas atavía.

¡Oh, tú, que besas mi abrasada frente
en horas de entusiasmo o de tristeza,
que resuene en tu canto, inmensamente,

tu amor a Dios, tu culto a la belleza,
alma del Arte, y tu pasión ardiente
a la madre inmortal Naturaleza!

Un "análisis espiritual" acomete el conferenciante, explicando la actitud objetiva y la subjetiva, a un tiempo mismo, ante los paisajes y las cosas, en la luz o en la obscuridad de bosques y campos,

[14] ALFONSO REYES. "Los Poemas Rústicos de Manuel José Othón", en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, pág. 42.

con sus ruidos y sus silencios y el alma del poeta que los recoge, ya en impresiones ya en simbolismos.

Alfonso Reyes, luego de citar muy breves fragmentos, dice en un párrafo importante:

"Pero inútil sería seguir recordando los versos de Manuel José Othón a quienes *deben* conocerlos tan bien. Sólo quiero señalar que la descripción se resuelve allí constantemente en misticismo o interpretación metafísica de las fuerzas del mundo. Mas hay poesías enteras donde la descripción sólo existe por sí, indudablemente, y cuyo mérito es altísimo, porque en ellas el *paisaje mexicano* está retratado como en ninguna parte, y el ruido agrio del campo, con rechinar de carretas, cantos de labriegos y gritos de pájaros, nos zumba incesantemente en el oído, por raro caso de evocación, al escucharlas... El poder de evocación auditiva es de los más vigorosos que hay en toda la poesía castellana."[15]

Por lo que respecta al estilo, dice: "La técnica de Manuel José Othón es absolutamente clásica, rica de reminiscencias y evocaciones... Sin embargo, en medio de tanta belleza técnica y tanta realización retórica, muy claro se deja ver que la misión de ese libro es *poética* antes que nada..."[16]

En su ensayo, dedica Reyes dos páginas excelentes a examinar el artificioso bucolismo clásico antiguo y del Renacimiento y lo que hay o no de bucólico en Othón, diciendo que "la naturaleza, en sus versos, aparece en función de un sentimiento de sosiego religioso, muy frecuentemente..." Y como puntos esenciales de la etopeya del poeta, estas líneas: "Ya es tiempo de insistir en esta fe sencilla. Cuando alguien hacía burla de sus creencias religiosass, él afectaba no escuchar, y seguía creyendo. En su existencia humilde y trabajosa, cada vez que sentía aversión a ciertos menesteres penosos (¡no olvidéis que el sin ventura ejerció la profesión de abogado y alguna vez hasta el ministerio judicial!), cuando ciertos íntimos dolores amenazaban quebrantar su firmeza, su claro espíritu volvía, como a una evidencia, a la religión aprendida. No quería explicarla ni discutirla. Ella, como un rayo ideal, había caído invadiéndole todo el ser, y él se aferraba a ella por la liga misteriosa de las intuiciones más esenciales... Y para que no falte, junto a la Religión, junto al Deber, junto al sentimiento de dolor y amor de la vida, ninguna de las fuentes primarias de nuestro espíritu, un bien entendido amor

[15] *Op. cit.*, pág. 48.
[16] *Op. cit.*, pág. 49.

a la Patria anima los sonetos de las *Montañas épicas*, baluarte natural de la raza, plantado de intento a la cabeza de los pueblos latinoamericanos por un Dios que se encariña con sus naciones".[17] Alude, naturalmente, a los grandes y hermosos cerros de Monterrey, creo que en especial al tercer soneto de ese poema, que bien vale la pena recordar aquí; es este:

> ¿Por qué muestra tan épica figura
> esa enorme cadena de montañas?...
> Sus formas terroríficas y extrañas
> sólo Dios modeló, no la ventura.
>
> Bajo su prodigiosa arquitectura
> se guarecen palacios y cabañas,
> fructifican los trigos y las cañas
> y el abundoso manantial murmura.
>
> Y allá, sobre las cumbres de granito,
> las águilas indianas siempre alertas,
> bajo el dosel azul del infinito
>
> guardando están de nuestro honor las puertas,
> al ultraje cerradas y al delito,
> a la esperanza y al amor abiertas.

La publicación de los sonetos que componen el *Idilio salvaje*, el mejor de los poemas de Othón y uno de los mejores de nuestras letras, mostraron, con sorpresa de cuantos le conocían, una complejidad del poeta antes insospechada. Así lo dice el mismo Alfonso Reyes, que le conocía bien y que escribe, recordémoslo, muy pocos años después de la muerte de Othón y de la publicación de su poema antes mencionado; él dice: "Esos versos solos bastarían para hacer vacilar el concepto de sencillez que yo me he formado de esta alma, y son como una interrogación, y una negación en cierto modo, abierta sobre toda su obra en el preciso y fatal instante en que no podemos ya interrogarle. ¿De qué nueva hondonada interior surgió ese poema tremendo y maldiciente? Acaso había en aquel espíritu muchas vetas desconocidas para nosotros".[18]

Algunos puntos más, que ya sería prolijidad tratar aquí, toca el

[17] *Op. cit.*, pág. 52.
[18] *Op. cit.*, pág. 55.

estudio de Alfonso Reyes. Más que de la obra poética habla de su autor y más que valoración del poeta es un recuerdo sagaz y profundo, y un homenaje fervoroso. Con todo, y precisamente por ser así, ese estudio es muy importante y, más todavía, en la hora en que fue escrito y hecho público.

La elección del tema de esa conferencia fue inmejorable: Manuel José Othón había muerto muy pocos años antes, luego de haber alcanzado renombre y de ser muy conocido de la gente de letras, y hasta del público en general por ver su nombre y algunos de sus poemas en periódicos y los comentarios de sus últimas apariciones en público; y, por otra parte, desde luego que Othón fue un gran poeta y a todos tenía que parecerles bien que su obra y su personalidad se comentaran en una conferencia. Se explica, pues, que Alfonso Reyes hablara de Othón, además de los motivos personales de conocimiento y aprecio que, desde su infancia, le ligaban al poeta ilustre.

Pero, aparte de todo eso, hoy, para nosotros, en la perspectiva histórica del Ateneo, más nos interesa ver que, en su conferencia, Alfonso Reyes, con la discreción que mantuvo siempre, pero que es admirable encontrarla ya en esa obra juvenil hace resaltar claramente cómo, dentro del acendrado clasicismo literario de Othón, vive el *paisaje mexicano*, tan desdeñado o por lo menos tan poco apreciado y tratado en las letras mexicanas hasta entonces y cuyo hallazgo, en los poemas de Othón, les da un "mérito altísimo", como ya quedó citado en página anterior. Más tarde habrá que recordar esa apreciación y su significado, al examinar la trayectoria y la labor del Ateneo de la Juventud.

Pedro Henríquez Ureña. "La obra de José Enrique Rodó"

Una semana después de pronunciada la anterior conferencia, el 22 de agosto de 1910, el dominicano Pedro Henríquez Ureña leyó un estudio de la obra del uruguayo Rodó, como tercera conferencia del Ateneo de la Juventud.

José Enrique Rodó cumplía entonces 39 años de edad; era, apenas, algo mayor que los más de los ateneístas y, en rigor de igual edad que algunos de ellos, como González Martínez y Rafael López, era coronológicamente un su contemporáneo; pero Rodó tenía, en ese tiempo, ya diez años de fama muy amplia y bien cimentada y lo consideraron, siempre, un maestro.

Nació, José Enrique Rodó, el 15 de julio de 1871, en Montevideo. Allí estudio, primero en un liceo privado y luego en otro oficial. A los 14 años, por la muerte de su padre y la mala situación económica de su familia, empezó a trabajar, haciendo todavía algunos estudios, que definitivamente hubo de abandonar en 1894. Hombre de gran disciplina e inteligencia, fue un autodidacto que forjó su cultura en vastas lecturas y, sobre todo, en profundas meditaciones. Desde 1895 se dedicó a escribir en periódicos y revistas y publicó varios ensayos que culminaron, en 1900, con la aparición de *Ariel*, que inmediatamente obtuvo gran resonancia en todo el mundo de habla española, dándole un renombre definitivo. Alternaba ocupaciones en la dirección de la Biblioteca Nacional de su país y algunas cátedras, con actividades políticas, fue tres veces diputado y tuvo otras comisiones oficiales, pero continuaba colaborando en periódicos uruguayos y argentino; en 1909 publicó otro libro, *Motivos de Proteo*, que reafirmó su gran prestigio.

Hasta allí llegaba la brillante carrera de José Enrique Rodó, en el momento en que lo estudia y habla acerca de su obra Henríquez Ureña, en la conferencia mencionada, que adelante se comentará. Pero no sería pertinente dejar trunca esta información sobre el sujeto tema de la conferencia pues, como en los casos anteriores y los que siguen, he creído que no es superfluo sino útil hacer estas síntesis, porque al correr de los tiempos a veces se ha opacado el brillo y la resonancia de ciertos asuntos, como éste de Rodó y su obra, y no se entendería bien la importancia de algunas de aquellas conferencias del Ateneo sin refrescar el recuerdo preciso de sus temas. Perdón por la digresión precedente, y continuemos con los datos sobre Rodó.

Poco más tarde, luego de *Motivos de Proteo*, siguiendo la misma trayectoria de político y escritor, en 1913 publica otro volumen de ensayos, *El Mirador de Próspero*. Al estallar la Primera Guerra Mundial, en 1914, escribe en pro de los aliados; por eso, en 1916, una importante revista de Buenos Aires le nombra corresponsal en Europa; después de una impresionante serie de homenajes de despedida, se embarca Rodó el 14 de julio. En su viaje escribe una serie de artículos y ensayos, sobre todo de su recorrido por Italia, donde su salud va quebrantándose seriamente, desde fines de ese año de 1916 y comienzos del siguiente. En abril, ya muy mal, llega a Palermo y allí muere el 1° de mayo de 1917.

"Con *Ariel*. . . llega la fama de Rodó de modo fulminante, y se extiende su inmediata influencia por toda Hispanoamérica. La

lectura del drama filosófico *Calibán*, de Renán, dio a Rodó la idea de tomar de *La Tempestad*, de Shakespeare, los símbolos para su ensayo. El mensaje del maestro Próspero a la juventud representada por sus jóvenes discípulos, en el recinto amurallado de libros, presidido por la alada estatua de Ariel, tras un prólogo sobre el carácter y los deberes trascendentales de la juventud, puede descomponerse en tres núcleos fundamentales de cuestiones: la formación integral de la personalidad humana frente a los peligros de la especialización y el utilitarismo; los problemas del difícil relacionamiento entre democracia y cultura, del pueblo y las minorías cultas, de influencia rectora defendida por Rodó; y finalmente la contraposición entre idealismo y sentido práctico, la que se concreta en el caso de los Estados Unidos y la llamada América Latina, problema al que Rodó, como siempre, da una solución armónica: complementadora unión en América del sentido práctico del Norte con el idealismo del Sur. Rodó no abandona en *Ariel* su encadenamiento de generalizaciones idealizadoras. No parte de hechos reales realmente acumulados y examinados, sino de ideas en prolongadas asociaciones dialécticas, y verbalizando continuamente, señala hermosos fines sin concretar nunca los medios para su consecución, por lo que pasado el momentáneo embelesamiento causado por la euritmia de su prosa, al poder y tener que juzgar objetivamente a *Ariel* las generaciones subsiguientes, se descubrió en el famoso ensayo su falta de contenido auténticamente filosófico, concretamente aprovechable."

Consideré imprescindible, o al menos muy conveniente, el anterior párrafo, para informar al lector acerca de un aspecto tan importante de la obra de Rodó, en una sinopsis tan lograda, y con tan buen juicio de dicho autor, en su época y en la actual. No cabe extenderme más sobre el asunto, pero sí, recomendar la lectura completa de ese breve estudio sobre Rodó —el más exacto y conciso de los fácilmente accesibles—, debido a uno de los más hondos conocedores y finos críticos del "modernismo", que fue don Raimundo Lazo.[19]

Comienza Pedro Henríquez Ureña, en su conferencia sobre Rodó, con un alto elogio del escritor en general, pero especialmente del autor de libros, porque el libro "alma escrita", le parece lo más altamente estimable, pero cuyo influjo es aquí inferior respecto a

[19] Raimundo Lazo. *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Colección Sepan Cuantos..., núm. 65, Ed. Porrúa, S.A., México, 1967. págs. 187-190.

Europa: "No es en nuestras sociedades hispanoamericanas —dice— adaptadas sólo a medias a la civilización europea, donde la labor intelectual, donde el libro, pueden revelar plenamente su eficacia. . ." Sin embargo, Henríquez Ureña recuerda las figuras de egregios educadores: Andrés Bello, Sarmiento, Luz y Caballero, Montalvo, Hostos, y pone a los mexicanos Ignacio Ramírez, Gabino Barreda. . . con ellos, el más reciente: José Enrique Rodó, "el maestro que educa con sus libros, el primero, quizás, que entre nosotros influye con sola la palabra escrita".

Refiere y explica, con rasgos certeros, los libros de Rodó: *El que vendrá,* el estudio sobre Rubén Darío, y luego *Ariel:* "habla a la juventud hispanoamericana. . . cómo la fe en nosotros mismos y las prendas del espíritu joven, el entusiasmo y la esperanza, son necesarias en toda empresa trascendental; y cómo, por último, nuestros pueblos hispanoamericanos no deben buscar fuera de sí propios el ideal de su vida. *Próspero* hace dura crítica de la civilización norteamericana, declarándola la menos adecuada para servir de modelo a la nuestra. No define cuáles sean ni cuáles deban ser nuestros ideales; pero el error habría estado en querer definirlos. Ni la vida independiente de la América española permite aun descubrir la síntesis espiritual, la *idea-fuerza* directora de sus manifestaciones, ni menos autoriza a construir, sobre tales inseguras bases, las normas a que haya de ajustarse su desarrollo futuro. . ."[20] Algo más dice sobre tal punto y, a primera vista, extraña que sea tan parco, dedicando al *Ariel* de Rodó poco más de una página. Indudablemente eso se debe a que el conferenciante estaba seguro de que su público, o la parte de público que más le interesaba, conocía el *Ariel,* y Henríquez Ureña no era gente para hablar de lo que todos saben. Ya he dicho que el *Ariel* obtuvo vasta y rápida difusión en Hispanoamérica: la primera edición fue la de 1900, en Montevideo, pero en los diez años siguientes se hicieron, por lo menos, otras ocho ediciones: en Uruguay, en España, en Cuba, en Santo Domingo y en México, lo que para entonces, y aun para hoy, es verdaderamente extraordinario. Samuel Ramos, que estudió bien el tema, dice: ". . .en diez años se hicieron ocho ediciones de *Ariel*. . . (la obra de Rodó) formó, sin duda, una atmósfera favorable a la campaña contra el positivismo que en nuestro continente se inició por 1910. En México el general Bernardo Reyes, Gober-

[20] Pedro Henríquez Ureña. "La obra de José Enrique Rodó", en *Conferencias del Ateneo de la Juventud,* págs. 59-60.

nador de Nuevo León, ordena una nueva edición de *Ariel* que fue la quinta, impresa en Monterrey en 1908. En el mismo año se editó en México por cuenta de la Escuela Nacional Preparatoria la sexta edición. Los miembros del Ateneo de la Juventud de donde había partido la reacción antipositivista, habían leído *Ariel.* En la conferencia del Ateneo, Pedro Henríquez Ureña dedica la suya a examinar la obra de J. Enrique Rodó..."[21]

Pasa a tratar de *Motivos de Proteo,* libro aparecido en 1909, pocos meses antes de la conferencia a que me refiero y que era, sin duda, una novedad que aquí pocos conocerían y menos habrían leído a fondo. "Estamos frente a una nueva concepción de la evolución", dice Henríquez Ureña; habla de la tesis de Hegel y de Spencer, que no acepta, y luego, sí, las de Boutroux y de Bergson, que fueron los filósofos en cuyo pensamiento se nutrió la generación del Ateneo, y pasa a glosar la afirmación básica de Rodó: "Reformarse es vivir", diciendo: "La grande originalidad de Rodó está en haber enlazado el principio cosmológico de la evolución creadora (evidente referencia a Bergson) con el ideal de una norma de acción para la vida. Puesto que vivimos trasformándonos, y no podemos impedirlo, es un deber vigilar nuestra propia transformación constante, dirigirla y orientarla. La *persistencia indefinida de la educación:* he ahí la verdad que no debe olvidarse..." y, adelante: "Pero la personalidad humana es *Proteo.* No lo es sólo en lo individual, por el cambio constante; lo es, en lo colectivo, por la radical diferencia que va de espíritu a espíritu, y en lo individual otra vez, por las muchas virtualidades ignoradas que hay en cada hombre. Así, un campo inmenso de estudio se presenta a los ojos del pensador que quiera discurrir sobre las vías por donde puede encaminarse la acción..." "¿Y los pueblos? Los pueblos también tienen su personalidad, su espíritu, su genio; y cuanto del individuo se dice puede transportarse a ellos." Termina, como es lógico, con un párrafo de encendido elogio a Rodó: "El pensador cuyas ideas he ensayado exponeros, en rápida síntesis, es, ya lo habréis sentido, una de las más nobles figuras intelectuales de nuestra América... Es en suma, un maestro, con la aureola de *misticismo laico* y el ambiente de silenciosa quietud que corresponde a los pensadores de su estirpe. Es de la familia de Epicteto y de Plutarco, de Séneca y de Marco Aurelio, de fray Luis de León y de Raimundo Sebonde, de Emerson

[21] Samuel Ramos. *Rodó.* Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, México, 1943. págs. XIII y XIV.

y de Ruskin, la familia que preside, cobijándola con sus alas de arcángel, el divino Platón".[22]

Es muy posible que algunas partes, no muchas ni las principales, de la conferencia, resultaran abstrusas o de difícil inmediata comprensión para cierto número de los asistentes a ella, como cuando el conferecista expone que Rodó, "inspirándose tal vez en el concepto de la discontinuidad de las series de fenómenos que son objetos de las ciencias abstractas fundamentales, concepto que aparece, aunque con vacilaciones, en la filosofía de Comte, Boutroux se arriesga a discutir la idea de necesidad. En principio, antes de la aparición de la existencia «todo lo posible tiende igualmente a ser; ningún hecho es posible sin que lo sea también su contrario: no hay razón, pues, para que una posibilidad se realice en vez de otra. El ser actual no es, pues, consecuencia necesaria de lo posible: es una forma contingente. El mundo, considerado en la unidad de su existencia real, presenta una indeterminación radical. . .» Después de Boutroux ha llegado Bergson, y atento a la poderosa crítica del maestro, pero atraído también por la inmortal idea del *devenir*, formula una síntesis original: la *evolución creadora*. La evolución, en el sistema de Bergson, parece reemplazar a la necesidad: la aparición constante de los hechos imprevistos, de las contingencias, nace del *devenir;* la evolución *crea*. Sobre una perspectiva indefinida se desarrolla el universo."[23]

Evidentemente, ese era un lenguaje más propio para una cátedra de filosofía que para una conferencia a la que se convidaba al público en general. He querido citar el párrafo como un doble ejemplo: uno, del rigor y nivel de pensamiento que Pedro Henríquez Ureña esperaba, o más bien exigía, de sus oyentes, con razón o sin ella, pero que era, en él, una forma normal de expresión, porque lo era de su pensamiento; y cierto es que tal exigencia se mostraba en toda su tarea intelectual y se proyectaba a los hechos circundantes, como se podrá entrever en algunos juicios suyos que habrá ocasión de mencionar. El segundo propósito de lo citado, es señalar la referencia primordial a las teorías y, en general, al pensamiento, de Boutroux y de Bergson que, por una parte, eran en México una novedad (lo que debe tenerse en cuenta sobre el papel del Ateneo) apenas conocida de unos cuantos y, por otra, que eran las fuentes de que bebieron y se nutrieron los jóvenes del Ateneo, al

[22] Pedro Henríquez Ureña. *Op. cit.*, págs. 67-69.
[23] *Op. cit.*, pág. 62.

rechazar la anterior ideología positivista de sus predecesores, situándose ellos como vanguardia o, más bien, como renovadores del pensamiento y de la intelectualidad en México.

Carlos González Peña. "El Pensador Mexicano y su tiempo"

Esta, que fue la cuarta conferencia del ciclo del Ateneo, dada el 29 de agosto de 1910, y la que la siguió, las consagraron sus autores a dos temas que empezaban a ser tradicionales (de ninguna manera me atrevería a llamarlos clásicos) en las letras mexicanas. Tanto una como la otra de esas conferencias presentan, vistas desde ahora, sesenta y tantos años después de sus fechas originales, ciertas deficiencias que no cabe disimular, precisamente para poder mencionar sus méritos y encontrar un juicio equilibrado. Pero también es indispensable hacer, sobre éso, un breve comentario.

Las principales disciplinas relativas al conocimiento de la literatura, como son la historia, la teoría y la crítica literarias, fueron muy escasamente cultivadas a lo largo del siglo XIX y, generalmente, en forma poco satisfactoria. No quiero citar nombres porque no sería justo hacerlo sin citar, con ellos, los ejemplos suficientes para ofrecer al lector la prueba de lo dicho, y bien se comprende que hacerlo así sería muy extenso y alteraría la índole de este estudio. Esas disciplinas mencionadas, precisamente empezaron a ser atendidas, con nuevo sentido, por algunos de los jóvenes ateneístas: como ejemplos puedo mencionar la *Antología del Centenario* (Imprenta de Manuel León Sánchez, México, 1910, 2 vols.), en la que trabajaron investigando, compilando y valorando el material recolectado, Luis G. Urbina, Nicolás Rangel y Pedro Henríquez Ureña; el otro ejemplo es esta propia conferencia que a continuación se examina, que fue como un ensayo o anticipo, o más bien iniciación, de una más vasta labor que su autor realizaría, quince años más tarde, al escribir su *Historia de la Literatura Mexicana*, publicada en 1928 (que, al presente lleva diez ediciones), iniciando una serie de estudios de tal índole, digo de historia de la literatura mexicana, aunque a veces limitados a ciertas épocas o a ciertos géneros literarios, los cuales han venido sucediéndose en el último medio siglo, en una proporción, diversidad y variedad, que ni remotamente se hubieran soñado en los días del Centenario.

El título y el breve preámbulo, vinculan esta conferencia de González Peña al pensamiento crítico del siglo XIX francés, lo cual, para

el personaje de que trata: José Joaquín Fernández de Lizardi, resultó conveniente y acertado.

"*El Pensador Mexicano*, dice González Peña, es la representación más genuina de su tiempo en nuestras letras; es un precursor; el que, con mayor justeza, aunque en esbozo, trazó el cuadro de la sociedad mexicana de fines del siglo XVIII y principio del XIX, o sea entre el ocaso de la dominación y el alba de la libertad. ¡En sus libros, informes y toscos, palpita el alma de México, del México remoto de nuestros bisabuelos, del México insurgente cuyo recuerdo, transmitido de generación en generación, de padres a hijos, de hijos a nietos, llegó todavía hasta nosotros. . .

"Don José Joaquín Fernández de Lizardi se presenta como un caso único en la literatura nacional. En vano es que se le busque filiación alguna que le identifique con las personalidades literarias de principios del pasado siglo; inútil que quiera derivársele de sus obscuros antecesores o asemejarle a sus contemporáneos en las letras. Escritor popular por excelencia, fue un espontáneo cuyo advenimiento se debió quizá a circunstancias especiales de su época, más bien que a una influencia literaria bien definida y potente."[24]

Eso es, sin duda, cierto y exacto, pero ya no lo es tanto el juicio crítico, más bien, algún otro de los dos o tres juicios que hace sobre Lizardi; los que cito de seguido, aunque no están así en el texto, para evitar digresiones que les quitarían su propio sentido; dice, en ellos:

"Don José Joaquín Fernández de Lizardi no era un artista, en el sentido más alto del término: era el moralista, el apóstol que en el seno de una sociedad corrompida y abyecta por el yugo de tres siglos, pretendía reformar ideas y costumbres, educar almas. Por esto, antes que la sensación de belleza, única razón de ser de la obra de arte, anhelaba dar el consejo moralizador. . .

"Su obra, estéticamente considerada, es algo semejante a un desierto donde el artista en vano busca un oasis. . . ni almas ni paisajes surgían animados de ese soplo divino que el verdadero artista infunde a lo que crea. . .

"Se ha dicho que *El Pensador Mexicano* fue así porque ansiaba penetrar en el pueblo, ir al pueblo. No lo creo. El artista nunca se despoja de su peplo para vestir la blusa plebeya; no empequeñece su obra, porque ello equivaldría a empequeñecerse a sí mismo. . .

[24] CARLOS GONZÁLEZ PEÑA, "El Pensador Mexicano y su tiempo", en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pág. 70.

Ni en la antigüedad ni en nuestros días el escritor, para hacerse comprender del pueblo, ha necesitado rehuir a la grandeza de la idea ni a la suntuosidad de la vestidura. ¿Qué fue Miguel de Cervantes, si no un novelista esencialmente popular? ¿Acaso Shakespeare no pudo enorgullecerse, en vida, de ser el autor más gustado del populacho de Londres? ¿Y ahora mismo, Tolstoi, un moralista, al llevar a cabo su obra herméticamente cristiana, ha descendido por ventura de la cima?

"Don José Joaquín Fernández de Lizardi no hizo arte porque no fue artista, simplemente. La tendencia revolucionaria y ética de su obra tiene, por lo demás, su razón de ser. ¡Fue ética y rebelde, literaria y políticamente hablando, porque la renovación del ambiente en la sociedad y en las letras así lo requería. . ."[25]

Es claro que, en el joven Carlos González Peña, que tenía entonces veinticinco años, estudios regulares hasta Preparatoria y estaba formando su cultura literaria (que llegaría a ser grande) con lecturas y textos que devoraba, en ese joven ateneísta pesaba la ineludible retórica que había aprendido, y que todavía no había tenido tiempo de juzgar a la luz de corrientes más modernas. Es evidente que su concepto del artista, su idea de la belleza como "única razón de ser de la obra de arte", todo eso procedía de bastante atrás, en el fondo, de las ideas estéticas, de los principios y "dogmas" de los preceptistas y retóricos neoclasicistas de mediados del siglo XIX (se recodará que ya quedó expuesta mi convicción del escaso o nulo avance de la teoría y de la crítica literaria en dicho siglo), y sin duda también de esa época procedían esas huellas jacobinas, como del "Nigromante", en que habla de "una sociedad corrompida y abyecta por el yugo de tres siglos", para caracterizar, así, de un plumazo, a la variada, compleja, formativa y fecunda Nueva España, de donde procedemos en tantas cosas y valores, incluyendo este idioma en que escribo y acaso leen los posibles lectores.

Pero acierta González Peña al afirmar que "En el periodismo, mejor quizá que en otro orden alguno de su actividad, resalta con poderoso relieve la personalidad de don José Joaquín Fernández de Lizardi".

Un poco más adelante, en las páginas del estudio que comento, hay un párrafo particularmente curioso: armándose de valor el joven conferenciante, sobreponiéndose al temor de los posibles ataques y, para vencerlos, poniéndose agresivo y retador, todo ello es una

[25] *Op. cit.*, pág. 73.

actitud un poco infantil, pero explicable y por varios motivos valiosa, lanza su verdad, que él juzgaba, sin duda, temerariamente audaz: "La mistificación ha durado un siglo, y no es injusticia derribarla. *Me llamaréis iconoclasta.* ¡*Acepto el nombre!* *Cuatro* generaciones han callado o disfrazado la verdad, y la verdad debe decirse: el *Pensador* fue un mal novelista que no merece el destino de los inmortales por su valor intrínseco, por su representación literaria en el arte nuestro".

No solamente conforme a preceptos clasicistas o neoclásicos, sino con mucho más modernos criterios, es indudable que, como novelista, Fernández de Lizardi presenta muchas y muy grandes deficiencias, y González Peña tuvo toda la razón en decirlo; pero también tiene razón y muestra, además, gran perspicacia, sobre todo habida cuenta del momento en que lo decía, cuando a continuación, afirma: "Su importancia es tan sólo histórica (hoy diríamos, con mayor énfasis, que su importancia es fundamental y primordialmente histórica): ha sido un precursor y un rebelde. Trajo consigo al campo de las letras un género nuevo, desconocido casi y no cultivado en aquel entonces: la novela, en contraposición a la poesía artificial e insincera, conceptuosa y neoclásica que infestara el país desde mediados del siglo XVIII. Substituyó a las decoraciones de trapo de los poemas pastoriles, los cuadros de la vida miserable y ruda del México colonial; a los decires retorcidos y pobres de los poetas, el habla burda y casi bárbara de la plebe; a las huecas comedias de Clorilas y Filenos, las brutales escenas extraídas de la realidad. Fue, en efecto, Fernández de Lizardi, nuestro primer novelador y nuestro primer realista; el que inició el estudio de costumbres en los libros. . ."[26]

No tiene caso insistir, aquí, en detalles de crítica estilística ni en las varias referencias de historia literaria que, por otra parte, dan cuerpo a la exposición de González Peña. Más importa el subrayar la finalidad que persigue, de mostrar la vinculación (aunque, como otras partes de su conferencia él hizo un tanto declamatoria) del *Pensador* a la exaltación de la nacionalidad mexicana.

Al mencionar ese punto juzgo pertinente reiterar que, vuelvo y volveré a repetir que esas llamadas de atención hacia lo nacional, su reafirmación y hasta su exaltación ,estaba *muy distante, en todos* aspectos, de ese nacionalismo "chauvinista", estrecho y malsano que luego abundó y hasta por desgracia sigue proliferando, sino que al

[26] *Op. cit.*, págs. 74 y 75.

contrario, en todos los ateneístas, ese hacer resaltar lo nacional, en el paisaje, en la pintura de costumbres, en el ideal y en los propósitos, era un nuevo y saludable enfoque de la cultura, para sacarla del frasco aséptico del arte-purísimo "fin de siècle" y traerla al ambiente real y vital que juzgaban, con razón, que era en el que debía vivir la verdadera cultura de nuestros pueblos de Hispanoamérica.

Así hay que tomar ese párrafo final de la conferencia de Carlos González Peña, que dice:

"Don José Joaquín Fernández de Lizardi está consagrado en la memoria de la posteridad, porque fue un representativo, una personalidad tipo, nacida cuando las circunstancias ambientales así lo reclamaban..." y termina pidiendo que sepamos recordar "al colaborador entusiasta de nuestros héroes; al supremo patriota que, cuando pretendió revestir la clámide del artista, vivió por el pueblo y para el pueblo, y en su existencia, que señalan en la historia de nuestra primera revolución fanfarrias triunfales, supo anteponer al de la belleza y al de los hombres un amor, un grande, un inmenso, un infinito amor: ¡el amor santo de la patria! [27]

José Escofet. "Sor Juana Inés de la Cruz"

Recordando las reuniones del Ateneo de la Juventud, Carlos González Peña, escribía: "Pepe Escofet repasaba, en suma, pronto a dárnosla a conocer, las cuartillas de una novela de su nativa Cataluña evocada desde México..." Cuatro o cinco años después de su breve actuación en el Ateneo, Escofet regresó a su patria; no sé si volvió más tarde a México. Pero, sin duda, vivió aquí algunos años, le interesaron nuestras letras y las estudió; los ateneístas lo estimaban y le encomendaron una de las conferencias del Centenario, la quinta, que fue el 5 de septiembre de 1910, con el tema de la monja poetisa del siglo XVII.

En las primeras páginas de su estudio, el señor Escofet, tras de dar unos cuantos datos biográficos de Sor Juana, pasa a referirse a la historia de la época en que vivió y, con más detalle, a lo que fue su momento literario: predominio del culteranismo y del gongorismo, repitiendo no pocos de los asertos basados en la incomprensión que, sobre dichas tendencias, privó a todo lo largo del siglo pasado, por el criterio neoclasicista o academista que imperó desde fines

[27] *Op. cit.*, págs. 80 y 81.

del siglo XVIII. En realidad, todo éso, que es muy explicable, no tiene hoy para nosotros ninguna importancia; en cambio, sí la tienen los atisbos y apuntes, mucho más personales planteamientos y consideraciones de la obra y, sobre todo, de la personalidad de la poetisa, todos los cuales, hace tres cuartos de siglo, eran tan nuevos y originales que admiran y son, a mi juicio, los que dan verdadero interés y valor a esa conferencia y, con ella, como habrá ocasión de repetir, al ciclo mismo de tales exposiciones primigenias del Ateneo de la Juventud.

Comienza, así, a apuntar el propósito o finalidad de su estudio:

"En una misma composición de la monja jerónima, se encuentran versos bellísimos y del más puro estilo clásico, al mismo tiempo que otros de un mal gusto evidente; y así es de creer que hubo en Sor Juana, como único pecado poético, la mala influencia de la época en que vivió, como ya tanto se ha dicho, pareciendo más postizas las falsas galas en sus versos, que prestadas las riquísimas joyas que les dan su mérito verdadero. Ello quiere decir que debe buscarse la personalidad de la poetisa en aquellas de sus poesías donde la sencillez y la sinceridad ofrecen más fácil y perdurable el encanto; pues se entiende que no siempre la afición y la aptitud están de acuerdo, y pudo Sor Juana ser muy aficionada al gongorismo y hacer clásicos sus mejores versos; que siempre ha sido la verdadera poesía la que brota espontánea del sentimiento y no la que quiere ser buena precisamente por haber sido rebuscada.

"Sería *interesantísimo* seguir paso a paso la psicología de Sor Juana Inés a través de sus versos, que siendo la poesía la expresión de intuiciones por medio de la palabra rítmica, nada más fácil que guiarnos por esas intuiciones hasta llegar al alma de la poetisa. Mas ello habría de resultar labor larga y propia de un voluminoso libro, y yo tengo que sujetarme a las exigencias de la concisión y casi del impresionismo.

"Poco sabemos de la vida de Sor Juana en su realidad psicológica, que es lo que más puede interesar a los artistas. . ."

Hace alguna referencia a la famosa carta que Sor Juana dirigió al Obispo Santa Cruz, pero *no la aprovecha tanto como debiera*, tal vez por lo ya dicho de que procuraba llegar a conocer el alma de la poetisa por el examen de sus versos. Menciona, como todos los de su tiempo, los juicios de Menéndez y Pelayo y de don José María Vigil, con gran respeto, pero en seguida se atreve, y éso es lo diferente y loable, a apartarse de ellos y continuar el desenvolvimiento de sus propias ideas. Dos o tres párrafos nos las muestran:

"Se ha querido presentarnos a Sor Juana como una monjita ingenua en su mismo amor al estudio, no aficionada a las nimias ocupaciones de la vida conventual, mas tampoco desdeñosa para el cumplimiento estricto de sus deberes religiosos; a quien pudo molestar la cándida sencillez de sus compañeras de clausura, que la importunaban consultándole cosas insignificantes, pero que vivió siempre bajo la influencia de esos tiquis miquis monjiles que sirvieron a nuestros clásicos para inventar episodios picarescos. Una seráfica jerónima compartiendo sus horas entre la lectura de libros graves, la confección de dulces genuinos del monasterio y las prácticas del coro; una monja sabia, pero, al fin, mujer inexperta, sujeta a todas las preocupaciones de su época y a todas las limitaciones espirituales del convento; acaso inconsciente —a pesar de su cultura filosófica— de que tenía abierta el alma para recibir, junto con los ideales santos, grandes amores terrenos y ambiciones de felicidad humana y de perfección humana también.

"¿Fue así Sor Juana Inés de la Cruz? Sus versos son contradictorios y hasta, en ciertos momentos, revelan un fondo de amarga duda, como, por ejemplo, cuando dice:

Si es para vivir tan poco,
¿de qué sirve saber tanto?

"Aquí hay una queja contraria a sus sentimientos religiosos, algo que es esa filosofía positiva y espontánea que nace de la visión amplia y segura de la realidad. No es aventurado suponer en Sor Juana un rebuscamiento interior hecho tenazmente y consecuencia de una imaginación y una sensibilidad sobreexcitadas. El rebuscamiento excesivo conduce a la duda, cuando la sensibilidad lo dirige y la imaginación lo complica. Es posible que nuestra admirada poetisa no llegara a descubrirse *entera* nunca a sí misma, precisamente por estudiarse demasiado, o mejor dicho, por *psicologar*, si vale decirlo así, con demasianda imaginación. ¡Ah, pero porque soñó mucho y sintió mucho escribió versos!"[28]

Algunas de las proposiciones de Escofet son discutibles, o por lo menos sería deseable que hubiesen sido más explicadas. Dice, por ejemplo: "¿Hemos llegado a la conclusión de que el misticismo de Sor Juana era y fue siempre artificial? Yo así lo creo..." Para saber lo que, exactamente quiso decir, sería preciso conocer (lo que,

[28] José Escofet. "Sor Juana Inés de la Cruz", en *Conferencias del Ateneo*, págs. 88, 90 y 91.

desde luego, es ahora imposible) qué sentido y qué amplitud daba a "misticismo", término que hace mucho se ha venido empleando tan diversamente, que muchas veces es difícil entender bien lo que se ha querido significar con él. En un excelente estudio, muy reciente y creo que conocido de muy pocos, tratando del misticismo en la obra poética de Amado Nervo, dice Monseñor Octaviano Valdés: "La manifestación verbal del hecho místico, considerado en su sentido propio, es el idioma que muy pocos han hablado en espiritual y misteriosa aventura de comunicación inmediata y amorosa con Dios: San Pablo, San Francisco de Asís, San Juan de la Cruz, Teresa de Jesús. El misticismo, aceptable en sentido amplio, que se atribuye a Nervo, al Verlaine de *Sagesse*, a Concha Urquiza, es la inquietud religiosa, la agonía del hombre que busca, presiente y teme el abrazo de Dios. . ."[29] Mística, en sentido pleno y estricto, como Santa Teresa o San Juan de la Cruz, sin duda no lo fue nunca Sor Juana, ni en su poesía ni en su personalidad anímica, pero de su intensa y sincera religiosidad, absolutamente no es posible dudar.

Con justicia y acierto, afirma Escofet: "Fue, pues, un espíritu inquieto, esclavo de su misma inquietud, que cruzó por la vida buscando lugar donde posarse y sin encontrarse definitivamente. . .", y añade, debilitando y renunciando su indagación por un impulso más lírico: ". . .acaso fuera fácil encontrarle una definición psicológica, que no busco porque soy enemigo, cuando se trata de poesía y de poetas, de los caracteres rotundamente definidos. Nunca dejará el misterio de ser atractivo, y cuando el misterio, un misterio de poesía, aletea en unos versos o en la vida de una mujer, se convierte en encanto".[30]

Errores de crítica los hay, en esa conferencia, como decir que la comedia de Sor Juana *(Los empeños de un casa)*, es equiparable a las de Ruiz de Alarcón y a las mejores del teatro español del siglo de oro; pero más importante fue que el conferencista incitara al mejor y mayor conocimiento de la poetisa, por medio de la publicación de sus obras y la lectura de ellas por todos. Dice:

"Bien podría la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes honrar la memoria de Sor Juana Inés de la Cruz, tomando de su cuenta la reimpresión de sus obras completas, o de las mejores de sus poesías cuando menos. . . Las ediciones antiguas son caras, y las modernas, propiamente llamadas económicas, están tan llenas de

[29] OCTAVIANO VALDÉS. *Amado, Manuel José y otros exámenes.* Ed. Las Hojas del Mate, México, 1978.

[30] ESCOFET. *Op. cit.*, págs. 90-92.

erratas, que constituyen un "falso testimonio" levantado a quien no existe ya para defenderse. . .

"Y ahora, para terminar, diré que acaso no se lee en México a Sor Juana todo lo que se debe, considerando el mérito extraordinario de sus obras y las circunstancias de ser éstas la más legítima gloria histórica de la literatura mexicana. La cultura nacional requiere el conocimiento de cuanto, en ciencia y en arte, tiene el sello propio de la patria; y es de un valor doble, como las joyas de arte antiguo, todo aquello que suele constituir una tradición literaria, uno de los dones más preciados con que puede adornarse la historia de un pueblo."[31]

Además de ese llamado a estimular la verdadera cultura mexicana, que participa y coadyuva en la labor cultural del Ateneo, el mayor mérito de la conferencia de José Escofet, lo que la hace digna de la mayor atención, es su propósito, o al menos su intención, de tratar de inquirir y entender la personalidad auténtica de la poetisa; es éso lo que es excepcional o lo era hasta ese momento de septiembre de 1910; éso fue importante, independientemente de que haya avanzado mucho o poco (claro que fue poco) en tal cuestión; pero el sólo hecho de plantearla y tratar de acometerla, es ya un aspecto nuevo, profundo y trascendente.

Es un grande y profundo problema, que solamente más tarde han ido acometiendo diversas plumas, con mucho mayor trabajo, tiempo y preparación de los que podrían haberle consagrado los jóvenes ateneístas. Basta citar, entre los que han incidido en el tema, nombrando casi al azar mexicanos y extranjeros, los estudios de Ezequiel Chávez, Genaro Fernández Mac Gregor, Karl Vossler, Ermilo Abreu Gómez, Ludwig Pfandl, Robert Ricard, Francisco de la Maza, Pedro Salinas y varios más. A todos esos nombres de sorjuanistas ilustres precedió, en un inteligente atisbo, señalando el interés del asunto, el acierto de uno de los miembros del Ateneo de la Juventud, en septiembre de 1910.

José Vasconcelos. "Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas"

Ultima del ciclo de conferencias del Ateneo, pronunció José Vasconcelos su conferencia, el 12 de septiembre de 1910.

En carta ya mencionada, y que irá citada más tarde, dijo Pedro Henríquez Ureña, en 1913: "Conferencias del Ateneo. Credo del

[31] *Op. cit.*, págs. 95-96.

Ateneo formulado en la conferencia de Vasconcelos, que no debe dejar de mencionarse..."[32] Cumpliendo esa recomendación, algo más que mencionarla se hace en estas páginas.

Comenzó Vasconcelos su conferencia, diciendo que no trataría de la "obra social" de don Gabino Barreda, ya discutida. Sin duda se refería a los discursos que revisaron y elogiaron la obra de Barreda, en el gran homenaje que le fue tributado en marzo de 1908, es decir, dos años y medio antes de las palabras de Vasconcelos, homenaje del cual se hizo mención páginas atrás del presente estudio. Por eso mismo, decía Vasconcelos, que en su propia conferencia, como mejor tributo, señalará "cuáles de sus enseñanzas (de Barreda) han tenido valor procreativo". Reconoce que, en su momento, fue un renovador y que "relacionándolas con el pensamiento libre de Europa, puso generaciones enteras en aptitud, no sólo para ser asimiladoras de la cultura europea, sino para que sobre el asiento firme que proporciona una educación de disciplina sólida, desarrollasen las propias virtualidades especulativas y morales..." Menciona, brevemente, los principios del positivismo sobre cuatro problemas filosóficos fundamentales: el del conocimiento, el cosmológico, el de los valores y el psicológico.

Por otra parte, él se siente orgulloso de su posición renovadora: "nos ha tocado en suerte, a los hombres de la actual generación, vivir en un tiempo que, lejos de comentar sin fruto el pasado, los espíritus ahondan con impulso propio el ministerio fecundo; edifican la novedad que ha de ser expresión, y de esta manera el ideal se realiza..." Luego se pregunta, pero con interrogación meramente retórica: "¿Estamos seguros de haber excedido nuestro momento anterior? ¿Seremos realmente de los que asisten a las épocas gloriosas en que los valores se rehacen?, ¿o es sólo un vigor de juventud el que nos hace amar nuestro presente y nos lo hace aparecer más fecundo que el pasado?" La seguridad de su pensamiento, personalmente propio y colectivamente de su grupo, es completa; lo dice con orgullo y, en contradicción con sus anteriores elogios a Barreda (lo cual no es raro sino, al contrario, típico de Vasconcelos) y con evidente menosprecio a la Escuela que Barreda fundó, dice: "Creo que nuestra generación tiene derecho de afirmar que debe a sí misma casi todo su adelanto; no es en la escuela donde hemos podido cultivar lo más alto de nuestro espíritu. No es allí, donde aún se

[32] ALICIA REYES. *Genio y figura de Alfonso Reyes.* Ed. Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1977. págs. 40-41.

enseña la moral positivista, donde podríamos recibir las inspiraciones luminosas, el rumor de música honda, el misterio con voz, que llena de vitalidad renovada y profusa el sentimiento contemporáneo. El nuevo sentir nos lo trajo nuestra propia desesperación; el dolor callado de contemplar la vida sin nobleza ni esperanza..."[33]

El resorte, el impulso para el salto hacia esa renovación, lo encontraron, según el conferencista, en Schopenhauer, desde luego en Nietzsche y, curiosamente, según él, en la música de Wagner; después, cita y se apoya largamente en Bergson. Vasconcelos, al decir tales cosas, utiliza el plural, dando a entender que eso correspondía al sujeto colectivo que antes ha llamado "nuestra generación", pero yo no creo que todo lo que afirma pudiera, ciertamente, extenderse al grupo del Ateneo; yo estoy seguro que muchas de sus ideas y motivaciones corresponden, exclusivamente, y así deben de ser consideradas, al propio Vasconcelos.

De Nietzsche es el ademán de rebeldía y de negación, hasta de una propia doctrina, como tal: "A fin de salvar la responsabilidad tremanda del que propaga sistemas que quizá omiten nociones fundamentales, uno de los maestros más sinceros y más altos, el trágico Zaratustra, enunció su inmortal arenga que es hoy el credo pedagógico del filósofo: «Amigos míos, es indigno de mi enseñanza quien acata servilmente una doctrina; soy un libertador de corazones; mi razón no puede ser vuestra razón: aprended de mí el vuelo de águila». El enunciando de Schopenhauer: el mundo es mi voluntad y mi representación, le parece a Vasconcelos "el germen de toda la edad moderna", y luego le inspira esta curiosa y, para mí insensata, proposición: "El antiintelectualismo de Schopenhauer y la música de Wagner, dos expresiones de lo ininteligible, son las fuentes de la riqueza que ostenta el espíritu moderno".[34] Afirmación tanto más sorprendente si se recuerda que, años más tarde, en su *Estética*, exalta como supremos valores de la música a Mozart y a Beethoven, y que Wagner queda en muy segundo lugar; pero, en fin, todo esto significa lo que bien sabemos: que Vasconcelos fue siempre, y en todo, arbitrario y contradictorio, y no cabe juzgar al Vasconcelos de 1910 por el de 1930 ni viceversa. Aquí, seguiremos examinando, por ahora, su conferencia del Ateneo.

Tras una secuencia de necesarios antecedentes y explicaciones que, naturalmente, no cabe ni sintetizar en estas líneas, un párrafo

[33] José Vasconcelos. "Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas", en *Conferencias del Ateneo*, pág. 102.

[34] *Op. cit.*, pág. 103.

fundamental del pensamiento de Vasconcelos, y ya con los términos que habrían de reiterarse en otros escritos, es el siguiente:

"El concepto hondo, el concepto dionisíaco de que una corriente de infinitas potencialidades recorre lo íntimo de nuestras vidas... nos lleva a estimar en el más alto grado la originalidad personal, el propósito de escudriñar dentro de nosotros y modelarnos según la tendencia más honda y persistente que la reflexión nos descubre. De allí, como la voz misma de ese ser que en la música tomaba las formas más inquietantes, nació el *sé tú mismo* de Ibsen, ese afán de no ser reflejos de otra vida o de otras acciones, sino de saber lo que significa un verdadero *nacimiento* entre la multiplicidad y la riqueza del mundo. Este anhelo implicaba la necesidad de ser sincero, a fin de conocer cuándo realmente hemos alcanzado la nota personal, la única, la que no volverá a sonar igual en la existencia, porque uniéndose después al concierto del universo y enriquecida con las creaciones posteriores, irá siempre modificándose, mientras la evolución de las cosas hacia el querer, la no forma y la atelesis se completa. La sinceridad con nosotros mismos, la aceptación franca de los hechos, han adquirido de esta manera una importancia capital en nuestra ética contemporánea. Estas cualidades viriles y la fe en un mejoramiento indefinido, son los rasgos predominantes del ideal moral de nuestros tiempos, y asentada en esta actitud de lucha y de confianza, surge en nosotros la certidumbre creciente de un ideal en que ha triunfado el espíritu." Y, adelante: "Si brevemente reflexionamos en los actos de los hombres, vemos, que así como los fenómenos materiales obedecen a una ley rigurosa de economía de esfuerzo, la ley correspondiente en el orden biológico es el egoísmo con su extensión de la misma índole, el altruismo y la caridad en nombre de un Dios que premia nuestras acciones. Todo, absolutamente todo, en intención y en obra, tiende al aumento del bienestar y el poder del individuo; mas en esta ley circular en que todo, partiendo del centro, va a la periferia para volver al centro, en este movimiento fatalmente centrípeto, hay una excepción: el acto propio y sinceramente desinteresado, sin amor y sin piedad, heroico sin propósito, difundido sin término". Proposiciones que se ligan, afirmando varios párrafos después: "La libertad que ha venido apartándonos gradualmente del dominio de las leyes fenomenales, tenderá a llevarnos cada vez más lejos, al orden antitético, a la ausencia total de finalidad, se hará *desinterés*".[33]

[33] *Op. cit.*, págs. 107-109.

No es posible entrar, aquí, en exposiciones ni explicaciones prolijas, pero sí cabe señalar que, en aquellas páginas, de donde provienen los párrafos citados, está la semilla, pero ya en germinación y apuntando el crecimiento determinado y específico de la planta, digamos así, del pensamiento vasconceliano y también del de Antonio Caso; porque lo que Vasconcelos dice: egoísmo y economía de esfuerzo, altruismo y caridad, acto desinteresado y sin finalidad, son indudablemente el germen de la filosofía que, años después, expondrá Antonio Caso en su libro *La existencia como economía, como desinterés y como caridad.* Sin duda así lo veía, así lo intuía, a fines del año de 1913, Pedro Henríquez Ureña, en su acertada frase: "Conferencias del Centenario, credo del Ateneo formulado en la conferencia de Vasconcelos. . ."

De esa conferencia, para tener alguna mejor idea y, casi diría "sabor" de ella, parece necesario citar dos párrafos más en los que su autor, sintetizando su posición ya expuesta, dice:

"Con la prudencia que las normas anteriormente estudiadas aconsejan, hemos procurado recibir las nuevas ideas. El positivismo de Comte y de Spencer nunca pudo contener nuestras aspiraciones; hoy que, por estar en desacuerdo con los datos de la ciencia misma, se halla sin vitalidad y sin razón, parece que nos libertamos de un peso en la conciencia y que la vida se ha ampliado. ¡El mundo que una filosofía bien intencionada, pero estrecha, quiso cerrar, está abierto, pensadores! Dispuestos estamos para acoger toda gran novedad; mas habituémonos a ser severos, en nombre de la seriedad del ideal. . ."

Termina con frases que no puedo menos que llamar muy vasconcelianas, con paradojas y también algún descuido de lenguaje, con optimismo y orgullo:

"Abiertos y misteriosos son los grandes sistemas, inacabados siempre, porque aun los más rigurosos desde el punto de vista dialéctico terminan en un estado de ánimo inaprehendible y por eso abierto a meditación sin fin. Puede considerarse que este final mutismo revela un fracaso, ¿por qué se muestra tanto temor por este accidente? ¿El fracaso no es la prolongación de la vida, el aplazamiento de nuestro triunfo, el golpe que nos vence, pero que es incapaz de matar el impulso? Cuando el propósito no se cumple, la fuerza, si perdura, conserva un potencial que la hará volver una y más veces a intentar la acción: así cada derrota hace más larga una lucha tenaz. Otros intentarán lo que no logramos y nuestro querer revivirá. Es una anticipación de la inmortalidad imaginar que otros y otros repetirán nuestra acción en el remoto porvenir. En

cambio, el éxito es estéril y mediocre, se acomoda con el instante, muere con él, no suscita ni anhelos ni virtudes. Lo que se trunca por alzarse demasiado, conserva vigor en las raíces para recomenzar el asalto de la altura. La columna rota es el símbolo de un esfuerzo que aguarda otro mañana para volver a bregar. Obras sin concluir llaman a las generaciones futuras, nos hacen pensar en que la labor inconclusa se completará con los datos que aún no nos vienen, que guarda el destino. Y en el extraño dolor de la espera, un vislumbre del porvenir, rápido y trágico, muestra lo que nos falta inaprehendible y lejano: sentimos la inutilidad de nuestro individuo y lo sacrificamos en el deseo de lo futuro, con esa emoción de catástrofe que acompaña a toda grandeza."[86]

Esas seis conferencias antes examinadas fueron editadas limpiamente: *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. Imprenta Lacaud, Callejón de Santa Inés 5, México, 1910. En la tercera página, esta dedicatoria: "Al Sr. D. Pablo Macedo, respetuosamente dedica la edición de estas conferencias El Ateneo de la Juventud". Con la edición de ese folleto terminaron las actividades del año 1910.

* * *

La inquietud política

Después de las conferencias "del Centenario", en los años de 1911 y de 1912, el Ateneo prosiguió viviendo en las actividades de las sesiones de cada semana, pero sin los brillantes actos públicos como los pasados, que parecen haber sido su etapa de mayor brillantez —fugacísimo esplendor—, aunque, en contraste, iba generando, por cuanto a sus miembros que lo formaban, aunque no como institución directamente, otros organismos culturales como la Facultad de Altos Estudios y la Universidad Popular.

La realización y experiencia de aquellas brillantes conferencias públicas de 1910, ya no fue posible repetirlas en el año siguiente. Por motivos políticos, sumamente graves, que hoy podemos apreciar acaso mejor —por la perspectiva histórica— que en aquellos mismos momentos, el ambiente de la capital no era propicio para grandes actos culturales. Es cierto, como antes dije, que las reuniones del Ateneo seguían su curso, más o menos como las pintó González

[86] *Op. cit.*, págs. 112-113.

Peña, en líneas reproducidas aquí mismo, páginas atrás. Afuera, en la calle, las agitaciones populares iban en aumento; adentro, en sus círculos más íntimos, los jóvenes ateneístas, sobre todo el núcleo central y generador, digamos: Caso, Vasconcelos, Acevedo, Reyes, Henríquez Ureña, Guzmán y media docena más, rodeados de un grupo mucho más amplio y variable en su asistencia, proseguían sus lecturas y discusiones de acendrado intelectualismo. Una página, imprescindible, de Alfonso Reyes, da idea muy clara de ese contrastado ambiente, exterior e interior en que ellos vivían:

"Han comenzado los motines, los estallidos dispersos, los primeros pasos de la Revolución. En tanto, la campaña de cultura comienza a tener resultados. . . La pasión literaria se templaba en el cultivo de Grecia, redescubría a España —nunca antes considerada con más amor ni conocimiento—; descubría a Inglaterra, se asomaba a Alemania, sin alejarse de la siempre amable y amada Francia. Se quería volver un poco a las lenguas clásicas y un mucho al castellano; se buscaban las tradiciones formativas, constructivas de nuestra civilización y de nuestro ser nacional. Rota la fortaleza del positivismo, las legiones de la filosofía —precedidas por la caballería ligera del llamado antintelectualismo— avanzaban resueltamente. Se había dado una primer sacudida en la atmósfera cultural. En regiones muy diferentes y en profundidades muy otras, pronto se dejaría sentir en todas las partes el sacudimiento político.

"Aquella generación de jóvenes se educaba, como en Plutarco, entre diálogos filosóficos que el trueno de las revoluciones había de sofocar. Lo que aconteció en México el año del Centenario fue como un disparo en el engañoso silencio de un paisaje polar: todo *el circo de glaciales montañas se desplomó y todas fueron cayendo* una tras otra. Cada cual, asido de su tabla, ha sobrenadado como ha podido; y poco después los amigos dispersos, en Cuba o en Nueva York, Madrid o París, Lima o Buenos Aires —y otros de la misma México— *renovaban las aventuras de Eneas, salvando en el seno* los dioses de la patria. ¡Adiós a las noches dedicadas al genio, por las calles de quietud admirable, o en la biblioteca de Antonio Caso, que era el propio templo de las musas! Preside las conversaciones un *busto de Goethe, del que solíamos colgar sombrero y gabán, convir*tiéndolo en un convidado grotesco. Y un reloj, en el fondo, va dando las horas que quiere; y cuando importuna demasiado se le hace callar: que en la casa de los filósofos, como en la del *Pato salvaje, no corre* el tiempo. Caso lo oye y lo comenta todo con intenso fervor;

y cuando a las tres de la madrugada, Vasconcelos acaba de leernos las meditaciones de Buda, Pedro Henríquez Ureña se opone a que la tertulia se disuelva, porque —alega— la conversación apenas comienza a ponerse interesante.

"Conviene saber que, para esa fecha, nuestras reuniones nocturnas del barrio de Santa María comenzaban a inquietar al genderme. Lo que nos llenaba de orgullo, recordándonos a los poetas "lakistas", que salían al campo para charlar a sus anchas, que se hacían por eso sospechosos, y de quienes dicen los testimonios policiales que sin duda se sabían vigilados, porque con frecuencia se les oía nombrar al "espía narigudo" (Spinoza, pronunciando a la inglesa). Los cuatro amigos pasábamos las noches de claro en claro, entregados a estudios y discusiones. Vasconcelos estaba francamente comprometido con los conspiradores. Entre burlas y veras, pedí a Vasconcelos que, cuando partiera a la revolución, me dejara en prenda su magnífica *Encyclopaedia Britannica* para, en su ausencia disfrutarla. Una mañana, al abrir los ojos, me encontré con los volúmenes alineados sobre mi mesa: Vasconcelos había partido. E hice pasar la contraseña convenida entre los compañeros: "Mambrú se fue a la guerra".

Por su parte, Vasconcelos, veinte años después, recordaba: "Las dudas se adormecían con las discusiones seudofilosóficas de nuestro cenáculo literario. Caso seguía siendo el eje de nuestro grupo, pero su carácter apático y a veces insociable no hubiera mantenido alianzas sin la colaboración de Henríquez Ureña. . . En la biblioteca de Caso o en la casa de Alfonso Reyes, circundados de libros y estampas célebres, disparatábamos sobre todos los temas del mundo. Preocupados, sin embargo, de poner en orden a nuestro divagar y buscando bases distintas de las cotidianas, emprendimos la lectura comentada de Kant. No logramos pasar de la *Crítica de la razón*, pero leímos ésta párrafo a párrafo, deteniéndonos a veces en un renglón. Luego, como descanso y recreo de la tarea formal, leíamos colectivamente *El Banquete* o el *Fedro*. Llevé yo por primera vez a estas sesiones un doble volumen de diálogos de Yajnavalki y sermones de Buda en la edición inglesa de Max Müller por entonces reciente. El poderoso misticismo oriental, nos abría senderos más altos que la ruin especificación científica. El espíritu se ensanchaba en aquella tradición ajena a la nuestra y más vasta que todo el contenido griego. El *Discurso del método* cartesiano, las obras de Zeller sobre la filosofía griega, y Windelband, Weber, Fouillée en la moderna, con

mucho de Schopenhauer y Nietzsche por mi parte y bastante Hegel por la de Caso, tales eran los asuntos de nuestro bisemanal departir...

"Mis compañeros eran goethianos y se complacían descubriendo reflejos olímpicos en el busto que guardaba Caso en su estudio. La discusión acerca de los caracteres del hombre grande nos consumía largos ratos. Yo no le perdonaba a Goethe su servilismo con los poderosos y proclamaba a Dante y a Platón como prototipos de la grandeza humana...

"Mis colegas se dejaban llevar de la afición erudita. Y menos malo que la erudición de entonces estuvo dominada por la figura grande de Menéndez y Pelayo. Todos releíamos su *Historia de las ideas estéticas* y *Los Heterodoxos*. Aún no llegaba por América el contagio de los estudios detallistas y formales... Manejábamos ideas preocupándonos de la esencia del pensamiento, más que de la moda de su atavío. Nos preocupaba el ser, no la "cultura". No nacía aún o no nos llegaba esta nueva religión del saber por el saber, más necia que la misma religión de la ciencia que en aquel instante superábamos..."

Pero, al mismo tiempo, y era grave, el ambiente de la calle, de la ciudad, era cada vez menos propicio a la atención y concentración en torno a la cultura. Recuérdese la frase de Reyes, ya citada: "Han comenzado los motines...", y que en esta ciudad no los había habido desde mucho tiempo antes, de modo que apenas los viejos podrían recordalos y la casi totalidad de la población no conocía las agitaciones que empezaban a menudear, y un estado de alarma se propagaba, no sin razón.

La revolución armada, del Norte, se extendía; luego, casi en las inmediaciones de la ciudad de México, se levantaban en armas los peones, encabezados por Zapata. En la capital, aun los más optimistas se desconcertaron cuando el mismo don Porfirio, en su informe al Congreso, el 1º de abril de 1911, habló de las rebeliones y ofreció reformas políticas que, naturalmente, ya eran a destiempo y subrayaban su propia debilidad.

El mes de mayo fue, en la capital, particularmente agitado: por la creciente alarma de muchos, el entusiasmo o esperanza de otros, la desorientación y confusión de casi todos. Noticias de los combates norteños y, finalmente, la toma de Ciudad Juárez por los maderistas; ocupación de varias plazas, por los revolucionarios, en partes muy diversas del país; apoderamiento de pueblos y lugares, en el

Estado de Morelos, por los zapatistas, con hechos que no respondían a tácticas de guerra y sí de auténtica barbarie, independientemente de las causas y finalidades de aquel movimiento. Y aquí, en la capital, motines, gritos, sublevaciones populares o al menos connatos de ellas, y caballos y sablazos de la gendarmería contra las turbas, a treinta metros de la casa residencia del Presidente de la República; todo lo cual habría sido hasta impensable uno o dos años antes. Por último, las renuncias del Presidente y del Vicepresidente, aceptadas por el Congreso. El 31 de mayo, de ese 1911, se embarcó el General don Porfirio Díaz rumbo a Europa; ese día, realmente, terminaba un capítulo de la historia de México, aunque, como siempre en tales casos, el asombro, pesimista en unos y optimista en otros, no les permitiera percatarse que se había traspuesto uno de los lindes de nuestra historia.

Pero tampoco acabó la agitación con la salida de Don Porfirio. Ahora sabemos que, en realidad, apenas había empezado.

Un reticente, desleído y tieso Presidente Interino asume el poder, forma un gabinete con más divisiones que coherencias y convoca a elecciones, para reanudar la marcha política legal. En tales circunstancias, los partidos políticos han proliferado y, por lo mismo, las manifestaciones públicas, propagandas y bullas, siguen removiendo y muchas veces enardeciendo los ánimos de la ciudad.

El 7 de junio llega don Francisco Madero; de la recepción delirante que se le hizo, todos los relatos y las historias escritas y gráficas hablan y no hay para que insistir. Inicia su campaña de candidato a la Presidencia, en ella y en sus triunfos lo acompañan algunos de los miembros del Ateneo, con José Vasconcelos a la cabeza.

Muy pocos días después, en ese mismo junio, regresa, desde Europa, el general don Bernardo Reyes, decidido a reiniciar actividades políticas, con aspiraciones presidenciales. Aunque amenguada su popularidad por aquel exilio que se dejó imponer, en los finales del porfirismo, todavía forma partido y reúne grupos considerables, que los maderistas y otras adversarios combaten y atacan, a veces con gran violencia, públicamente; el clima de peligro y sobresalto existe, desde luego durante la permanencia del general Reyes en México, de junio a septiembre, pero aun más allá, hasta su fallida sublevación, su rendición en Linares y su consiguiente prisión, al terminar el año.

De esos peligros y amenazas, su hijo Alfonso guardó en su diario recuerdos, como estos fragmentos:

"3 de septiembre de 1911. Escribo un signo funesto. Tumulto político en la ciudad. Van llegando a casa automóviles con los vidrios rotos, gente lesionada... Por las escaleras oigo el temeroso correr de la familia y los criados...

"Hace más de un mes que estamos así. Aun las mujeres de casa tienen rifle a la cabecera. El mío está ahí, junto a mis libros. Y éstos —claro está— junto a mi cama...

"...También puedo ver la caseta interior de la servidumbre, ahora ocupada por rancheros y rifleros del norte, gente leal que ha querido a toda costa custodiar de cerca a mi padre...

"Mi interior. Mi gran estante de libros y la escalerilla de mano; mis dos mesas de oloroso cedro; mis viejas cómodas butacas. Pero sé que mi estancia ha de ser transitoria y la casa misma me es ajena.[37]

"Horas después... Todos van llegando, y cada uno cuenta una historia, pero mi padre todavía no regresa... Gran movimiento en las habitaciones y en el jardín. En la azotea de enfrente hay hombres armados. Grupos de policía en las esquinas...

"Mi padre ha llegado al fin. Como está ileso, ya no oigo nada; no quiero saber nada. También he alzado otra fortaleza en mi alma: una fortaleza contra el rencor. Me lo han devuelto. Lo demás, no me importa..."[38]

Recuerdo, de modo impreciso, que en un artículo periodístico de cierto historiador de la Revolución, se hacía burla de que don Alfonso Reyes dijera haber tenido que estar armado, en su casa, en aquellos días de 1911. Pero es indudable que un político importante (el general Reyes había sido, reiteradamente, Gobernador de Nuevo León, Secretario de Guerra, jefe de un partido militante, etc.), y más un candidato presidencial en campaña, siempre corre riesgo y todo ataque puede ser peligroso para él y para sus familiares y personas próximas. Por eso, creo que no deben ser motivo de burlas la inquietud y la zozobra que Alfonso Reyes cuenta.

[37] El mismo Don Alfonso Reyes, en nota al texto citado, señala con precisión que esa casa era la número 44 de la calle de las Estaciones. (Hoy, todo ese rumbo muy cambiado, dicha calle tiene el nombre más largo que la calle misma, de Héroes Ferrocarrileros Revolucionarios.) Allí habitaba él, recién casado con Manuelita Mota y algunos miembros de su numerosa familia; creo que sus padres, el general Don Bernardo Reyes y doña Aurelia Ochoa de Reyes, se alojaban en la casa de su hijo Rodolfo, situada en la calle de las Flores (hoy calle de Díaz Mirón), en la misma colonia de Santa María de la Ribera.

[38] ALFONSO REYES. *Diario 1911-1930.* Ed. Universidad de Guanajuato, 1969. págs. 23-26.

He transcrito párrafos, a veces largos, porque, en vez de resumir en pocas frases, que resultarían incoloras, las condiciones de vida de esos días, me ha parecido preferible que fueran ellos mismos, algunos de los ateneístas, los que con sus propias palabras dijeran algo de lo que pensaron, hicieron y padecieron, por lo menos algunos de ellos, en las circunstancias de ese tiempo, en ese segundo año del Ateneo, que estuvo presidido por Alfonso Cravioto, que también estaba, personalmente, plenamente inmerso en la política de la época.

Capítulo V

LOS DOS ULTIMOS AÑOS DEL ATENEO

El tercer año del Ateneo, de noviembre de 1911 a noviembre de 1912, se desenvolvió, bajo la presidencia de José Vasconcelos, en un clima de creciente perturbación o, al menos, de profunda inquietud política, que no podía menos que repercutir y provocar divisiones y problemas en el propio Ateneo. Así ocurrió con el incidente que suscitó la visita del escritor argentino Manuel Ugarte, en enero y febrero de 1912.

Manuel Ugarte (1878-1951), fue un escritor argentino que gozó de gran renombre que, aun opacado éste un tanto por efecto del tiempo, como ha ocurrido con todos o la mayor parte de los poetas y escritores del movimiento llamado del "modernismo", es, sin duda, en las letras de Hispanoamérica, un nombre altamente respetable. Fue, en su juventud, uno de los últimos "modernistas", que escribió poemas en metros nuevos (llegó a usar versos de quince sílabas, en realidad cinco trisílabos muy bien ritmados), buenos cuentos regionales y, para la época a que voy a referirme, había publicado dos o tres volúmenes de crónicas, artículos periodísticos y una novela o relato. La primera vez que vino a México estuvo aquí muy poco tiempo, muy a comienzos del siglo, tuvo algún trato con su cofrades de la *Revista Moderna*, aquel ilustre órgano de los modernistas mexicanos, y conoció a Luis Urbina, Amado Nervo, Ciro Ceballos, Juan Sánchez Azcona, Jesús Urueta, Julio Ruelas, Rubén Campos, al muy joven Alfonso Cravioto, al ya veterano José Juan Tablada, a don Justo Sierra y a dos o tres artistas que, seguramente, pudo luego tratar más en París que aquí, como Ramos Martínez, Enrique Guerra y Fidencio Nava. Regresó luego a Europa y emprendió una larga campaña periodística, sobre asuntos latinoamericanos, en el importante periódico *El País*, que dirigía en Buenos Aires el doctor Carlos

Pellegrini, después Presidente de la República Argentina, en periódicos franceses como *La Revue Mondiale, Paris-Journal* y alguno más, y todo eso culminó en la publicación de un libro: *El porvenir de la América Latina*, que apareció en 1910.

Todo el afán de Ugarte se fincaba en su profunda preocupación por la situación de los países de la América Latina en sus relaciones políticas, económicas y de todo orden, frente a los Estados Unidos, mejor dicho frente a las disposiciones, argucias, maniobras y controles y el general predominio del gran país del norte. Como se comprende fácilmente, el asunto es demasiado amplio y complejo para ser expuesto aquí, por eso, simplemente como indicación y para orientar al lector acerca de lo que era la preocupación de Ugarte, quiero señalar sólo esto:

La primera Conferencia Panamericana se reunió en Washington (de octubre de 1889 a abril de 1890), por invitación amplia y total del Gobierno americano, y su resultado fue crear una pequeña "Oficina Comercial de las Repúblicas Americanas", que dependía íntegramente del Departamento de Estado de dicho Gobierno; servía para informes y trámites aduaneros y comerciales que, naturalmente, aprovechaban a los Estados Unidos. La segunda Conferencia, en México (octubre de 1901 a enero de 1902), aumentó algunas atribuciones a aquella oficina que, en vez de Comercial, se denominó "Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas". La tercera Conferencia, en Río de Janeiro (julio y agosto de 1906), creó una Comisión Permanente, en vez del Consejo Directivo, que debía reunirse cada mes, siempre en Washington. La cuarta Conferencia fue en Buenos Aires (julio y agosto de 1910), en ella por primera vez se denominó al organismo "Unión Panamericana", dándole funciones algo más amplias que las puramente comerciales, pero el Presidente de dicha Unión seguía siendo el Secretario de Estado del Gobierno de los Estados Unidos y todo residía en Washington, sólo que, desde entonces, tuvo siquiera casa propia, que fue la que todavía vemos, a un costado y cerca de la Casa Blanca, que fue un obsequio del millonario Andrew Carneggie. Otro punto: con la derrota militar, las tropas españolas salieron de Cuba en 1899 y la isla quedó ocupada por las fuerzas norteamericanas del General Leonard Wood; al redactarse la Constitución de la nueva República de Cuba, y luego ratificado como Tratado, en 1903, fue impuesto al nuevo Estado la llamada Enmienda Platt, que cercenaba gravemente su soberanía tanto en el régimen interior como en su manejo internacional, imponiéndole cesiones de territorio, dejando a Cuba en calidad jurídica

casi igual a la que tuvieron los llamados "protectorados" de algunas monarquías europeas en Asia y en el norte de Africa en el pasado siglo. Tercer punto: la República de Panamá (en realidad territorio istmeño segregado a Colombia), nació en los comienzos de nuestro siglo y, cuando todavía ni se aprobaba su primera Constitución y apenas tenía un primer Gobierno Provisional, en 1903, tuvo que aprobar un Tratado que entregaba a los Estados Unidos una zona de territorio de mar a mar, que partía en dos al país, le entregaba otras tierras y aguas, los derechos de defensa y control militar y algunos más, como ha sido recordado en días recientes, en que se ha vuelto a la discusión del problema del Tratado del Canal, como se le ha venido llamando. Aún quedarían por ser mencionadas las exacciones del Gobierno norteamericano en Santo Domingo y en Nicaragua; todo dentro de la primera década de este siglo; pero ya quedó dicho que el problema es demasiado vasto y que solamente he tratado de dar aquí una mínima indicación del mismo.

En tales circunstancias, Manuel Ugarte, luego de publicar su libro antes mencionado, decidió proseguir su campaña en forma de conferencias, que inició en España, en 1910, para continuarlas en diversos países latinoamericanos, predicando, ante todo, la imprescindible necesidad de que nuestros países estuvieran unidos y examinaran, en forma coordinada, sus intereses y su situación, frente a las continuas y sucesivas agresiones armadas, políticas y económicas de los Estados Unidos. Así resume su propósito el propio escritor:

> "La necesidad, cada vez más clara, de contribuir a salvar el futuro de la América Latina, mediante una prédica que despertase en las almas ímpetus superiores y nobles idealismos, capaces de preparar a distancia, si no una unidad como la de Italia o como la de Alemania, por lo menos una coordinación de política internacional, llevó así al pacífico escritor (se está refiriendo a sí mismo) a desertar de su mesa de trabajo para subir a las tribunas y tomar contacto directo con el público." [1]

Persiguiendo tales finalidades, Manuel Ugarte llegó a la ciudad de México el 3 de enero de 1912; en la estación del tren de Veracruz fue recibido por grupos de periodistas, escritores y estudiantes, pero a muchos desconcertó el verlo bajar acompañado de algunas perso-

[1] MANUEL UGARTE. *El destino de un continente.* Editorial Mundo Latino, Madrid, 1923. pág. 37.

nas, ligadas a las esferas del gobierno, como Urueta, Cutberto Hidalgo y otros, lo que dio origen a suponer que elementos oficiales quisieron influir en el ánimo del visitante, lo cual, desde ese momento, inevitablemente dio a sucesos posteriores, tintes políticos.

Manuel Ugarte se alojó en el Hotel Sanz, situado en el número 9 de la entonces Avenida de los Hombres Ilustres;[2] enfermó pocos días y por ello se dijo que se negaba a recibir a los periodistas, pero luego les hizo una visita en el local de su Asociación, presentado por Rodrigo de Llano y José de J. Núñez y Domínguez. Ugarte pidió audiencia y acudió a saludar al Presidente Francisco Madero, presentado por Juan Sánchez Azcona; la entrevista parece no haber sido cordial; tal como más tarde la refirió Ugarte, sería uno de esos diálogos que, en realidad, son dos monólogos porque cada interlocutor sigue su propia idea. Muy pronto empezaron a menudear incidentes causados por manifestaciones de estudiantes y de partidos políticos, y polémicas en los periódicos, sobre todo al saberse que al conferencista se le había negado el Teatro Arbeu y no lograba encontrar local para pronunciar la conferencia que era el motivo de su viaje. Para situar debidamente todo eso, que no puedo detallar, recuerde el lector lo que en páginas anteriores quedó insinuado sobre el "clima" político y cívico que prevalecía en la ciudad de México en 1912.

Por otra parte, este desagradable asunto interesa resumirlo aquí, porque afectó al Ateneo, por causa de lo que en él intervino Vasconcelos, que lo presidía.

Efectivamente, es indudable que el Gobierno de México ejerció presiones y puso obstáculos, tratando de impedir que Ugarte hablara en público, suponiendo, según parece, que esa conferencia perjudicaría las relaciones oficiales con el Gobierno de los Estados Unidos. Los ataques, censuras y toda la campaña adversa a Ugarte, la canalizó el Gobierno por dos medios: el periódico "Nueva Era" y el Partido Constitucional Progresista, que encabezaban visiblemente José Vasconcelos y Gustavo Madero. Vasconcelos hizo, varias veces, declaraciones violentas, como era propio de su carácter, tanto más que sus adversarios públicamente lo acusaron de que su oposición a Ugarte era por estar al servicio de fuertes intereses de los Estados Unidos, porque José Vasconcelos efectivamente era abogado y representante

[2] Ese edificio, en el cual estuvo hacia 1940 la Dirección de Pensiones, ya no existe. En su lugar, en la acera norte de la hoy Avenida Hidalgo, frente a la parte posterior del Palacio de Bellas Artes, se encuentra hoy un gran edificio que aloja al actual Teatro Hidalgo y a oficinas del Instituto Mexicano del Seguro Social.

de muy importantes firmas y hombres de negocios norteamericanos.[3] Se armó dura polémica entre diversos periódicos, casi todos atacando al órgano oficioso del Gobierno y cuando pronto se desataron las manifestaciones callejeras, parece que intervino el grupo llamado "la Porra" y también la policía en choques represivos. Fragmentos de prensa, que van elegidos por breves, dicen:

"El licenciado Nemesio García Naranjo renuncia a ser socio del Ateneo por la conducta que éste sigue con Manuel Ugarte."

"Se organizó una manifestación de simpatía al intelectual argentino que fue suspendida por el Gobierno."

"También se desató una violenta campaña contra José Vasconcelos y el ministro Calero en la que se les dedicó las más acres censuras y los más denigratorios insultos. Los estudiantes de todas las Facultades se reunieron en la sala de actos de la Escuela de Minería para protestar y analizar un editorial de «Nueva Era» que se supone ha sido inspirado por los dos citados señores. Acuerdan echar suertes para que un estudiante se bata a media sangre con Vasconcelos. Se dan mueras a Vasconcelos y a la Porra."

"El día 27 (de enero) Vasconcelos hizo nuevas declaraciones contra los estudiantes que motivaron airadas protestas..."

Finalmente, don Francisco Cardona ofreció el Teatro Virginia Fábregas y allí pronunció su conferencia Manuel Ugarte la noche del 3 de febrero. Todavía hubo un incidente: corte de luz al comenzar, pero la Asociación de Periodistas, que junto con los estudiantes organizó el acto público, rápidamente obligó a la Compañía de Luz y Fuerza a reparar el corte de cables que había hecho "so pretexto de adeudo", según se dijo. Naturalmente, la conferencia titulada "Ellos y nosotros", tuvo un éxito enorme. Ugarte no atacó, propiamente, a los Estados Unidos, sino a determinados actos de su política internacional y, sobre todo insistió en la urgente necesidad de realizar la unión de los países de América Latina como punto indispensable para enfrentarse a aquella política intervencionista. Algunos días después acudió a hacer una ofrenda floral ante el monumento a los Niños Héroes, en Chapultepec, estuvo recibiendo más homenajes

[3] "Puede dudarse de si Vasconcelos era ya o no fuertemente antinorteamericano o antiimperialista hacia 1911. Había estado trabajando para el bufete de Warner, Johnston y Galston... Cuando Madero le ofreció un puesto de Subsecretario de Justicia, el primero de agosto, Vasconcelos no aceptó. Para entonces ya tenía su propio bufete, donde aconsejaba a negociantes extranjeros... entre ellos al extraordinario ingeniero inglés Wheetman Pierson." JOHN SKIRIUS, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*. Eds. Siglo XXI, México, 1978, pág. 16.

y, finalmente, Manuel Ugarte salió de México el 19 de febrero de 1912.

Bien se comprenderá que no corresponde analizar, aquí, el error político que se cometió en provocar y maniobrar como se hizo, ese asunto, que fue escándalo de mes y medio en circunstancias tan difíciles y delicadas como eran las que rodeaban y se iban acumulando en torno al gobierno del señor Madero; pero era preciso relatarlo sintéticamente y explicarlo, por haber estado preponderantemente involucrado en él José Vasconcelos, y porque todo eso no hizo ningún bien sino que, al contrario, contribuyó a ir escindiendo a los ateneístas y también a perjudicar el renombre público y a enturbiar mucho la serenidad y el sosiego que, para los fines culturales que perseguía, eran necesarios al Ateneo.

Así terminó el incidente relatado, pero es muy pertinente añadir un breve epílogo. Se podría suponer que, entre José Vasconcelos y Manuel Ugarte, hubiera quedado enemistad o al menos largo resentimiento; pudo ser así, pero al menos seguramente no lo fue por mucho tiempo, aunque ignoro cómo y cuándo ambos escritores reanudaron su trato. Lo cierto es que, doce o trece años después de los sucesos referidos, cuando ya Vasconcelos había sido y dejado de ser Secretario de Educación Pública, hizo un detenido viaje por Europa, al cual se refiere en el prólogo de su libro *Indología*, en donde cuenta que visitando el sur de Francia, estuvo en Carcassonne, luego en Marsella con el escritor ecuatoriano César Arroyo y, dice: "Después con Manuel Ugarte asistí al carnaval de colores de Niza y Montecarlo. El sol nos obsequió una fiesta de ópalos desleídos en el mar y de bermellones de *beauty shop* en el cielo, con el aderezo de dos o tres arco iris ante el fondo del caserío de cartones pintados, que asciende por las colinas. Y no nos faltó ni la música romántica escuchada bajo las estrellas desde las terrazas del Casino. ¡Oh, *Côte d'azur*, paraíso de todos los rastras, los de la inteligencia y los del dinero! Y esto, es claro no afecta a mi admirado amigo Ugarte, que salió de su retiro fecundo para acompañarme unas horas, después de que hablamos y nos dolimos de toda nuestra América." [4]

* * *

El Ateneo, afortunadamente, proseguía sus labores.

[4] José Vasconcelos, *Indología. Una interpretación de la cultura Iberoamericana*. Agencia Mundial de Librerías, Barcelona, pág. VII.

Por una parte, fue generando actividades, como después veremos; por otra, en sí mismo, aunque siguieron reuniéndose sus miembros, alguna vez unos y alguna vez otros, es indudable que las circunstancias que lo rodeaban, en la vida de México de ese tiempo, habían afectado su estabilidad y su funcionamiento; la prueba está en que se pensó y se hizo una reorganización. ¿Quién o quiénes la proyectaron?, ¿cuándo la decidieron? No lo sé, ni parece haber datos sobre eso, y ya ninguno de los miembros ateneístas puede informarnos; mucho es que nos quede, por fortuna, un muy interesante documento, encontrado por Tikis (Alicia Reyes) en el archivo de su abuelo don Alfonso Reyes, que es imprescindible y valioso reproducir aquí, advirtiendo, previamente, que ya para entonces el "Ateneo de la Juventud", de 1909, había cambiado, discreta y acertadamente, su nombre, desde 1911, según parece, por el de "Ateneo de México", aunque de modo tal vez no oficial, y a éste corresponde tal documento:

"*Estatutos del Ateneo de México*

Capítulo I. De la asociación y sus fines

1. La asociación fundada el 28 de octubre de 1909, bajo el nombre de Ateneo de la Juventud, se reorganiza el 25 de septiembre de 1912 bajo la denominación de Ateneo de México.

2. La asociación durará por tiempo indefinido, no pudiendo disolverse sino por acuerdo de la mayoría de todos sus miembros; y radicará en la ciudad de México, pudiendo extender su acción dentro y fuera de la República Mexicana por conducto de asociaciones e individuos correspondientes.

3. El objeto de la asociación es trabajar en pro de la cultura intelectual y artística. Para llenar este fin, la asociación:

a) celebrará sesiones públicas, en las cuales se dará lectura a trabajos literarios, científicos y filosóficos;

b) organizará discusiones públicas sobre temas escogidos por los socios;

c) publicará una revista;

d) celebrará cualesquiera otros actos y ejecutará cualesquiera otros trabajos cuya realización se discuta previamente y se apruebe por mayoría de votos;

e) establecerá comunicaciones con individuos y sociedades mediante acuerdo tomado por mayoría de votos.

4. La asociación se reunirá una vez al mes para tratar sobre asuntos interiores. Se convocará a juntas extraordinarias cuando la Directiva o la mayoría de los socios lo juzgue conveniente.

5. Habrá en el seno de la asociación cuantas secciones permita el orden de estudios y trabajos a que se dediquen los socios. Los miembros de cada sección celebrarán, cuando lo juzguen conveniente, juntas especiales para el estudio de sus propios asuntos y la organización de discusiones públicas.

Capítulo II. De los socios

6. La asociación tendrá cinco clases de miembros; socios fundadores, socios activos, socios concurrentes, socios correspondientes y socios honorarios.

7. Los socios fundadores son los siguientes: Jesús T. Acevedo, Roberto Argüelles Bringas, Ignacio Bravo Betancourt, Antonio Caso, Luis Castillo Ledón, Eduardo Colín, Alfonso Cravioto, Isidro Fabela, Carlos González Peña, Pedro Henríquez Ureña, Rafael López, José María Lozano, Guillermo Novoa, Juan Palacios, Eduardo Pallares, Manuel de la Parra, Alfonso Reyes y José Vasconcelos.

8. Los socios fundadores tendrán los mismos derechos y obligaciones de los socios activos.

9. Para ser socio activo será necesario que el solicitante envíe a la Secretaría de la asociación un trabajo que se someterá a juicio de la Comisión Revisora. Si el trabajo fuere aprobado, la aceptación del solicitante se hará por mayoría de votos de los socios activos. Por excepción, se podrá ser socio activo mediante la propuesta de uno que ya lo sea y la aprobación por mayoría de votos, siempre que, en opinión de la misma mayoría, los méritos del candidato justifiquen que se le exceptúe de presentar trabajos ante la Comisión Revisora.

10. Los socios activos tienen moción y voto en todos los asuntos de la asociación y pueden tomar parte en todas las reuniones y discusiones.

11. Los socios activos pagarán una cuota mensual de $2.00.

12. En el caso de que un socio activo deje de concurrir a las reuniones de la asociación sin motivos justificados, durante tres meses, se podrá proponer su separación, la cual se decidirá por voto de las tres cuartas partes de los socios activos.

13. El número de socios concurrentes será indefinido. Para ser-

lo, bastará con solicitarlo y ser aceptado por mayoría de votos de los socios activos y de los socios concurrentes ya aceptados.

14. Los socios concurrentes asistirán a las juntas extraordinarias a que especialmente se les convoque; tendrán voto sobre la elección de nuevos socios concurrentes, sobre las inversiones de fondos no previstos como normales en estos Estatutos, y sobre cualesquiera otros asuntos en los que la mayoría de los socios activos acuerde concederles opinión.

15. Los socios concurrentes podrán tomar parte en los actos públicos de la sociedad, mediante aprobación de la Comisión Revisora.

16. Los socios concurrentes pagarán una cuota mensual de $1.00.

17. Los socios correspondientes serán los que residan fuera de la ciudad de México, electos, previa solicitud suya o a propuesta de un socio activo, por mayoría de votos de éstos.

18. Los socios honorarios serán nombrados, a proposición de cualquiera de los socios activos, por voto de la mayoría de éstos. . ." [5]

* * *

Como se puede apreciar, esos Estatutos están incompletos, al menos así lo está el único ejemplar conocido: su artículo 14, por ejemplo, menciona los "fondos no previstos como normales por estos Estatutos", luego debía haber uno o varios artículos sobre el asunto, acaso un capítulo sobre el uso y disponibilidad del capital de la asociación y de sus posibles bienes, formación de una biblioteca tal vez, así otros puntos que tampoco se mencionan y que es presumible que hubieran sido formulados por quien redactó, tan cuidadosamente, los primeros diez y ocho artículos transcritos.

Además, la lista de fundadores, así declarados en el artículo 7, despierta alguna extrañeza, pues lo cierto es que el Ateneo, aunque con nombre levemente distinto, existía desde tres años antes, y entre la lista de 27 nombres, que aparecen como socios numerarios a fines de 1910, es decir que lo eran durante el primer año de vida de la asociación, y los 18 nombres que los Estatutos fechados en 1912, enumeran, hay diferencias, algunas muy difícilmente explicables; todo lo cual hace dudar si ese documento es el testimonio de un proyecto o si llegó a estar vigente.

[5] ALICIA REYES. *Genio y figura de Alfonso Reyes.* Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1976. págs. 42-44.

En fin, supongamos que, en el mejor de los casos, esos Estatutos, fechados, como se ha visto, en septiembre de 1912, fueron discutidos y aprobados a fines de ese año, para regir en lo que debería ser el cuarto año de vida del Ateneo y, naturalmente, los años subsecuentes "por tiempo indefinido" como, optimistamente, lo supone el artículo segundo antes citado.

Pero es indudable que las cosas no fueron como se las había pensado sino muy diferentes, por las tremendas circunstancias que distorsionaban los proyectos y situaciones personales y nacionales. Los gravísimos sucesos de febrero de 1913: la "decena trágica", la subsecuente ocupación de la Presidencia de la República por el General Victoriano Huerta, los asesinatos de los señores Francisco Madero y José María Pino Suárez, luego de sus renuncias a los cargos de Presidente y Vicepresidente de la República, etc., pusieron un paréntesis a las actividades culturales que después se fueron reanudando, pero ya todas ellas más o menos irregulares, tanto por las condiciones que privaban en la vida de la ciudad, como por ausencias de miembros del Ateneo.

En la carta de Pedro Henríquez Ureña, dirigida a Alfonso Reyes, fechada en México en octubre de 1913, que es un cumplido resumen de las actividades de su grupo, don Pedro hace una lista de los miembros del Ateneo; me parece indudable que están allí todos los nombres de los que llegaron a inscribirse (probablemente Henríquez Ureña tenía en su poder archivos del Ateneo y tendría tarjetas o libro de registro de inscripciones o algo así); aunque también me parece indudable que esa lista ya no podía corresponder a la realidad del Ateneo en los finales de ese año de 1913, como luego veremos. Pero es de grandísimo interés, por lo cual es imprescindible y valioso reproducirla aquí. Dice Henríquez Ureña que son sesenta personas las que allí menciona, así es en cuanto a quienes él considera pertenecer al Ateneo, número que se aumenta un poco con otros siete nombres de quienes, por diversos motivos, habían dejado de ser ateneístas, o fueron invitados solamente, como luego se verá.

Ese documento, que es tan importante para nuestro tema, como toda la carta, fue publicado por Alicia Reyes en la revista *Plural*, en 1972,[6]; hoy esa publicación es ya de difícil consulta; por todos esos motivos reproduzco aquí la lista de los miembros del Ateneo, en la forma que considero más fiel y más útil: van exactamente los nombres en el orden tal y como la susodicha carta los pone y exacta-

[6] Alicia Reyes. "Del Archivo de Alfonso Reyes. Correspondencia inédita" Selección y notas. En: *Plural*, núm. 10, México, Julio de 1972, págs. 21-28.

mente en la misma forma en que los menciona, es decir: Henríquez Ureña cita a los miembros del Ateneo pocas veces por sus nombres completos, lo hace, a veces, por el apellido o por uno de los apellidos, aun cuando usaran y han llegado a ser conocidos por dos apellidos, para evitar confusiones como muchas veces lo seguimos haciendo; en ocasiones menciona el puro nombre, por ejemplo diciendo "Martín Luis", a veces englobando en una sola mención las personas de dos hermanos, como en su propio caso. Se comprende bien que eso no significa, propiamente, ni arbitrariedad ni desorden, que sería sorprendente en persona tan rigurosa y metódica como don Pedro Henríquez Ureña; sencillamente hay que recordar que se trata de una carta personal y entre amigos, en la cual esos nombres abreviados no impedían que la lista fuera perfectamente eficaz para información y memoria de Alfonso Reyes, que conocía a todos los nombrados y con una pura alusión habría sabido de quién se trataba.

Desde luego, claro es que para el lector actual, a tantos años de distancia y que no conoció y menos puede recordar a casi ninguno de los que van nombrados (yo mismo apenas alcancé a conocer a poco más de la mitad de ellos, aunque de algunos guardo afecto y recuerdos imborrables), por ello he creído necesario, o al menos útil, dar algunos datos, ciertas referencias, mencionar un mínimo de sus obras, etc., de cada uno de ellos, hasta donde me ha sido posible pues, aunque lo lamento, de unos pocos, como allí se dice, no pude obtener datos biográficos ni bibliográficos.

Esas informaciones, que van a continuación de cada uno de los nombres que menciona la carta de Henríquez Ureña, son muy breves y puede ser que muchos lectores las encuentren insuficientes, pero en verdad he considerado que no habría sido pertinente hacerlas más extensas; soy el primero en reconocer y desear que sobre varios de los mencionados se escribiera de cada uno de ellos un libro acerca de su vida y de su obra, que mucho lo merecen y la historia y la cultura de México lo necesitan, pero aun así, mínimas como son, esas notas informativas espero que servirán, de modo que el lector interesado, si lo está de modo especial, pueda encontrar en ellas cierto apoyo, como en todo el texto y la bibliografía de este trabajo, para encaminar su investigación en el personaje de que se trate.

En la lista que va en las páginas que siguen, lo que va subrayado, o sea en cursivas, es exactamente lo que pone y como está en la carta de Pedro Henríquez Ureña, inclusive ciertas variantes ortográficas, como poner "Favela" por Fabela, como lo usaba el titular del nombre, o "Jenaro", en vez de Genaro como quería llamarse Fernández

MacGregor, etc., y también van esos nombres en el orden que la carta los pone. Todo lo demás es lo que he añadido para dar nombres completos, o variantes de tal nombre, con breves datos biográficos para situar a la persona, y en los más de los casos menciones de algunas de sus obras, para dar al menos una idea o más bien una indicación de sus actividades y de su importancia.

Los miembros del Ateneo

La lista de los miembros del Ateneo es la siguiente:

María Enriqueta. María Enriqueta Camarillo de Pereyra: nació en Coatepec, Veracruz, en 1872; empezó a escribir versos y cuentos antes de 1895, fue poetisa, cuentista y novelista, su producción es muy vasta en esos géneros, en libros de viajes, y compuso algunos libros de lecturas para escolares, por todo lo cual es aquí imposible citar su copiosa bibliografía; vivió largos años en España; después de la muerte de su esposo, el historiador Carlos Pereyra, regresó a México, donde murió en 1968.

Alba Herrera. Alba Herrera y Ogazón: nació en México en 1885, fue pianista, concertista y profesora de varias disciplinas musicales, escribió mucho de crítica musical y también de teoría y de historia de ese arte; ocupó importantes cargos relacionados con su profesión; entre sus escritos cabe citar "Historia de la Música", 1931; ese mismo año murió en México.

Araiza. Evaristo Araiza: nació en Altar, Sonora, en 1884; ingeniero, ocupó altos cargos en grandes empresas industriales y financieras, patrocinó instituciones culturales y benéficas, fue persona de vasta y sólida cultura, miembro fundador del Ateneo, murió en México en 1965.

Acevedo. Jesús T. Acevedo: nació en México en 1882 y estudió en la misma ciudad; arquitecto, trabajó largamente con el arquitecto francés Bénard en el taller que éste dirigió en México, en la primera década de este siglo; fue profesor de estilos de ornamentación y de composición en la Escuela de Arquitectura; sus inquietudes y su vasta cultura lo hicieron figurar a la cabeza de los grupos de jóvenes intelectuales, a partir de 1906, en quienes influyó mucho por sus conocimientos y entusiasmo por el arte y la cultura clásica, como queda parcialmente dicho en páginas anteriores; disuelto el Ateneo, del que fue miembro fundador, marchó a Europa en 1914 y después pasó a los Estados Unidos donde murió, en Pocatelo, Idaho, en 1918. Algunos de sus escasos escritos fueron recogidos por Federico Ma-

riscal, en el libro "Disertaciones de un arquitecto", ediciones México Moderno, México, 1920.

Alarcón. No hay otra indicación, pero indudablemente se refiere a Alfonso G. Alarcón: nació en Chilpancingo, Guerrero, en 1884; fue médico distinguido, periodista y político; murió en México, en 1953.

Arenales. Miguel Angel Osorio: nació en Colombia en 1883; vino a nuestro país antes de 1910 y, con el nombre de Ricardo Arenales, ejerció el periodismo en México y en Monterrey; en la segunda mitad de su vida usó el nombre de Porfirio Barba-Jacob, con el que generalmente se le recuerda. Fue un poeta muchas veces brillante, al que se puede considerar perteneciente a los finales del modernismo. Su obra está dispersa en varios países de Hispanoamérica, donde temporalmente vivió, acaso lo más completo de su obra poética sea el volumen póstumo "Poemas intemporales", México, 1944, pero su obra periodística no ha sido recogida ni estudiada; murió en México, en 1942.

Argüelles. Roberto Argüelles Bringas: nació en Orizaba en 1875; desde comienzos de este siglo, ya radicado en México, colaboró en "Revista Moderna", luego en "Savia Moderna", participó en los grupos intelectuales y fue miembro fundador del Ateneo de la Juventud, fue altamente apreciado por sus contemporáneos por su obra poética, procedente del modernismo, pero con fuertes características de originalidad; en época reciente han escrito sobre él algunos estudiosos del modernismo, su obra puede hoy conocerse en "Antología poética de Roberto Argüelles Bringas", colección SepSetentas, vol 181, México 1975; murió en México en 1915.

Caso. Antonio Caso: nació en México en 1883; licenciado en Derecho, profesor universitario toda su vida, fue Rector de la Universidad Nacional de México, desempeñó algunas misiones diplomáticas en Sudamérica; colaborador de varios diarios y revistas, escribió largas series de artículos y ensayos, además de sus numerosos estudios, principalmente sobre filosofía y sociología; fue muy brillante orador pero, sobre todo, eminentísimo maestro; murió en México en 1946, la ciudad le ha dedicado una calle y una estatua. En páginas anteriores se muestra que, desde 1908 y 1909 destacó Antonio Caso en discursos y conferencias; él fue, realmente, con Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, José Vasconcelos y pocos más, el alma o núcleo del grupo, luego ampliado y cuajado en el Ateneo y allí destacó, inmediatamente, por su palabra y la seriedad en pensamiento y conocimientos, poniéndose en primera fila en la tarea de lucha y

de renovación intelectual que fue la característica del grupo. Naturalmente, sus importantes libros fueron dándose después, a lo largo de los años: "Los problemas filosóficos", "La existencia como economía, como desinterés y como caridad", "El concepto de la historia universal", "Discursos a la nación mexicana", "Principios de Estética", "Sociología", "El acto ideatorio", diversas y trascendentes polémicas, etc., y tantos estudios que es imposible citar aquí. Afortunadamente, la Universidad Nacional Autónoma de México en años recientes ha recogido esa vasta labor, o la mayor parte y lo más importante de ella, en "Obras completas de Antonio Caso". Para resumir, recojo estas líneas de Samuel Ramos, quien dijo: "En todo lo que va de este siglo Caso representa en la historia intelectual de México el primer hombre que consagra íntegramente su vida a la Filosofía, arrastrado por auténtica vocación. Durante cerca de treinta años la ha enseñado con notable eficacia en la Universidad de México. Desde que inició su labor docente, reveló un talento, una elocuencia y un entusiasmo que congregaron un público de numerosos adeptos, llenos de interés por el joven maestro". Porque hay que insistir en que su trascendente y grande tarea, mucho más que en los artículos y en los libros se dio en la cátedra, por el brillo de sus palabras, por la claridad de su exposición, por el ya indescriptible magnetismo de su personalidad, a lo largo de cuarenta años Antonio Caso fue, ante todo y sobre todo, Maestro.

Barajas. Carlos Barajas: nació en la ciudad de Guanajuato, en 1875; médico, profesor de anatomía en la Facultad de Medicina, de México, por largos años; escribió un texto de anatomía descriptiva y varios libros literarios: "Leyendas y paisajes guanajuatenses", "El alma de la humanidad en Don Quijote" y otros; murió en México el año de 1918.

Bravo Betancourt. Ignacio Bravo Betancourt: nació hacia 1880; abogado, fue diputado en 1910 y 1911, miembro fundador del Ateneo de la Juventud; murió en México en 1944.

Rafael Cabrera. Nació en la ciudad de Puebla, en 1884, allí estudió y se graduó de médico; escribió poemas, que compiló en "Presagios", 1912; se radicó en México y luego ingresó a nuestro Servicio Exterior en misiones diplomáticas en diversos países de Europa y de América; hizo excelentes traducciones de Marcel Schwob y otros autores franceses; murió en México, en 1943.

Quinto. Erasmo Castellanos Quinto: nació en Santiago Tuxtla, Veracruz, en 1879; se graduó de abogado pero su verdadera profesión, que ejerció toda su vida, fue la enseñanza de lengua y de

literatura castellana en la Escuela Nacional Preparatoria y, más tarde, varios cursos especializados, concretamente sobre temas cervantistas, en la Facultad de Filosofía y Letras; publicó sus poemas en el libro "Del fondo del abra" en 1922; murió en Tacubaya, en 1955.

Ledón. Luis Castillo Ledón: nació en Santiago Ixcuintla, en el Territorio de Tepic (hoy Estado de Nayarit), en 1880; estudió en Guadalajara y allí se inició en el periodismo, se transladó a México en donde, como antes se dijo, colaboró y fue codirector de la revista "Savia Moderna", más tarde escribió en varios periódicos de la Revolución, a la que se afilió y ocupó cargos de diputado, senador, gobernador del Estado de Nayarit, luego, retirado de la política, desempeñó puestos administrativos, por varios años fue Director de Museo Nacional de Historia; después de sus trabajos periodísticos se dedicó largamente a estudios de historia de México, de los cuales el principal fue su obra, publicada póstuma, "Hidalgo, la vida del héroe", fruto de una larga y cuidadosa investigación; además, diversos estudios monográficos de asuntos de historia mexicana, como "Los mexicanos autores de ópera", "La fundación de la ciudad de México", el "Epistolario de Juan de la Granja", etc.; un volumen "Lo que miro y lo que siento", contiene su obra poética, en la que después no quiso insistir; murió en México en 1944.

Paco César. Francisco J. César, abogado, miembro fundador del Ateneo. No he podido encontrar más datos.

Colín. Eduardo Colín: nació en México en 1880; abogado, diplomático fue Secretario de Legación en cuatro o cinco misiones de nuestro Servicio Exterior, ejerció luego la cátedra en diversas escuelas y en la Facultad de Filosofía y Letras; publicó un tomo de poemas "La vida intacta", 1916, y otros de crítica, como "Verbo selecto", México, 1922, con buenos estudios de una docena de escritores, los más de ellos del modernismo, al que el propio Colín perteneció; fue uno de los críticos valiosos dentro del grupo del Ateneo, que precisamente se distinguió por el frecuente y acertado cultivo de tal género; Colín fue un culto y buen escritor, hoy injustamente olvidado, murió en Cuernavaca, Morelos, en 1945.

Cravioto. Alfonso Cravioto: nació en Pachuca, Hidalgo, en 1883; estudió allá y luego en México, donde se graduó de abogado y se inició como orador e incipiente político; fundador y director de la revista "Savia Moderna", viajó a Europa y fue luego fundador del Ateneo de la Juventud y su segundo presidente; político de la Revolución, diputado constituyente en 1916-17, se distinguió como orador; más tarde, en el Servicio Exterior, encabezó varias misiones

diplomáticas. En plena actividad política de la Revolución, en 1916 publicó dos de sus estudios sobre temas de arte "Germán Gedovius" y "Eugenio Carrière", y en 1918 tradujo, para "Cultura", cuentos de Anatole France; en 1921 publicó sus poemas en el volumen "El alma nueva de las cosas viejas", que es una de las primeras manifestaciones del movimiento literario llamado del "colonialismo" por su temática de asuntos y cosas de la época colonial o virreinal; se dice que Cravioto dejó inédito un vasto trabajo de investigación sobre el lenguaje, fue Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, murió en México en 1955.

Chocano. José Santos Chocano: nació en Perú, en 1875; renombrado poeta de la generación del modernismo, periodista de vida inquieta y viajera, tal vez el más conocido de sus muchos tomos de poemas sea "Alma América", 1906, sobre su vasta obra y su valor pueden consultarse las historias de la literatura hispanoamericana; vivió en México entre 1911 y 1914, época en la que figuró en el grupo del Ateneo, luego, una segunda vez hacia 1916 a 1919 aproximadamente, en que anduvo con varias de las facciones revolucionarias; murió en Santiago de Chile en 1934.

Dávalos. Marcelino Dávalos: nació en Guadalajara, Jalisco, en 1871 y allí estudió y se graduó de abogado y lo enviaron a Quintana Roo como Asesor del Fuero Judicial Militar, al regreso permaneció en México, más tarde participó en la política de la Revolución, fue diputado en 1912 y luego en el Congreso Constituyente 1916-17, funcionario y Encargado del Despacho en la Secretaría de Relaciones Exteriores; Chelino fue actor aficionado y luego poeta, cuentista y autor teatral y muchos años periodista; entre los años de 1900 a 1912, aproximadamente, estrenó con éxito varias piezas dramáticas "El último cuadro", "Guadalupe", "Así pasan. . .", "Jardines trágicos" y otras; murió en México en 1923.

Escofet. José Escofet nació en Cataluña, debe de haber llegado a México en los primeros años del siglo, en 1907 aparece su prólogo a "La chiquilla", novela de González Peña, y hay algunas publicaciones dispersas, en esos años, fue fundador del Ateneo de la Juventud y allí dio una conferencia sobre Sor Juana Inés de la Cruz, reseñada en capítulo anterior; cuatro o cinco años después regresó a su patria y en Barcelona dirigió la revista "La Vanguardia".

Favela. Isidro Fabela: nació en Atlacomulco, Estado de México, en 1882; abogado, cuentista en su primera época, publicó "La tristeza del amo", miembro fundador del Ateneo de la Juventud, lo dejó al dedicarse a la política, diputado en 1912-13 y luego en la Revolu-

ción fue funcionario y Encargado del Despacho de Relaciones Exteriores, diplomático, Delegado de México ante la Sociedad de las Naciones y Magistrado de la Corte Internacional de Justicia; su bibliografía es muy amplia, con ensayos literarios de tema cervantino, otros de carácter histórico y varias obras de internacionalista: "Buena y mala vecindad", "Historia diplomática de la Revolución Mexicana", "La Sociedad de las Naciones y el continente americano ante la guerra", "Intervención", etc., murió en Cuernavaca, Morelos, en 1964.

González Peña. Carlos González Peña: nació en Lagos, Jalisco, en 1885; estudió en el Liceo de Guadalajara, vino a México "cuando alboreaba el siglo", como él dijo en apuntes biográficos y aquí, asistiendo a diversos cursos y con muchas lecturas se forjó una cultura preponderantemente literaria, mientras se iniciaba en el periodismo y publicaba cuentos y luego algunas novelas, "La chiquilla", "La fuga de la quimera", etc.; fue muchos años redactor y editorialista de "El Universal", profesor de gramática y de literatura, autor de textos de su especialidad, su "Historia de la literatura mexicana", 1928 ha sido muchas veces reeditada; recogió semblanzas, ensayos, artículos, ordenándolos en cinco o seis volúmenes: "Gente mía", "El patio bajo la luna", "El hechizo musical", etc., entre 1946-49; su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua es un importante estudio sobre el novelista Luis G. Inclán; murió en México en 1955.

Gómez Robelo. Ricardo Gómez Robelo: nació en México en 1884; abogado, colaborador muy juvenil de "Revista Moderna" con una traducción de Mallarmé y algún ensayo, más tarde colaborador de "Savia Moderna", miembro fundador del Ateneo de la Juventud, iniciador y animador de la lucha contra el positivismo, fue en el Ateneo un elemento muy importante, según los recuerdos y testimonios de Alfonso Reyes y de José Vasconcelos, por su cultura tempranamente formada, sus inquietudes intelectuales y su agilidad mental; murió en México en 1924.

González Martínez. Enrique González Martínez: nació en Guadalajara, Jalisco, en 1871, allí estudió y se graduó de médico, luego vivió en Sinaloa, donde ejerció su profesión durante quince años, se casó y publicó sus primeros libros de poemas, hasta "Silenter", 1909, que lo consagra en las letras y la Academia lo nombra Miembro correspondiente; en 1911 se translada a México y es invitado a pertenecer al Ateneo, también ese año pasa a ser Miembro de Número de la Academia; algún tiempo fue editorialista de "El Imparcial"

y ocupó algunos cargos durante el gobierno del General Victoriano Huerta, al terminar la Revolución fue Ministro de México en Chile, en Argentina y en España; como escritor, además del periodismo y dos tomos autobiográficos, su vasta obra es de poesía lírica: "Los senderos ocultos", "El romero alucinado", "Ausencia y canto", "El diluvio de fuego" y muchos más, que no por su número sino por su alta calidad lo colocan entre los mejores poetas mexicanos; hizo excelentes traducciones; murió en México en 1952.

González Blanco. Pedro González Blanco: nació en Llanes, Asturias, en 1879; residió en varios países de Hispanoamérica, principalmente en México; fue periodista y ensayista; murió en 1962.

González Roa. Fernando González Roa: nació en la ciudad de Guanajuato, en 1880, allí estudió y se graduó en Derecho, fue juez, en 1905 se trasladó a México donde ejerció su profesión y luego en el Ministerio de Justicia hacia 1911; durante la Revolución fue enviado, con el Lic. Luis Cabrera, a las Conferencias de Atlantic City y después a Europa, estuvo con Ramón Ross en las Conferencias de Bucareli, participó en las Comisiones de Reclamaciones, fue Embajador de México en Washington y ocupó otros diversos cargos diplomáticos, en la VI Conferencia Interamericana, La Habana, 1928, y en la Comisión de Conciliación Bolivia-Paraguay, 1929; fue miembro fundador del Ateneo, escribió "El problema rural de México", 1917, "El aspecto agrario de la Revolución Mexicana", 1919, "Las cuestiones fundamentales de actualidad en México", 1927, "El carácter de la legislación colonial española en América", 1935; murió en México en 1936.

Enciso. Jorge Enciso: nació en Guadalajara, Jalisco, en 1879; vino a México a comienzos del siglo, participó, como se dijo antes, en la exposición organizada por la revista "Savia Moderna" en 1906; años más tarde abandonó un tanto la pintura y se dedicó al estudio del arte mexicano, sobre lo cual dejó muchos artículos y estudios y contribuyó a la restauración y conservación de monumentos artísticos en diversos cargos de su especialidad; murió en México en 1969.

Martín Luis. Martín Luis Guzmán: nació en la ciudad de Chihuahua en 1887; estudió en Veracruz y en México casi toda la carrera en la Escuela de Jurisprudencia, desde 1911 formó parte del Ateneo y comenzó a participar en la lucha de los maderistas, en 1913 se fue al Norte a la Revolución, exiliado vivió en España y en Estados Unidos, regresó a México a ejercer el periodismo que fue su profesión definitva, pues en España nuevamente y en nuestro país fue redactor y director de importantes diarios y revistas (en Madrid, "El Sol",

en México "El Mundo" y después "Tiempo"); algunas de sus obras son: artículos y ensayos "A orillas del Hudson", "Filadelfia, paraíso de conspiradores", "Academia"; de carácter biográfico "Mina el mozo, héroe de Navarra", "Muertes históricas", "Memorias de Pancho Villa" en varios tomos; una magnífica novela que es, también, crítica política "La sombra del caudillo" y los relatos y memorias de la Revolución, entre los que descuella "El águila y la serpiente", en gran patre autobiográfica, libro que es ejemplo de una inmejorable prosa, algunos de cuyos capítulos deben figurar en las antologías de nuestro idioma; Guzmán fue miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua y a su labor constante de escritor añadió diversas tareas a lo largo de su prolongada vida; murió en México a fines de 1976.

Herrán. Saturnino Herrán: nació en la ciudad de Aguascalientes en 1887, vino a México a estudiar pintura, expuso por primera vez en 1906; fue un excelente pintor que inició la renovación de la pintura mexicana, en la segunda década de este siglo, tarea que no pudo desenvolver más por su temprana muerte en México en 1918.

Jiménez Domínguez. Enrique Jiménez Domínguez: nació en Orizaba en 1891, abogado, diplomático muchos años, escritor y traductor de fino estilo, estudió en México y en Inglaterra, retirado del Servicio Exterior fue varios años profesor de la Facultad de Filosofía y Letras; murió en México en 1952.

los dos Henríquez Ureña. Así mencionados o nombrados por don Pedro, en su carta que contiene esta nominación, se refiere a sí mismo y a su hermano:

Pedro Henríquez Ureña: nació en Santo Domingo en 1884, vino a México y con su hermano Max hicieron amistad con los hermanos Castillo Ledón, así se incorporaron primero al grupo de "Savia Moderna", luego a la Sociedad de Conferencias y finalmente al Ateneo, de este grupo fue Pedro Henríquez Ureña el animador, el guía y director intelectual pues, cuando la mayor parte de sus integrantes apenas iniciaban sus tareas intelectuales y lo que habrían de ser sus sendas obras y otros se preparaban y las harían más tarde, Pedro Henríquez Ureña demostraba ya una preparación, una orientación y un rigor intelectual, que explican el influjo y hasta a veces cierta primacía que tuvo entre muchos de sus compañeros, como desde entonces lo confesaron y lo recordarían más tarde Vasconcelos, Martín Luis y sobre todo Alfonso Reyes. Pedro Henríquez Ureña vivió en México de 1906 a 1914 y aquí obtuvo su grado de Licenciado en Derecho, marchó a Europa y volvió a nuestro país en 1920 cuando

Vasconcelos fue Rector de la Universidad, vivió otros cuantos años en México y aquí casó con Isabel Lombardo Toledano; ejerció el magisterio en México, en Estados Unidos, La Habana, Santo Domingo, Chile y finalmente, largos años en Argentina; fue primordialmente ensayista y a ese género pertenecen conferencias suyas mencionadas *en capítulos precedentes y otra, sobre* "Juan Ruiz de Alarcón", en 1913, que es justamente célebre por señalar características esenciales de la literatura y de la cultura mexicana; buena parte de su labor fue recogida, póstuma, en el volumen "Obra crítica", publicado en México en 1960; murió en Buenos Aires en 1946.

Max Henríquez Ureña nació en Santo Domingo en 1885; como quedó dicho, vivió algunos años en México; fue diplomático, poeta del modernismo y luego destacado historiador de ese movimiento en "Breve historia del modernismo", México, 1954, y autor de diversos estudios sobre letras y figuras de la literatura; murió en Santo Domingo en 1968.

Rafael López. Nació en la ciudad de Guanajuato en 1973, al final del siglo se radicó en México, colaborando en "Revista Moderna", más tarde en "Savia Moderna" y luego fue de los fundadores del Ateneo; cultivó con agilidad la crónica y fue brillante poeta dentro de la corriente del modernismo; en vida, él recogió parte mínima de su obra en "Con los ojos abiertos", "Prosas transeúntes", "La bestia de oro", pero muy posteriormente el investigador S.I. Zaitzeff ha recogido parte de los poemas dispersos de Rafael López (Ver bibliografía), quien murió en México en 1943.

Carlos Lozano. Supongo que se refiere a Carlos E. Lozano: nació en Zacatecas en 1888; fue pianista, allá estudió primero con el maestro salmantino Luis Araujo, luego en el Conservatorio de México y después en Europa; murió tempranamente, en México, en 1918.

José María Lozano, nació en San Miguel el Alto, Jalisco, en 1878, estudió en Guadalajara y en México; abogado que ejerció siempre su profesión, destacando en los juicios por jurados, diputado y brillante orador parlamentario, político y Ministro en el Gobierno del Gral. Victoriano Huerta; murió en México en 1933.

los dos Mariscal. Se refiere a estas dos personas de ese apellido: Federico E. Mariscal: nació en Querétaro en 1881, estudió en México, arquitecto graduado en 1903, más tarde profesor y director de la Facultad de Arquitectura; en los años de la Revolución fue el iniciador, en arquitectura, del estilo llamado "colonialista" por inspirarse en las formas y ornamentaciones de los edificios de la época virreinal, difundiendo, además, en conferencias y cátedras el cono-

cimiento de dicha arquitectura mexicana, "La Patria y la Arquitectura Nacional", etc.; realizó diversas obras importantes, como El Teatro Esperanza Iris, todo el interior del Palacio de Bellas Artes, etc.; murió en México en 1971.

Nicolás Mariscal y Piña; nació en México en 1875, graduado de arquitecto en 1899 luego de estudios en México y en París; autor de conferencias y estudios "Técnica de la arquitectura" y otros libros, y de muy diversas obras en edificios y residencias de esta ciudad y del templo y monumento a Cristo Rey en el Cerro del Cubilete, Estado de Guanajuato; murió en México en 1964.

Méndez Rivas. Joaquín Méndez Rivas: nació en México en 1888; abogado, profesor, fue Director de la Biblioteca Nacional de 1926 a 1928, poeta que obtuvo premios en concursos, publicó "La musa morena", "Tristezas humildes", "Madrigales escritos con sangre", etc., publicista con éxito en la radio, "Recuerdos de un catedrático del aire"; murió en México en 1966.

Médiz Bolio. Antonio Médiz Bolio: nació en Mérida, Yucatán, en 1884, allí estudió hasta graduarse de abogado, allá ejerció la judicatura, vino a México, intervino en política, en el maderismo y luego con el Gobierno del Gral. Victoriano Huerta; estuvo en el exilio, luego en el Servicio Exterior con misiones en España, Colombia, Argentina, Suecia y después fue senador; poeta, ensayista y autor teatral: "La ola", 1917, "La tierra del faisán y del venado", etc., trató sobre todo de temas yucatecos folklóricos y sociales; murió en México en 1957.

Novoa. Guillermo Novoa, abogado, diputado, fue miembro fundador del Ateneo de la Juventud. No he podido obtener más datos.

Juan Palacios. Enrique Juan Palacios: nació en México en 1881, estudió en Puebla, fue profesor de castellano en la Escuela Preparatoria de México y, muchos años después, de otras asignaturas en la Facultad de Filosofía y Letras y Director de Monumentos Prehispánicos; entre sus muchos escritos: "Puebla, su territorio y sus habitantes", "La piedra del sol", "A través de la selva lacandona", "El Tajín", etc.; murió en México en 1953.

Eduardo Pallares. Nació en México en 1888, donde estudió y ejerció toda su vida su profesión de abogado, fue miembro fundador del Ateneo de la Juventud; muy largos años, casi toda su vida, fue profesor de diversas asignaturas en la Escuela de Jurisprudencia y, también, colaborador de diversos periódicos; su bibliografía es amplia: sobre la Ley de Relaciones Familiares, Jurisprudencia de la

Suprema Corte de Justicia, Derecho Mercantil y otros muchos estudios jurídicos; murió en México en 1956.

Parrita. Manuel de la Parra; nació en Sombrerete, Zacatecas, en 1878, estudió algún tiempo en León, Guanajuato, pero desde finales del pasado siglo vivió en México; colaboró inicialmente en "Revista Moderna", después fue miembro fundador del Ateneo de la Juventud; muy fino y excelente poeta, modernista por la forma y romántico en la esencia de su expresión, hoy indebidamente olvidado tal vez por su parva producción que ahora es tan difícilmente accesible, "Visiones lejanas" y algunos poemas más dispersos en revistas; tan calladamente como había vivido, murió en México en 1930.

Pani. Alberto J. Pani: nació en la ciudad de Aguascalientes en 1878, desde niño pasó a México donde estudió ingeniería, participó en política en la Revolución, ocupó muchos y muy altos puestos: diplomáticos en Francia, en España, Secretario de Relaciones Exteriores, dos veces Secretario de Hacienda, Tesorero de la Nación, y otros muchos más; escribió diversos estudios y monografías sobre cuestiones que había tenido a su cargo, sobre política hacendaria, algunas breves memorias personales, etc.; murió en México en 1955.

Manuel Ponce. Nació en Fresnillo, Zacatecas, en 1882, pero desde muy niño fue llevado a Aguascalientes, donde empezó a estudiar continuando en México y luego algunos años en Europa; pianista concertista y maestro, compositor ilustre de muchas obras pianísticas, conciertos para piano y orquesta, para guitarra, tríos, etc., y también se interesó por música popular del siglo pasado, fue profesor y director del Conservatorio; murió en México en 1948.

Pruneda. Alfonso Pruneda: nació en México en 1879, estudió música y medicina, fue profesor de varias asignaturas en la Facultad de Medicina, ocupó diversos y altos cargos en el ramo de Instrucción Pública, miembro del Ateneo, fue primero Rector de la Universidad Popular y luego de la Universidad Nacional de México, redactó muchas ponencias en congresos y muchos estudios y monografías sobre temas de medicina y salubridad; murió en México en 1957.

Quijano. Alejandro Quijano: nació en Mazatlán, Sinaloa, en 1883, estudió en México, abogado ejerció toda su vida su profesión, en la Facultad de Altos Estudios y luego en la de Jurisprudencia dio clases algunos años; autor de un libro de viajes, recogió en un tomo "En la tribuna" algunos de sus discursos y conferencias, escribió varios estudios sobre el lenguaje y sobre temas cervantinos, que están publicados en las "Memorias" de la Academia Mexicana de la Len-

gua, de la cual don Alejandro Quijano fue Director muchos años; murió en México en 1957.

Rebolledo. Efrén Rebolledo: nació en Actopan, Hidalgo, en 1877; abogado, desde joven entró a nuestro Servicio Exterior y en él permaneció hasta su muerte, salvo un breve lapso en que fue diputado; sirvió a México en misiones en Guatemala, Japón, China, Bélgica, Noruega, España; fue un destacado prosista y poeta del modernismo, publicó varios libros en ediciones limitadas, pero su producción ha sido recogida toda, se dice, en el volumen "Obras completas" que editó el INBA, México, 1968; fue miembro correspondiente del Ateneo, pues de 1906 a 1916 Rebolledo estuvo casi permanentemente en el extranjero; casó en Cristiania (hoy Oslo), murió en Madrid en 1929.

Rivera. Diego M. Rivera: nació en la ciudad de Guanajuato en 1886, desde niño vino a México y aquí empezó a estudiar pintura y expuso, por primera vez, en el grupo de "Savia Moderna", en 1906; partió luego a Europa con una beca, estuvo muy brevemente en México hacia 1911 y volvió a Europa, de donde regresó, definitivamente, en 1921; pintó en diversas ciudades, pero primordialmente en México y lugares próximos, Chapingo, Cuernavaca, donde produjo amplia y muy valiosa obra en murales y cuadros de caballete; fue miembro correspondiente del Ateneo de la Juventud; murió en México en 1957.

Leopoldo de la Rosa nació en la ciudad de Panamá, entonces dentro de la República de Colombia, en 1886 (algunos periodistas dan en vez de tal fecha la de 1888), principió a estudiar en Barranquilla, pero fue en realidad un autodidacto; vino a México en 1911 y desde luego se dedicó al periodismo, que fue su profesión toda su vida, colaborando en "Revista de Revistas" y en diversos periódicos; fue poeta de muy estimable calidad, su obra dispersa no ha sido recopilada ni debidamente estudiada, aunque muchos amigos periodistas han hecho comentarios esporádicos; murió en México en 1964.

Reyes. Alfonso Reyes; nació en Monterrey, Nuevo León, en 1889, estudió en México, abogado, figuró muy joven, como queda dicho, en el grupo de "Savia Moderna", luego en la Sociedad de Conferencias y después uno de los principales fundadores del Ateneo de la Juventud; en 1913 ingresó al Servicio Exterior y fue enviado a París; por la Revolución en México y la primera guerra mundial quedó cesado y pasó a Madrid donde vivió varios años de su pluma (colaboraciones, traducciones) e ingresó al Centro de Estudios bajo la dirección de Menéndez Pidal y se relacionó con el medio literario

español. Repuesto en nuestro Servicio Exterior sirvió en Madrid y otra vez en París, luego Embajador en Buenos Aires y Río de Janeiro y muchas otras comisiones; en 1939 se retiró, quedó dirigiendo El Colegio de México y consagrado a escribir; su tarea de escritor había empezado muy temprano, públicamente desde 1906, en 1911 publica "Cuestiones estéticas"; cincuenta y cuatro años de producción literaria forjaron más de un centenar de libros, que se han venido compilando en la edición de "Obras completas", 1955-72, en XIX tomos, pero faltarán algunos otros todavía; por eso solamente es posible mencionar los temas principales que Reyes acometió reiteradamente, en múltiples ensayos y varios libros: letras españolas, iniciadas con Manuel José Othón, luego Ruiz de Alarcón, Góngora, etc.; letras francesas, con estudios sobre Proust, Mallarmé, Montaigne, etc.; tradujo a Chesterton y trató asuntos de letras inglesas; cultivó la ficción literaria parca pero brillantemente en el cuento, la novela y en el teatro "Ifigenia cruel" y, largamente toda su vida, la poesía lírica; escribió sobre cuestiones diplomáticas y asuntos internacionales y algunos libros de autobiografía y memorias; el género que más cultivó fue el ensayo en toda su amplitud y en múltiples asuntos: históricos, sociológicos, muy abundantes los de filología, pero también geográficos y otros; esa pluralidad de auténtico humanismo alguna vez le fue censurada por un nacionalista extremoso y don Alfonso contestó demostrando que el tema de México está en su obra desde "Visión de Anáhuac" (acaso su libro más recordado), "La X en la frente" y reiteradamente en su obra de escritor; tema constante y recurrente es la antigüedad clásica, principalmente Grecia, influyendo en toda su obra hasta la hermosa traducción, en versos alejandrinos, de las nueve primeras rapsodias de "La Ilíada" con notas que valen por un breve manual de temas helénicos. Como ya dije alguna vez, una vida tan plena y una obra tan vasta no pueden resumirse en una página. Reyes fue Director de la Academia Mexicana de la Lengua; murió en México a fines de 1959.

Salazar. Abel C. Salazar: nació en Tenango del Valle, Estado de México, en 1878, estudió en Toluca y en Jalapa, abogado; en los primeros años del siglo publicó en "Revista Moderna" varios poemas, más tarde escribió cuentos y relatos publicados en la época en que figuró como miembro del Ateneo, fue profesor de literatura; murió en México en 1925.

Silva y Aceves. Mariano Silva y Aceves: nació en La Piedad, Michoacán, en 1887, estudió en Morelia y en México, abogado, se dedicó a la enseñanza del latín, el español y la literatura, fue funda-

dor y director del Instituto de Investigaciones Lingüísticas en la Universidad Nacional de México; autor de ensayos breves, cuentos, estampas, en una prosa fina y poética, "Arquilla de marfil", "Cara de virgen", "Campanitas de plata" y otros libros; fue uno de los iniciadores y de los mejores autores del movimiento denominado el "colonialismo"; murió en México en 1937.

Teja Zabre. Alfonso Teja Zabre: nació en San Luis de la Paz, Guanajuato, en 1888, estudió en Pachuca y en México, abogado, ocupó importantes cargos judiciales, profesor de Derecho Penal y de historia de México, periodista y diplomático en Cuba, Honduras y Santo Domingo; escribió novela, "Alas abiertas", ensayo "Teoría de la Revolución", "El adiós a Rubén Darío", etc., destacó en la historiografía escribiendo una muy buena "Vida de Morelos", "Historia y tragedia de Cuauhtémoc", "Historia de México" y otras obras; electo Miembro de Número de la Academia Mexicana de la Lengua; murió en México en 1962.

Torri. Julio Torri: nació en Saltillo, Coahuila, en 1889, estudió allá y luego en México, licenciado en derecho, con Reyes fue de los más jóvenes fundadores del Ateneo; más tarde ocupó cargos administrativos en editoriales oficiales y privadas, toda su vida se dedicó a la cátedra de diversas ramas de la literatura en la Escuela Preparatoria y en la Facultad de Filosofía y Letras; ensayista, autor de poemas en prosa, "La balada de las hojas más altas", cuentista, "De fusilamientos", tratadista "La literatura española", casi toda su obra quedó reunida en el volumen póstumo "Tres libros", 1962; espíritu fino, ágil, irónico, su producción fue escasa pero de gran calidad y excelente prosa; fue Miembro de Número de la Academia Mexicana de la Lengua; murió en México en 1970.

Francisco de la Torre. Nació en San Miguel el Alto, Jalisco, en 1883, pintor, comenzó a estudiar en Guadalajara pero luego vino a México a la Academia de Bellas Artes o de San Carlos, como tradicional y usualmente se siguió llamando, y desde 1912 y por muchos años fue allí profesor; participó en la exposición de 1906 de "Savia Moderna" y perteneció a ese grupo y luego al del Ateneo; obtuvo premios, pintó paisaje, retratos, algunos cuadros con escenas o motivos populares cuando apenas se iniciaba ese género; hay obras suyas en México, más en Guadalajara, y también en tres o cuatro museos extranjeros; fueron celebrados óleos como "El jarabe", "El caminante", "El anticuario", etc., se le hizo una exposición de homenaje póstumo en 1950 en la Galería Romano, Diego Rivera escribió

una nota interesante sobre su compañero y amigo de juventud: De la Torre murió en México en 1943.

Urueta. Jesús Urueta: nació en la ciudad de Chihuahua en 1867 (otras fuentes dan como fecha 1868), estudió en México, abogado, empezó a colaborar en diarios hacia sus veinte años, viajó completando su cultura humanista, hacia 1900 colaboró en "Revista Moderna" con algunas semblanzas, artículos sobre arte, cuentos y discursos de homenaje a Barreda, a Juárez, al Duque Job, etc. y algunos fragmento que él denominaba teatro pero eran poemas, "Dulcinea"; profesor de literatura y conferencista brillante en la Escuela Preparatoria, político en el maderismo y la Revolución, Secretario de Relaciones en el gobierno de Carranza, fue enviado como Ministro a Buenos Aires y allá murió en 1920. Miembro del Ateneo, había sido profesor de muchos de sus compañeros más jóvenes; contribuyó a desenvolver en muchos de ellos lo que llamaron "la afición de Grecia"; *fue el más brillante orador de su tiempo; sus discursos* y otras obras fueron recogidos en "Obras completas de Jesús Urueta" en 1930.

Urbina. Luis G. Urbina: nació en México en 1864, se inició en el periodismo literario siendo casi adolescente, sobre la huella de cronista de Gutiérrez Nájera, género que siguió cultivando largamente con estilo propio y del que fue uno de los maestros en nuestras letras, así como en la poesía lírica, en la cual hizo perdurar el fondo y el acento del romanticismo pero dentro del modernismo a cuya generación perteneció; vivió en México hasta 1915, estuvo luego en la Habana y en Buenos Aires y, finalmente, unos quince años en España; su prosa, dispersa todavía en gran parte, él recogió algo en varios libros, "Cuentos vividos y crónicas soñadas", "Estampas de viaje", "Hombres y libros" y dos tomos con algunos estudios sobre literatura; en verso, su primer libro de gran importancia fue "Lámparas en agonía", otros "El corazón juglar", "Los últimos pájaros", etc., póstumo "El cancionero de la noche serena"; fue uno de los "hermanos mayores" de los jóvenes del Ateneo, por cuya empresa tuvo siempre cordialidad y entusiasmo; murió en Madrid en 1934.

Vasconcelos. José Vasconcelos nació en Oaxaca en 1882, pasó su infancia en poblaciones fronterizas del Norte y en Campeche, estudió derecho en México; abogado, ejerció su profesión con éxito al mismo tiempo que se inició en la política siguiendo a Madero, fue fugazmente Secretario de Instrucción en plena Revolución, salió al exilio, más tarde, llamado por Obregón, fue Rector de la Universidad y luego Secretario de Educación Pública, donde realizó una labor crea-

dora, brillante e inigualada; volvió a viajar por el extranjero, en 1929 lanzó su candidatura a la Presidencia de la República en una intensa y agitada campaña que hicieron, sobre todo, estudiantes y jóvenes profesionistas, fracasando ante la coacción y sangrienta represión gubernamental, volvió a exiliarse por diez años, en 1939 regresó a México, fue Director de la Biblioteca Nacional y luego de la Biblioteca México, en esta ciudad, dedicándose a escribir en periódicos y publicar sus libros; fue Miembro de Número de la Academia Mexicana de la Lengua; murió en México en 1959. Vasconcelos fue, principalmente, un pensador, el más original entre los miembros del Ateneo, desde los días de su juventud cuando, dentro de la común afición por Grecia, se interesa mucho por el pensamiento de Pitágoras y luego por el Budismo. Su meditación filosófica, en varios ensayos la desenvolvió en "Tratado de Metafísica", "Etica" y "Estética", y su pensamiento histórico-político de largo alcance en "La raza cósmica", "Indología" y otros libros; más conocidos son sus libros autobiográficos "Ulises criollo", "La tormenta", "El desastre" y "El proconsulado"; sus escritos sobre historia de México son varios; su obra más exclusivamente literaria está en "Sonata mágica" y otros. Desde sus lecturas juveniles y formación intelectual (Schopenhauer, Boutroux, Bergson), como otros compañeros del Ateneo, Vasconcelos apoyó siempre el valor fundamental de la intuición como base del conocimiento, pero lo cierto es que él fue siempre, también, esencialmente hombre de pasiones y por ello está su obra, como su vida, llena de contradicciones aunque plena de auténtica sinceridad, eso informa muchos importantes trozos de su pensamiento y muchas de sus páginas, aun las mejores, en su contenido y en su estilo; por todo ello es muy difícil hacer un juicio de su obra y de su personalidad, sobre las cuales se ha escrito mucho y abundan los informes, pero aún falta el libro que los recoja, los analice con criterio sereno, estudie su vasta obra y exponga conclusiones, seguramente eso no corresponde, y por tanto no se ha hecho, a quien trató a Vasconcelos o estuvo muy cerca de él y de sus circunstancias, pero ahora, a veinte años de su muerte y a cincuenta de los sucesos que lo apasionaron, es de esperar y desear que ese libro se escriba.

Velázquez. Miguel A. Velázquez, miembro fundador del Ateneo. No he podido obtener datos.

Angel Zárraga. Nació en Durango, en 1886; pintor, estudió en México, disfrutando una beca salió para Europa desde antes de 1910 y regresó, definitivamente, hacia 1940; gran parte de su obra, en murales y de caballete, quedó en Francia, en nuestro país hay mura-

les suyos en Monterrey y en la ciudad de México, pero sus óleos, sobre todo los retratos, están muy dispersos; fue miembro del Ateneo desde su fundación; murió en México en 1946.

Unico muerto: Jesús Castellanos. No he encontrado datos.

Renunciados:

Jenaro Fernández. Jenaro Fernández MacGregor: nació en México en 1883 y aquí estudió; abogado, ejerció, con prestigio, toda su vida su profesión; profesor universitario y Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México; internacionalista, funcionario en la Secretaría de Relaciones Exteriores más de veinticinco años, especialmente en la Comisión de Reclamaciones, donde alcanzó renombre pues algunos de sus fallos son citados por tratadistas como jurisprudencia internacional; fue miembro fundador del Ateneo de la Juventud, al que renunció por su animadversión a todo partido político, como páginas atrás quedó dicho; hizo buenas traducciones de letras francesas y norteamericanas, autor de novelas cortas y relatos, "Novelas triviales", "Mies tardía", ensayos de literatura y arte, "La santificación de Sor Juana Inés de la Cruz", "Salvador Díaz Mirón", "Carátulas", etc., sobre historia mexicana, viajes, cuestiones internacionales, "El Doctor Mora redivivo", "Don Federico Gamboa como diplomático", "Las relaciones exteriores de México y el Derecho Internacional", "En la era de la mala vecindad", etc., enumeración que es imposible citar aquí, y su autobiografía "El río de mi sangre", publicación póstuma; Miembro de Número de la Academia Mexicana de la Lengua; murió en México en 1959.

Emilio Valenzuela. Emilio Valenzuela González nació en México en 1884, hijo del fundador de "Revista Moderna", en la cual colaboró un poco Emilio; algunos de sus poemas los publicó, mucho más tarde, en un volumen "Carmen de poesía", otros han quedado dispersos; ocupó varios cargos administrativos y desde 1932 ingresó a la Secretaría de Relaciones Exteriores; estuvo varios años en el Consulado Mexicano en Laredo y luego fue al Consulado en Eagle Pass, Texas, donde murió en 1947.

Nemesio. Nemesio García Naranjo: nació en Lampazos, Nuevo León, en 1883, estudió en Monterrey y en México, abogado, diputado al Congreso de la Unión, se distinguió como brillante orador parlamentario, fue Secretario de Instrucción Pública en el Gobierno del Gral. Victoriano Huerta y luego diplomático; después de varios años de exilio regresó a nuestro país y fue un activo colabora-

dor periodístico; son importantes los varios tomos de sus "Memorias"; Miembro de Número de la Academia Mexicana de la Lengua; murió en México en 1962.

No aceptaron:

Valenti y Xicoy. Rubén Valenti: nació en 1879 (supongo que en México), estudió en esta ciudad, fue abogado, poeta, crítico; participó en política desde el maderismo y luego fue Subsecretario de Instrucción Pública, Encargado del Despacho, a la salida del General Victoriano Huerta, en el breve gobierno del Lic. Francisco Carvajal; había sido miembro de la Sociedad de Conferencias, como antes se dijo, en esa época publicó "Poemas amatorios", poco después "Rojo y Negro". Novelas cortas, en 1913; murió en Guatemala en 1915.

Eduardo Xico: fue abogado, miembro del Ateneo en 1911. No he podido obtener más datos.

Borrado de la lista por no asistir:

Enrique Escobar. No tengo datos de tal persona.

* * *

Tal es la lista de miembros del Ateneo, primero Ateneo de la Juventud y luego Ateneo de México, que tenemos, tal cual la consigna Pedro Henríquez Ureña, en su carta mencionada, de octubre de 1913.

Mas, la verdad, esa brillante nómina de miembros del Ateneo era, para los finales del año de 1913, en cierto modo puramente oficial y más bien teórica, en cuanto seguramente contiene los nombres de los miembros que estaban allí inscritos al menos desde el año anterior, tal vez cuando se aprobaron los Estatutos que quedaron transcritos en páginas precedentes, si es que en realidad fueron discutidos y aprobados, y todo ello antes de los violentos sucesos tan dramáticos, que alteraron la vida social y política de la capital, y del país, en febrero de 1913.

La realidad era muy otra. En una carta dirigida a Alfonso Reyes, que estaba en París, carta fechada en México el 14 de diciembre de 1913, le dice Antonio Caso:

"Nuestro grupo se ha disuelto: usted en París, Martín Luis en la revolución, Pani, en la revolución, Vasconcelos en la revolución, Pedro en vísperas de marcharse a Londres, Acevedo y Julio Torri dirigiendo la administración postal, yo, solo, completamente solo. Hube de vender a la Biblioteca Nacional parte de mis libros para comer. . . extraño sobremanera nuestros días de charlas fáciles, nuestros bellos días de la dictadura porfiriana «a mil leguas de la política» como dice Renan; aquellos días de pláticas deliciosas y «libres discusiones platónicas» como, según recuerdo, dijo su amigo de usted García Calderón. . ." [7]

Y también es verdad que los que nombra Caso como ateneístas ausentes son unos cuantos, en realidad se refiere y nombra a sus más cercanos amigos (o a los más cercanos amigos de él y de Reyes, a quien escribe), a algunos de los que he llamado en algún lugar, páginas atrás, del "núcleo fundamental"; pero muchos otros también habían salido de México, en esos finales del año 1913, por ejemplo, ya estaban en las diversas filas de la revolución: Marcelino Dávalos, Isidro Fabela, Alfonso Cravioto, etc., sería difícil, y más bien corresponde a la historia política de la época analizar o puntualizar las andanzas de cada uno de estos y otros personajes. Además, como ya quedó visto en la nómina, y sus explicaciones, antes transcrita, algunos otros miembros del Ateneo sólo lo fueron en calidad de correspondientes, pues estuvieron fuera del país, desde antes de 1909 hasta mucho después de 1913. Otros más, como dice Caso refiriéndose a Acevedo, estaban disponiéndose a salir muy pronto, como lo hicieron, y muchos estaban muy ocupados y preocupados en esos días, en que la tormenta arreciaba y avanzaba, cubriendo rápidamente todo el país.

"Nuestro grupo se ha disuelto. . .", declaraba, con profunda tristeza, el fundador y en gran parte el alma del Ateneo, Antonio Caso. Sí, innegablemente así era: el Ateneo —Ateneo de la Juventud, Ateneo de México— como grupo, había terminado.

[7] Archivo de Alfonso Reyes, en la "Capilla Alfonsina".

Capítulo VI

OTRAS ACTIVIDADES CULTURALES. CONCLUSION

Aunque el Ateneo fue la institución que concentró, y al mismo tiempo definió, hasta darle nombre a aquel grupo, que Reyes y otros también llamaron "generación del Centenario", sus actividades y labores no se limitaron a las conferencias y reuniones, que eran las propias del Ateneo, sino que lo desbordaron por diversos rumbos, no iguales para todos, como ya se supondrá, pues bien se comprende que cuando se mencionan tales o cuales empresas no todas ellas serían comunes a todos los componentes del grupo.

De esas otras actividades, algunas que fueron paralelas a las del Ateneo, otras en cierto modo marginales a él y hasta posteriores y consecuencia del propio Ateneo, cuando éste ya se extinguía, de todas ellas trató en clara síntesis Alfonso Reyes, aunque también otros las mencionan más o menos parcialmente. Los párrafos de Reyes han sido reiteradamente citados, pero no por eso creo que deba evitar el recordarlos aquí, pues, como se ha visto largamente en los capítulos anteriores, casi siempre he preferido citar los textos de las fuentes originales en vez de intentar paráfrasis de lo que otros —algunos de ellos maestros a quienes admiro y aprecio—, ya habían dicho bien, con más autoridad, certeza y conocimiento.

Aquellas tareas, antes aludidas, fueron las que Alfonso Reyes menciona como "la segunda campaña" que, según su cuenta, fue librada en cuatro batallas principales, que relata así:

"1º La ocupación de la Universidad. Poco antes de la muerte del maestro Parra, Antonio Caso había presentado en la nueva Escuela [la de Altos Estudios], con éxito ruidoso y lleno de augurios, su curso libre y gratuito sobre Filosofía. Justo Sierra, que con tanta lucidez comprendió la sed de nuestra mente, aludía, al inaugurar

la Universidad, a la Filosofía: «aquella vaga figura implorante —dice— que ronda en vano los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial». A Antonio Caso, que ya había iniciado la obra desde su curso de Sociología en la Escuela de Derecho, corresponde la honra de haber conducido otra vez a la Filosofía hasta la cátedra. Con él se inaugura también la costumbre de los cursos libres y gratuitos que nos permitiría posesionarnos de la Escuela de Altos Estudios, merced a la comprensiva acogida de los sucesivos directores, Pruneda y Chávez...

"2º La Universidad Popular. Entre tanto que ponemos sitio a la Universidad desde la Escuela de mayor jerarquía, no abandonamos nuestras libres labores. Con el tiempo, el Ateneo fue siendo menos exclusivamente literario, y su misma latitud le quitaba necesidad... El cambio operado a la caída del régimen [de don Porfirio Díaz] nos permitía la acción en otros medios. El 13 de diciembre de 1912 fundamos la Universidad Popular,[1] escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de las primarias. Los periódicos nos ayudaron. Varias empresas nos ofrecieron auxilios. Nos obligamos a no recibir subsidios del Gobierno. Aprovechando en lo posible los descansos del obrero o robando horas a la jornada, donde lo consentían los patrones, la Universidad Popular continuó su obra por diez años: hazaña de que pueden enorgullecerse quienes la llevaron a término. El escudo de la Universidad Popular tenía por lema una frase de Justo Sierra: «La Ciencia protege a la Patria».

"3º La primera Facultad de Humanidades. Entre tanto, a pesar de que Pani ocupaba la Subsecretaría de Instrucción Pública, Caso la Secretaría de la Universidad Nacional y Pruneda la Dirección de la Escuela de Altos Estudios, esta Escuela sólo acertaba a vivir

[1] En la carta ya citada, que escribe Pedro Henríquez Ureña, fechada en México el 29 de octubre de 1913, dirigida a Alfonso Reyes en París, recordando aquellas empresas en que ambos participaron, dice: "En 1910, por iniciativa mía y de Pedro González Blanco, se fundó la Universidad Popular. Esta ha logrado vivir y da conferencias constantemente en que participa todo el mundo. Esta obra será la mejor del Ateneo. La Universidad Nacional no ha organizado su extensión a pesar de proyectos, y nosotros hemos iniciado este movimiento en México..." La disparidad de fechas puede ser, acaso, un error de máquina de Henríquez Ureña o, tal vez mejor, que la fecha de 1910 corresponda a una primera idea o proyecto de crear la Universidad Popular y la otra, tan precisa, que menciona Reyes, la del principio del funcionamiento de dicha Universidad.

disimulándose, y sólo se mantenía por el desprendimiento de los jóvenes. Al curso honorario de Caso, sigue el del matemático Sotero Prieto. Y aunque de repente acontece el golpe de Victoriano Huerta, la obra continúa. Accede a la dirección de Altos Estudios don Ezequiel Chávez, congrega valientemente a los jóvenes, y se crea una facultad de Humanidades enteramente gratuita para el público y para el Estado, donde por primera vez se oyen los nombres de estas asignaturas: Estética, por Caso; Ciencia de la Educación, por Chávez; Literatura Francesa, por González Martínez; Literatura Inglesa, por Henríquez Ureña; Lengua y Literatura Españolas, por Reyes. Otros maestros de autoridad y experiencia nos acompañan: el matemático don Valentín Gama, el filólogo Jesús Díaz de León, y también los arquitectos y críticos de arte, Lazo [don Carlos Lazo, Sr.] y Mariscal [el arquitecto Federico Mariscal, miembro del Ateneo]. Otro joven, Mariano Silva [Silva Aceves, también miembro del Ateneo], se encargó del Latín... Conmovía el ver concurrir juntos a aquellas cátedras a ancianos como Laura Méndez de Cuenca,[2] delegado de otra edad poética, y a adolescentes de los últimos barcos, entre quienes se reclutaría años después le pléyade conocida por el nombre de los Siete Sabios. Allí aparecieron Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint, Alberto Vásquez del Mercado y Xavier Icaza. Pronto vendrían Vicente Lombardo Toledano y Gómez Morín...

"4° Conferencias en la Librería de Gamoneda.[3] Se acerca el período más violento de nuestras luchas. La actividad literaria comienza a ser una heroicidad. Los incansables amigos organizan todavía conferencias públicas. Acevedo diserta sobre arquitectura virreinal y abre derroteros a los colonialistas; Ponce, sobre música popular mexicana, que estaba esperando su crítico; Gamboa... sobre la novela nacional; Urbina, el aliado de los jóvenes, sobre aspectos de nuestras letras... Pedro Henríquez Ureña establece entonces el mexicanismo de Ruiz de Alarcón, tesis llamada a larga fortuna; Caso trata de Bergson y la filosofía intuicionista..."[4]

Todavía podrían ser mencionadas algunas otras actividades cul-

[2] Laura Méndez de Cuenca, ligada en su juventud a la vida amorosa del poeta Manuel Acuña, esposa luego y después viuda del también poeta Agustín F. Cuenca; profesora, escritora, poetisa; nació en 1853, murió en México en 1928.

[3] Se refiere a la "Librería General", situada en la calle 16 de Septiembre, cuyo propietario era, en 1913, don Francisco Gamoneda, quien fue librero y bibliotecario, organizó archivos y dirigió la Biblioteca del Congreso, fue gran impulsor de centros e instituciones culturales; nació en Asturias en 1873, murió en México en 1953.

[4] ALFONSO REYES, "Pasado inmediato", en *Obras Completas*, vol. XII, págs. 212 a 215.

turales, como la revista "Nosotros", que dirigió Francisco González Guerrero, etc. En todas ellas participan ateneístas, pero no exclusivamente pues por una parte, como antes dije, muchos de ellos habían salido de la ciudad de México, unos para las filas de la revolución y otros para el extranjero, y nuevos nombres aparecen encabezando y colaborando tales nuevas empresas; los cuadros se renuevan, como era natural.

Conclusión

El Ateneo se había extinguido. Había cumplido su función, que fue importante, elevada y trascendente.

Pero esa función no puede darse en los términos precisos de una definición, ni en los exactos de una expresión matemática, ni en los concretos de una especie biológica. Los hechos históricos y culturales no son, casi nunca, definibles, apenas si son explicables por medio de referencias y consideraciones de las circunstancias externas e internas que los enmarcan y, sobre todo, por el conocimiento de las personas, de los seres humanos que produjeron o participaron en tales hechos y les dieron vida, mientras vida tuvieron. Y todo eso es lo que se trató de dejar expuesto en los capítulos anteriores.

La esencia de lo que fue el Ateneo, tal vez la condensan estos párrafos de Samuel Ramos:

"La obra cultural del «Ateneo de la Juventud»... debe entenderse como una lucha contra la desmoralización de la época porfirista. Este movimiento intelectual revolucionario se adelantaba a la revolución política que estalló en 1910.

"Por la calidad de sus miembros y por la unidad de su acción es el Ateneo de la Juventud un acontecimiento en nuestro país. La vocación de cada uno de los ateneístas es heterogénea. Había humanistas como Pedro Henríquez Ureña; filósofos como Antonio Caso y José Vasconcelos, el primero orientado hacia la enseñanza universitaria, el segundo hacia la acción política. Había ensayistas como Alfonso Reyes, Julio Torri y Jesús Acevedo; críticos como Eduardo Colín; poetas como González Martínez. No era el Ateneo un cenáculo aislado del mundo; su programa era renovar y extender la cultura. *Todos sus miembros eran escritores, y la mayor parte de ellos han* sido después profesores de la Universidad... Contra el positivismo inicia el Ateneo una campaña para renovar las bases filosóficas de la educación oficial. El espiritualismo de la raza rompe los prejui-

cios que lo tenían cohibido y emerge a la luz sin avergonzarse de su nombre. Los filósofos del Ateneo, Caso y Vasconcelos, informados del resurgimiento espiritual europeo, se apoyan en sus más autorizados representantes —por ejemplo, en Bergson— para reproducir aquí el mismo movimiento de ideas. Convencidos de que la alta educación tiene que edificarse sobre una base filosófica, Caso inaugura en la Universidad la enseñanza de esa disciplina. En las actividades del espíritu, conocimiento, arte, filosofía, hace resaltar su sentido moral; Vasconcelos en sus escritos va más lejos, sosteniendo con exaltación un concepto místico de la vida en el que lo estético desempeña la función decisiva.

"La obra del Ateneo en su totalidad fue una sacudida que vino a interrumpir la calma soñolienta en el mundo intelectual de México. Propagó ideas nuevas, despertó curiosidades e inquietudes y amplificó la visión que aquí se tenía de los problemas de cultura. Mediante su filosofía tendió a contrarrestar el influjo creciente del utilitarismo, inculcando en la juventud el sentido de los valores del espíritu. El resultado que dio aquella agitación en la década que comienza en 1910, fue elevar el tono y ensanchar el radio de nuestra vida intelectual." [5]

Ciertamente, como dice Samuel Ramos, el Ateneo fue un movimiento intelectual revolucionario que se adelantó a la revolución política. Fue revolucionario en el sentido de que, como se ha visto, partió del deseo y con el propósito de hacer una renovación seria y profunda, que, como siempre, comenzó por la inevitable demolición previa de ciertos principios, normas y órdenes; para ese cambio agrupó a un número de personas, en proporción muy grande, si se tiene en cuenta lo reducido que era, en 1910, el medio intelectual o por lo menos deseoso de hacer algo en el campo de las actividades culturales en aquella, también relativamente pequeña, ciudad de México de ese tiempo; y ese grupo, actuando en varios niveles pero siempre bastante unido en torno al "núcleo" más activo y preparado, mucho logró en sus propósitos renovadores: en la filosofía, demoliendo el positivismo, o las viejas barreras del positivismo, como base del sistema oficial y abriendo a la enseñanza que patrocinaba el Estado en la Preparatoria y en las Escuelas reunidas en la recién reconstituida Universidad, a todos los rumbos, comenzando con los de las nuevas corrientes del pensamiento europeo; en las letras,

[5] Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México.* Ed. Pedro Robredo, México, 1928, y también *Historia de la Filosofía en México.* UNAM, Imprenta Universitaria, México, 1943.

renovó sobre todo por el cultivo del ensayo, género casi desusado frente al predominio de la poesía lírica modernista, y en varios otros modos, cuyo análisis queda para los estudios especializados de la literatura; en las artes, al Ateneo pertenecieron, ya se dijo, Manuel Ponce, Saturnino Herrán, Diego Rivera y algunos otros, indiscutiblemente renovadores en sus respectivas creaciones del arte mexicano; no hay para qué reiterar más lo que ya está señalado y demostrado. Así, pues, es cierto que la labor de los ateneístas, en aquellos años de 1909 a 1913 o 1914, fue parte de la revolución que, en esos días, iba cundiendo no solamente por toda la extensión del suelo mexicano sino también penetrando en sus diversas instituciones políticas y sociales, hasta llegar a todas o casi todas las formas sociales de la vida de México, que es lo que, precisamente, constituye y conforma una revolución.

Pero, desde el aspecto restringido y exclusivo de las ideas y de las actividades puramente políticas, en el sentido del propósito de acceder o en una u otra forma tomar el poder público, claro es que el Ateneo fue apolítico, como lo son propiamente todas las instituciones netamente culturales.

El Ateneo fue una agrupación extraordinaria; con seguridad puede afirmarse que no hubo antes ni hemos tenido después, en México, una asociación cultural que reúna tantas y tan brillantes personalidades de profesores, escritores, intelectuales ilustres. Naturalmente, como tenía que ser, el mayor prestigio y la mayor importancia de las respectivas obras de cada uno de los individuos del Ateneo, fueron logrados no en los brevísimos años que esa institución se mantuvo, sino a través de la vida de cada uno de los autores, cosa propia y todavía más justificada en estos casos porque, en los años del Ateneo, la gran mayoría de sus miembros eran muy jóvenes.

Cierto que hubo excepciones, algunos eran ya personas en plena madurez, por eso pronto se le suprimió al "Ateneo de la Juventud" esta segunda parte de tal nombre, que sólo tuvo en su iniciación y primer año de vida; Alfonso Reyes alude a los "hermanos mayores", refiriéndose a quienes, entre 1910 y 1911, frisaban en la cuarentena o la habían ya rebasado: Luis Urbina, Jesús Urueta, Enrique González Martínez, Rafael López; otros diez o doce de los participantes habían cumplido los treinta años de edad, pero todos los demás eran nacidos en la década de los "ochentas" del siglo anterior, de modo que tenían veintitantos años al ingresar a la asociación, y los "benjamines", Alfonso Reyes y Julio Torri, ambos estu-

diantes, tenían veinte años cuando fueron miembros fundadores del Ateneo.

Con semejantes edades, ¿cómo iban a tener ya obra hecha? Y, sin embargo: Jesús Acevedo había dado conferencias que eran valiosos ensayos, como también Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, Carlos González Peña había publicado "La chiquilla", novela muy apreciable, Antonio Médiz Bolio y algunos otros habían aparecido en las letras con libros de poemas juveniles y Alfonso Reyes, además de poemas y conferencias, había despertado justa admiración con su libro "Cuestiones Estéticas" cuyos ensayos, uno fechado en 1908, a los que con modestia llamó "Opiniones" e "Intenciones", siguen teniendo plena validez en sus apreciaciones del teatro griego, de Góngora, Mallarmé, etc., como cuando fueron escritos, hace setenta años, por un joven que entonces tenía veinte.

A pesar de la corta existencia del Ateneo, durante ella muchos de sus asociados fueron elaborando trabajos importantes pero, como es lógico y natural, fue sólo el comienzo, pues la obra trascendental, de valor permanente y definitivo, se fue haciendo, con el tiempo, a lo largo de la vida de cada uno. Dar cuenta de esas tareas es aquí imposible: solamente la enumeración de los libros de algunos de ellos, con mínima explicación de su contenido y valor, en varios casos llevaría a escribir otro libro; en realidad, como en alguna página anterior dije, hacen falta y deben escribirse estudios sobre la vida y la obra de cada uno de los más importantes miembros del Ateneo y eso quiere decir varios volúmenes, por lo menos, que de ningún modo podrían compendiarse en un capítulo del presente estudio. Por lo demás, es un problema de grandes proporciones, pero es innegable y grave la extrema carencia que tenemos de biografías y bibliografías, serias y bien hechas, de los hombres que han contribuido a forjar y desenvolver las letras, las ciencias y las artes que son nuestro patrimonio cultural de mexicanos.

El Ateneo supo estimular y cultivar simultáneamente, por una parte y como base de la cultura humanista, el interés por el pensamiento de la antigüedad clásica, "la afición a Grecia" como solían decir, y por otra parte, el estudio, valoración y la investigación de lo nuestro, lo mexicano. Esto último es admirable y revelador porque hasta entonces nunca había sido intentado como propósito amplio y colectivo (sino apenas en casos individuales, magníficos pero aislados, como los de Sigüenza y Góngora y de García Icazbalceta), y es revelador ese esfuerzo y propósito del Ateneo porque en esa direc-

ción: la de buscar, estudiar, valorar las aportaciones autóctonas y en general las expresiones o manifestaciones culturales mexicanas, fue, sin duda, la misma dirección que llevó a la revolución, en su mejor aspecto, a tratar de encontrar y adoptar, entre las corrientes y doctrinas políticas y sociales modernas, las modalidades y normas adecuadas para la resolución de algunos problemas de nuestra nación.

Todo ello entendiendo como realizaciones del Ateneo los trabajos que llevó al cabo aquel brillante grupo, desde antes de fundar dicha asociación, y las actividades fuera de la misma, es decir durante los siete u ocho años —de 1906 a 1913 inclusive—, de su fructífera labor.

BIBLIOGRAFIA

Jesús T. Acevedo. *Disertaciones de un arquitecto.* Ediciones México Moderno, México, 1920.

Salvador Azuela. *Revolución y cultura: la época del Ateneo de la Juventud,* en: *Meridiano de México,* Edición del Seminario de Cultura Mexicana, México, 1977.

Emmanuel Carballo. *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XIX,* Empresas Editoriales, S.A., México, 1965.

Conferencias del Ateneo de la Juventud. Nueva Biblioteca Mexicana, vol. 5, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1962.

Carlos Chávez. *La Música,* en: *México y la Cultura,* Secretaría de Educación Pública, México, 1946.

Clementina Díaz y de Ovando y Elisa García Barragán. *La Escuela Nacional Preparatoria. 1867-1910.* Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1972.

Diccionario de Escritores Mexicanos. Centro de Estudios Literarios, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1967.

Diccionario Porrúa. Editorial Porrúa, S.A., México.

El Mundo Ilustrado, Año XIV, tomo I, Núm. 1, México, 1907.

Justino Fernández. *El arte moderno en México.* Antigua Librería Robredo, José Porrúa e Hijos, México, 1937.

————. *Arte moderno y contemporáneo de México.* Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1952.

————. *Roberto Montenegro.* Colección de Arte, vol. 10, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962.

Genaro Fernández Mac Gregor. *El río de mi sangre. Memorias.* Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1969.

————. Prólogo y selección, *Vasconcelos.* Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, México, 1942.

Jesús Galindo y Villa. *Historia sumaria de la ciudad de México.* Editorial Cultura, México, 1925.

Eduardo García Máynez. Prólogo y selección. *Caso.* Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, México, 1943.

Antonio Gómez Robledo. *La filosofía en el Brasil.* Imprenta Universitaria, México, 1946.

Francisco González Guerrero. "Autores y Libros. Algunas notas sobre el Ateneo de la Junventud", en: *El Universal*, México, 2 de septiembre de 1950.

Carlos González Peña. *Gente mía*. Editorial Stylo, México, 1946.

Juan Hernández Luna. Prólogo, en: *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, 1962.

Max Henríquez Ureña. *Breve historia del Modernismo*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1954.

Pedro Henríquez Ureña. *Obra crítica*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

Guillermo Jiménez. *Fichas para la historia de la pintura en México*. Ediciones de la Universidad Nacional, México, 1937.

Enrique Krauze. *Caudillos culturales en la revolución mexicana*. Siglo XXI Editores, México, 1976.

Raimundo Lazo. *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Editorial Porrúa, S.A., México, 1967.

José López Portillo y Rojas. *Elogio de Manuel José Othón*, en: *Memorias de la Academia Mexicana*, tomo VI.

José Luis Martínez. *Literatura Mexicana del Siglo XX*. Antigua Librería Robredo, México, 1949.

México y sus alrededores. Guia descriptiva. Librería de la Vda. de Ch. Bouret, México, 1913.

José Clemente Orozco. *Autobiografía*. Ediciones Occidente, México, 1945.

Martín Quirarte. *Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud*. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1970.

Samuel Ramos. *El perfil del hombre y la cultura en México*. Editorial Pedro Robredo, México, 1928.

————. *Historia de la Filosofía en México*. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1943.

————. *La Filosofía*, en: *México y la Cultura*. Secretaría de Educación Pública, México, 1946.

————. *Rodó*. Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, México, 1943.

Alicia Reyes. *Genio y figura de Alfonso Reyes*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1976.

————. *Del Archivo de Alfonso Reyes. Correspondencia inédita*, en: *Plural*, núm. 10, México, Julio de 1972.

Alfonso Reyes. *Obras Completas*, tomo XII. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

————. *Diario. 1911-1930*. Edición de la Universidad de Guanajuato, 1969.

Luis Reyes de la Maza. *El Teatro en México durante el Porfirismo*. Tomo III. Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1968.

MANUEL ROMERO DE TERREROS. *La iglesia y convento de San Agustín*. Ediciones del IV centenario de la Universidad de México. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1951.

JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS. *Genaro Fernández Mac Gregor, escritor e internacionalista*. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1962.

————. *El Antiguo Colegio de San Ildefonso*. Ediciones del IV centenario de la Universidad de México. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1951.

————. *Centenario de Marcelino Dávalos*, en: *Letras vivas*, Colección Sep Setentas, vol. 23, Secretaría de Educación Pública, México, 1972.

Semblanzas de Académicos. (Diversos autores.) Ediciones de la Academia Mexicana, México, 1975.

Sillería del coro de la antigua iglesia de San Agustín. Estudio e introducción de Rafael García Granados. Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1941.

JOHN SKIRIUS. *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*. Siglo XXI Editores, México, 1978.

MANUEL TOUSSAINT. *Arte Colonial en México*. 2ª ed., Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1974.

MANUEL UGARTE. *El destino de un continente*. Editorial Mundo Latino, Madrid, 1923.

OCTAVIANO VALDÉS. *Amado, Manuel José y otros exámenes*. Ediciones Las Hojas del Mate, México, 1978.

JOSÉ VASCONCELOS. *Indología. Una interpretación de la cultura Iberoamericana*. Agencia Mundial de Librería, Barcelona.

SERGE I. ZAITZEFF. *Rafael López. Poeta y prosista*. Instituto Nacional de Bellas Artes, México, 1972.

————. Prólogo, selección y notas, en: *La Venus de la Alameda*. Antología de Rafael López. Colección Sep Setentas, vol. 77, Secretaría de Educación Pública, México, 1973.

————. Prólogo, selección y bibliografía, en: *Fuerza y dolor. Antología poética de Roberto Argüelles Bringas*. Colección Sep Setentas, vol. 181, Secretaría de Educación Pública, México, 1975.